



HELENA SIVIANES

A TU LADO

PARTE 4

Click
EDICIONES

Índice

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PARTE 4

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Helena Sivianes

**A tu lado
Parte 4**

Click
EDICIONES

*Para ti, papá. Aunque ya no estás,
sigues alimentando mi imaginación cada día*

«La música da alma al universo, alas a la mente,
vuelos a la imaginación, consuelo a la tristeza y vida
y alegría a todas las cosas», Platón

PARTE 4

CAPÍTULO 66



Seguía mirando a través de la puerta de aquella habitación de hospital. Era la tercera vez en cinco años que su madre estaba ingresada por el mismo motivo. Algo en lo más profundo de su corazón le dijo que esta era totalmente diferente a las anteriores, lo supo en el momento en que sus miradas se cruzaron. Los mismos ojos azules, expresivos e intensos.

La primera vez él tan solo tenía diez años. Supieron desde un principio que el embarazo era bastante arriesgado. Que se hubiera quedado embarazada de él ya había sido todo un milagro, así es como se lo dijeron los médicos y sus padres se lo transmitieron desde pequeño.

—Eres nuestro pequeño milagro, pequeño demonio —le dijo su madre aquella mañana, mientras él no dejaba de llorar porque quería un hermanito.

Su mejor amigo ya tenía dos, dos hermanos que lo compartían todo con él, y por eso no le importaba abandonar el parque cada tarde, porque tendría con quien jugar una vez que llegara a casa. Pero él, no. Poseía mucho más de lo que hubiera podido imaginar: un cuarto lleno de juguetes, videoconsolas y todo lo que salía en los anuncios y que él pedía hasta que sus padres se lo compraban. Pero había algo que quería de corazón y que no conseguía de ninguna manera. Hasta que su madre le dio la noticia.

—Pequeño demonio. —Lo tomó de las manos y las puso sobre su vientre—. Aquí dentro va a formarse tu hermanito o hermanita. Deberás cuidarlo mucho, darle todo el cariño del mundo y protegerlo.

—Lo haré, mamá. —Una enorme sonrisa asomó a sus labios; había dejado de ser un crío y sabía que la cigüeña solo era un cuento infantil más.

Los días y las semanas pasaban, la barriga de su madre iba en aumento y él disfrutaba diciéndole a su mejor amigo que él sería mucho mejor hermano. Discutían por aquello, pero después siempre acababa preguntándole qué era lo

que debía hacer si lloraba, si se caía o le pasaba cualquier cosa cuando estuviera a su cargo.

Las ganas de ser hermano mayor eran tan grandes que cuando su padre fue a buscarlo un día al colegio en medio de una clase y le dijo que su mamá estaba en el hospital, se ilusionó pensando que por fin conocería a su hermanito. Sabía que iba a ser un niño y que se llamaría Mike, pero no fue a él a quien encontró entonces. Su madre estaba ingresada en la unidad de cuidados intensivos con una fuerte hemorragia que le hizo perder al bebé que tanto deseaban.

Se mosqueó, pataleó, lloró e incluso les dijo a sus padres que todo aquello era culpa de ellos, que no parecían capaces de darle algo que de verdad quería. Él no era un niño egoísta, simplemente sus padres lo habían mimado demasiado. Desde un principio supieron que tener hijos sería casi imposible y cuando él llegó a sus vidas no pensaron en las consecuencias de darle tanto, sin límites.

La segunda vez que pasó tenía trece años. Fue diferente, porque en tres años había madurado muchísimo y, aunque seguía queriendo un hermano, comprendió lo que le ocurría a su madre y las dificultades para llevar sus embarazos a buen fin. Cuando se lo dijeron, sí, se emocionó muchísimo, pero no quiso que sus padres notaran su alegría. Temía que sucediera otra vez lo mismo, así que prefirió no demostrarle a su madre las ganas que tenía de todo fuera bien. A los dos meses de saber la noticia, el sueño de ser hermano mayor volvió a truncarse.

La tercera y última vez vio en los ojos de su madre los deseos enormes de tener a su bebé. Él iba a cumplir los quince, era un chico inteligente y deportista y amaba a sus padres con toda su alma. Empezó a entender de verdad los esfuerzos que habían hecho por él, por qué nunca le había faltado nada y, sobre todo, por qué su madre insistía en volver a quedarse embarazada. Si lo había conseguido una vez, sería capaz de lograrlo de nuevo.

El embarazo fue bien; esta vez el feto sí estaba bien situado. Su marido y su hijo se preocuparon para que hiciera reposo absoluto y tuviera todo lo necesario. Su barriga evolucionaba perfectamente y él notaba las patadas de aquel pequeño ser que se formaba allí dentro, aquella personita que sería su preferida en el mundo. Pero las cosas tampoco salieron como deberían, y aquel trece de diciembre no solo perdió a su hermana, perdió a su familia entera.

El parto fue programado a causa de los dos abortos anteriores. Los médicos querían controlarlo todo, querían que el parto saliera bien, porque el riesgo de complicación era demasiado elevado.

Y fue absolutamente normal, o eso les pareció. Su hermanita, Hope, no lloró cuando abandonó el vientre de su madre. Cuando vio salir a su padre del quirófano supo que algo había ocurrido. Se miraron y solo pudieron fundirse en un abrazo, dejar que las lágrimas rodaran por sus mejillas hasta que, al fin, las palabras de aquel hombre que había envejecido en cuestión de segundos dijeron el resto.

—No respiraba, no se movía, no hacía nada. La han reanimado, pero se la han llevado en una incubadora, está completamente entubada, no me han dejado tocarla...

Él lloró como nunca en su vida lo había hecho.

—No le dan esperanzas de vida...

Y la voz de su padre se quebró, y ya no pudo decir nada más.

Los días pasaron sin que Hope evolucionara. Sus pulmones no se habían desarrollado adecuadamente. Los médicos hicieron todo lo que estuvo en sus manos, pero a las dos semanas de nacer la fuerza de la pequeña se consumió y aquel pequeño corazón dejó de latir.

Fueron las peores Navidades de su vida, pero no sospechaba que aquello solo era el principio de un camino lleno de problemas y baches.

Su madre entró en una espiral de depresión. En el cementerio fue incapaz de soportar la visión de la pequeña caja de madera deslizándose en el interior del agujero de tierra que guardaría los restos de Hope. Muchas personas acudieron a transmitirle su apoyo y pesar por el fallecimiento de aquella preciosa niña que iba a ser la esperanza de la familia. Pero no consiguió superarlo.

Cuando padre e hijo se quedaron solos frente a la lápida de mármol blanco con las letras de su nombre y una pequeña mariposa grabadas en ella, se miraron y sus mundos cambiaron para siempre.

—Esto es culpa tuya —dijo su padre mirándolo intensamente a los ojos—. Tu madre siempre ha querido dártelo todo. Debería haber parado la primera vez que pasó. Mike fue una señal de lo que sucedería si seguía intentándolo. Lo hizo por ti y mira lo que has conseguido.

No hubo más palabras, pero no hicieron falta. Él ya sabía lo que tenía que hacer: estar a su lado, ayudarla a seguir adelante, demostrarle que tener un hermano había dejado de importarle. Aquel día no solo perdió a Hope, perdió a su padre y comprendió que su madre se alejaría también si no conseguía ayudarla, pero ya era demasiado tarde, ya habían pasado muchos años, demasiados sufrimientos y sueños rotos en aquellos tres embarazos.

CAPÍTULO 67



Las palabras rebotan en mi cabeza, se repiten una y otra vez: «Tengo cáncer...». Todo a mi alrededor empieza a perder color, la oscuridad me va atrapando y siento que entro en una espiral de la cual seré incapaz de salir. Intento mirar a todos lados, buscando algo que me diga dónde estoy, pero no hay nada, solo silencio.

Me encuentro como si flotara en el interior de un agujero negro. No sé si estoy cayendo o suspendida en medio de esta oscuridad, pero he dejado de sentir el peso de mi cuerpo, he dejado de sentir al completo. Me veo desde lo alto, flotando, fuera de mí, solo soy un pensamiento que no halla sentido a las palabras que se amontonan.

El sonido ya no forma parte de lo que me rodea. Jack. Jack no está a mi lado, ni Stiles, ni mi hermana ni el coche en el que viajábamos. Las calles ya no existen, no hay nada. Solo yo y la oscuridad más absoluta.

Noto como si algo me arrastrara en este plano extraño de la realidad y me transportara a un lugar indeterminado, hasta que finalmente dejo de verme a mí misma.

Pi. Pi. Pi.

Silencio otra vez.

No sé el tiempo que pasa hasta que ese extraño sonido vuelve a mi cabeza. Intento abrir los ojos, pero es imposible. Al fin escucho algo más, aunque sigo rodeada de la misma oscuridad. Murmullos, voces, llanto. ¿Dónde estoy?

—Vamos, Haley. No me hagas esto.

Es su voz, la de Jack, que me llama. Intento contestarle, pero soy incapaz de hacer que mi boca obedezca las órdenes de mi cerebro.

La oscuridad va desapareciendo y la luz intenta atravesar mis ojos, por lo que hago un esfuerzo más por abrirlos. Después de no sé cuánto tiempo sin ser consciente de lo que ha pasado a mi alrededor la luz empieza a deslumbrarme, y

tengo que levantar mis manos para frotarme los ojos, pero alguien me toma una de ellas y me impide hacerlo, y en ese momento noto que algo tira de mi muñeca produciéndome un dolor agudo.

—Tranquila, *sweetie*. —Es Jack—. Despacio. ¿Cómo estás?

—¿Qué... qué ha pasado? —consigo balbucear, notando la sequedad de mi garganta—. Agua...

—Espera, preguntaré si puedes tomar y les diré a tus padres que ya has despertado.

No me da tiempo a preguntarle de qué está hablando cuando le veo alejarse. Consigo enfocar la vista y me doy cuenta de que estoy en una habitación, y que el ruido que escuchaba lo hacía la máquina que está unida a mí a través de una pequeña cinta que me recorre la parte baja del pecho. Me recuerda a esos pulsómetros que usan los atletas para controlar su ritmo cardiaco. Miro mi mano y compruebo que el dolor proviene de la vía que me comunica con un bote de suero, y no necesito mirar más para saber que me encuentro en un hospital. Paredes blancas, insípidas, olor a alcohol y medicinas.

La puerta se abre y mi madre entra a toda velocidad seguida de mi padre. Ambos tienen cara de preocupación y bajo sus ojos se marcan unos surcos oscuros. Mi madre se sienta en la silla que hay junto a mi cama y me toma la mano libre de tubos, mientras papá se coloca a su espalda, con una mano en su hombro, y me mira con una tierna sonrisa.

—Nos has dado un susto de muerte —susurra mamá, intentando controlar las lágrimas.

—No la agobies ahora —sonríe mi padre, para animarme—. Ahora va a pasar el médico. No te preocupes, no ha pasado nada, ya estás de vuelta con nosotros.

La garganta sigue doliéndome a causa de la sed y, cuando intento hablar, otra persona irrumpe en la habitación. Debe de ser el médico, ya que viste bata blanca y lleva un estetoscopio alrededor de su cuello y unas gafas de pasta negra sobre la nariz más cerca de caerse que de proporcionarle una mejor visión.

—Bienvenida, señorita. —Se acerca hasta el borde de la cama y saca una pequeña linterna del bolsillo del pecho de su bata. Me enfoca a los ojos mientras me pide que siga la luz con la mirada.

Se acerca a la máquina que está detrás de la cama y comprueba los números que hay en la pantalla. Mis padres lo miran con expectación; se les nota que están deseando preguntarle mil cosas sobre mi estado, pero todos esperamos pacientemente a que sea él quien diga las primeras palabras.

—Te voy a hacer unas preguntas. —Asiento—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Puedo hablar de la oscuridad, pero sé que esa no es la respuesta que está esperando. Miro a mis padres, que siguen con su cara de preocupación. Vago con mi mirada por toda la habitación hasta llegar a la puerta y ver en ella, apoyado sobre el marco, a Jack.

No, no ha sido un sueño, su mirada me lo dice.

—Jack, ¿es verdad? —Todos se vuelven hacia él y compruebo como se le entristece la mirada.

—Lo siento, siento no habértelo dicho antes, siento no haber sido fuerte para contarte lo que me estaba pasando, pero ahora que estabas de nuevo en mi vida no quería perderte, ni que sintieras pena por mí.

El médico nos mira a uno y a otro y mi madre me pasa el pañuelo que tiene entre las manos por la mejilla, para eliminar las lágrimas que han empezado a brotar de mis ojos sin siquiera haber sido consciente de ello.

—Señores, solo ha sido una pequeña conmoción a consecuencia de una noticia inesperada. Las constantes de su hija son las correctas y las analíticas que se le han realizado no han desvelado nada preocupante.

El médico se marcha de la habitación tras pedir a mis padres que lo acompañen para formalizar los partes de alta y del seguro médico. Y Jack y yo nos quedamos solos. Él de pie, en la puerta; se le nota en la mirada que tiene miedo a avanzar, a mi reacción. Y entiendo a qué se ha referido el médico cuando, antes de salir, le ha dicho que no tiene la culpa.

Por lo visto me he desmayado a causa del *shock* sufrido y hasta que mi cuerpo no ha reaccionado no he vuelto de mi realidad alternativa. No ha sido mucho tiempo, solo un par de horas o poco más, pero el susto que se han llevado todos ha tenido que ser devastador.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto.

—Desde antes del verano. Cuando acabamos el instituto ya lo sabía.

Me siento mal, mal por haber sido una mala amiga y no haber arreglado nuestro estúpido problema. Le pido con un gesto que se acerque hasta la cama. El médico ya me ha quitado la vía, así que ahora tengo las dos manos libres y me puedo mover con más facilidad. Me incorporo hasta quedar sentada.

—¿Qué es...? —Me quedo callada; no sé cómo hacer correctamente la pregunta.

—No Hodgkin —responde, como si yo entendiera de lo que está hablando—. Es un cáncer extraño, que ataca al sistema linfático.

Intento recordar lo que hemos dado en las clases de Biología y saber a qué parte de su cuerpo está afectando la enfermedad, pero enseguida noto que de nuevo mi corazón ha dejado de bombear sangre como debiera. Jackson me toma de las manos y se agacha hasta que nuestras frentes quedan unidas y noto su respiración sobre la mía.

—No, Haley, no pienses en eso ahora. Yo estoy bien, ¿vale? Mírame, estoy hecho un toro. Esto no va a poder conmigo. La medicación está funcionando muy bien, el único problema es que a veces me debilita bastante. —Noto la alegría en su voz, pero sus ojos no me dicen lo mismo—. Por eso mismo no quise decirte nada, porque no quiero que te preocupes, los médicos son muy positivos y yo pienso luchar.

—¡Me dijiste que era un simple resfriado! —Golpeo con fuerza su brazo—. Me engañaste.

—No, no lo hice, estaba resfriado, eso es verdad, solo oculté parte de la información. Mis defensas están algo bajas, así que cualquier cosa que pille me hace más daño que a una persona totalmente sana, pero no voy a dejar que esto me arruine ni que me impida seguir disfrutando de mi vida, de lo que me gusta, del deporte, del instituto, de mis amigos. De ti.

Levanto la mirada, buscando nuevamente sus ojos, y sé que me lo está diciendo de verdad. Está asustado, yo lo estoy, pero le comprendo. No desea que la enfermedad se convierta en la protagonista de su vida. Va a luchar, lo sé. No hay nadie con más ganas de hacerlo que Jack.

Pocos minutos después mis padres entran con los papeles del alta en la mano. No dicen nada cuando nos ven con los dedos de las manos entrelazados. No hace falta que me digan que saben lo que le pasa a mi mejor amigo, porque noto la compasión y la pena en sus ojos. Yo también siento lo mismo, pero lo disimulo lo mejor que puedo. Sé cómo es Jack; en cuanto vea que estoy demostrándole cualquiera de esos sentimientos no dudará en echármelo en cara.

—¿Dónde está Ava? ¿Y Stiles? —Hasta ahora no me había dado cuenta de que ninguno de ellos ha venido.

—Están fuera. Stiles nos dijo que se quedaría con Ava en un pequeño parque que hay al lado del hospital. Están juntos. Es un buen chico —comenta mi madre.

—Sí que lo es. —Una amplia sonrisa se dibuja en la cara de Jack mientras asiente.

Me he negado en rotundo a que me saquen en una de esas malditas sillas de ruedas de hospital. He tenido que quejarme con todas mis fuerzas para que

entendieran que lo único que he sufrido es un simple estado de inconsciencia momentánea y que ya estoy bien, que no soy una maldita inválida que necesita ayuda para andar, aunque sí he dejado que Jack me lleve de la mano hasta salir por las puertas del hospital. Sentado en uno de los bancos estaba Stiles, y a su lado mi hermana, comiéndose un paquete de palomitas.

Él se ha levantado, la ha tomado de la mano y, cuando estaban a un metro de mí, Ava se ha soltado para ir con mi madre. El calor del contacto de Jack en mi mano ha sido sustituido por otro más intenso. Esas mariposas sin adiestrar que se revolucionan cuando lo ven. Esa electricidad que me recorre el cuerpo entero cuando está a mi lado.

—Pequeña... —Esa manera en que empezó a llamarme ha cobrado un significado totalmente distinto.

—Stiles...

Me lanzo a sus brazos de un salto, enroscando mis piernas alrededor de sus caderas para que nuestros rostros queden a la misma altura. En estos momentos no me importa que mis padres estén aquí. Me da exactamente igual que me vean abrazar a este chico y de la misma manera me da igual que vean lo que he empezado a hacer.

Deposito besos en sus mejillas, en su barbilla, en sus ojos, hasta llegar a su boca y ambos dejamos que el miedo por lo que ha pasado se resuelva con un combate entre su lengua y la mía, obviando todo lo que nos rodea hasta que alguien se coloca a nuestro lado, carraspea y toma una de mis manos, que estaba enredando en el cabello azabache de Stiles.

—Hal, no armes un escándalo, estamos en la puerta del hospital —es mi padre quien me habla—. Además, creo que nos debes alguna que otra explicación.

Escucho una carcajada grave a mi espalda y sé, sin tener que mirar, que proviene de Jack. Le hace mucha gracia la situación; es normal, no creo que todos los días una niña de mi edad se abalance a los brazos del chico del cual se ha enamorado locamente. ¿Enamorado? Sí, me he enamorado locamente de Stiles.

Me bajo de sus brazos y por primera vez desde que lo conozco observo un rubor en sus mejillas, que seguramente no es ni una décima parte de intenso del que debe colorear las mías.

—Papá. —Me vuelvo para colocarme frente a él—. Ya conoces a Stiles, mi novio.

—Tu novio —es Stiles quien repite mis palabras, lo hace lo suficientemente bajo como para que yo sea la única que lo escuche, por lo que busco su mano con la mía hasta agarrarla y darle un suave apretón a modo de confirmación.

—Eres aún una niña, pero no soy quién para hablar de eso. —Mira a mi madre con ese amor que es como el del primer día. Ellos llevan juntos desde que se conocieron, siendo niños—. Solo diré que las cosas no se hacen así, y que espero que mañana vengas a casa a cenar —mira a Stiles y veo esos ojos de padre protector—, porque me gustaría saber qué intenciones tienes.

—¡Papá! —exclamo.

—Allí estaré, señor —responde él, sin inmutarse y sin soltar mi mano—. Ahora, si no tienen inconveniente, creo que debería volver a casa. Mi padre estará preocupado.

—¿Te vas? —pregunto, ya que esperaba que pasáramos algo más de tiempo juntos después de que acabo de anunciar abiertamente que es mi novio.

—Te llamo más tarde. —Me guiña un ojo—. Un placer jugar con usted, señorita.

Ava da un par de pasos hasta colocarse a su lado y les da un fuerte abrazo a sus piernas. No sé de qué habrán hablado estos dos durante el tiempo que han pasado juntos, pero me ha encantado ver esa actitud cariñosa de Stiles hacia mi hermana. Es una nueva faceta que conozco de él y cada una que voy descubriendo me gusta más que la anterior.

Se despide de mí con un casto beso en los labios y lo veo alejarse por la calle hasta llegar a su coche, montarse y salir en dirección contraria.

Mis padres nos dicen que los sigamos. Como es obvio, Jack se viene con nosotros, y aprovecha para quedarse unos pasos detrás de mí.

—Entonces, ¿novios? —pregunta.

—Eso parece —respondo con una sonrisa que me llega hasta los ojos.

—Pues tendré que hablar con él y dejarle claro que tú eres «mi *sweetie*» y que no voy a permitir que te hagan daño.

Ahora soy yo la que se ríe y camina hasta llegar al coche y montarme en él, evitando volver a sacar el tema de nuevo delante de mis padres.

El día de hoy ha sido de lo más extraño y aún no sé qué es exactamente lo que le pasa a Jack, pero lo que sí tengo claro es que no pienso separarme de él por nada en el mundo, y espero que ahora que tengo novio no sea ningún problema.

CAPÍTULO 68



—Podrías ser un poco más concreto. —Estoy empezando a cabrearme de verdad con Jack—. Llevamos una hora dentro de mi habitación y aún no me has dicho nada.

Está sentado junto a mi escritorio, con mi caja de discos de vinilo sobre las piernas, sin decidir cuál pondrá a continuación. Después de escuchar a los Beatles, a Bob Marley y a Lana del Rey, no sé qué es lo próximo que va a dejar que suene para, de esa manera, evitar responder a mis preguntas.

Saca uno directamente de la caja, sin dejarme ver la funda, y lo pone sobre la pletina. Nada más escuchar las primeras notas no puedo evitar levantarme de la cama, donde llevo sentada desde que llegué del hospital, pero Jack es mucho más rápido y se interpone entre el tocadiscos rosa y yo.

—Vamos, Jack. No me jodas. —Se ríe, fuerte, haciendo que las carcajadas resuenen por encima de la música—. No me puedes hacer esto.

—¡Pero si te encantan! Recuerdo perfectamente el día en que tu padre te lo regaló y la sonrisa que pusiste. Venga, recuérdame quién iba a ser el padre de tus hijos.

—No seas capullo, era solo una niña. —Mi cabreo va en aumento y no por lo que me está diciendo, sino porque sé que está intentando otra vez distraerme de lo que de verdad quiero saber.

—Pero si los Backstreet Boys son tu *boyband* preferida. —Lo reto con la mirada.

—Me gustan, ¿pasa algo? —Desisto de intentar quitar el disco, y además la canción que está sonando me gusta demasiado—. Y ahora que ya te has divertido a mi costa, cuéntame qué demonios está pasando. Creo que después de lo que me ha ocurrido me lo merezco.

Su cara cambia al momento y sé que se siente culpable de lo sucedido; los médicos lo han llamado síncope por *shock* nervioso o algo así. Me vuelvo a

acercar a él y sabe que ahora no lo hago para quitar la música que ha seleccionado para que suene de fondo; lo que necesito es un abrazo de mi mejor amigo y él abre los brazos justo antes de que llegue a su lado. Cuando la distancia entre ambos es mínima, me envuelve con su cuerpo y ahora es cuando no puedo evitar ponerme a llorar.

Caminamos hasta mi cama para tumbarnos en ella. Se coloca pegado a mi espalda, invitándome a apoyar la cabeza sobre la almohada, y, mientras con un brazo me acurruca sobre su pecho, con el otro roza mis mejillas, pero no para borrar las lágrimas, no para pedirme que deje de sollozar y de temblar. Me deja llorar, deja que las lágrimas bañen mis mejillas y empapen mis labios, porque sabe que es lo que necesito, y todo mientras no para de besarme el pelo, de abrazarme, de hacer que sienta su calor y que tenga claro que está a mi lado.

—No quiero engañarte, *sweetie*, sabes que nunca lo haría. Simplemente no quiero hacerte daño —susurra en mi oído.

—Pues entonces explícamelo, haz que lo entienda, déjame saber cómo ayudarte.

El silencio nos rodea a excepción de la música, pero ya he dejado de prestarle atención. Ahora mismo solo estoy concentrada en su respiración, en como su pecho sube y baja con cada inspiración y exhalación contra mi espalda. Me concentro en su mano, que recorre las líneas de mi cara mientras la otra, después de haber realizado semicírculos sobre mi vientre, ha acabado enlazada con una de las mías, apretándola con delicadeza, demostrándome que está buscando la mejor manera de explicarme lo que está pasando y por qué no me lo ha dicho antes.

—Antes de terminar el curso, empecé a sentirme mal. Mi madre insistió en que fuera al médico. Yo lo achacaba a que estaba cansado: los exámenes, los entrenos... Mucho estrés, pero ella no se quedó conforme con mis explicaciones, por lo que acabé haciendo lo que me pedía. El médico me mandó unos análisis. Ya sabes cómo van estas cosas: los resultados te los dan en dos o tres semanas, pero supimos que algo no iba bien cuando a los tres días recibimos una llamada en casa. Nos pedían que fuéramos a la consulta. —Se queda callado y me vuelvo para mirarlo a la cara. Tiene los ojos cerrados, como si estuviera recreando ese día en su cabeza, así que lo único que hago es acurrucarme más contra él y apretar su mano—. Fuimos al médico varios días antes de que acabara el curso y nos explicó lo que pasaba. No es un cáncer poco común, pero sí para alguien de mi edad. Es de esos que afectan al sistema linfático.

—Pero no es leucemia —confirmo.

—No, no lo es, por lo que su tratamiento, aunque similar, no es el mismo. Estoy en lista de espera para que encuentren un donante de medula ósea, pero por ahora no hay ninguno compatible. De momento voy bastante bien con las pastillas que me han mandado, o al menos he ido bien hasta esta cuarta fase. — Ahora sí quiero mirarlo a los ojos, porque siento que es él quien necesita mi apoyo y no al revés—. Esta fase ha sido más dura, las pastillas han atacado más directamente, mi cuerpo está luchando por seguir adelante. Yo lo estoy haciendo, pero es lento, difícil.

—Eres fuerte, Jack. —Hay una pregunta que me ronda en la cabeza. Todo el mundo sabe que los cánceres son complicados, difíciles y, según en la fase en la que se encuentren, mortales, pero no quiero preguntarle algo así a mi amigo.

—Claro que lo soy. No quiero pensar en el tiempo que me queda, no me da la gana —su tono de voz demuestra que hay ira dentro de él—. No entra en mis planes morirme ahora, Hal. Quiero cumplir mis sueños, quiero hacer todo lo que pone en tu redacción. Quiero ser ese chico que de verdad consigue lo que quiere. Quiero tener una familia. Quiero vivir.

La voz se le quiebra y ahora es él quien rompe a llorar. Yo le devuelvo el abrazo que minutos antes él me ha dado a mí para intentar recomponerme.

La vida es una puñetera mierda. No sé en qué estará pensado la persona que se supone que hay ahí arriba, porque no creo que nos esté cuidando. Gente como Jackson debería estar en el mundo hasta hacerse vieja, hasta que nos enseñe al resto que la bondad, la amistad y el querer desde el corazón son las cosas que de verdad importan. No deseo pensar en que en un futuro no muy lejano él no seguirá en mi vida. No quiero pensar en que tal vez un día no estará ahí para cuando quiera hablar con él. No entiendo que esa persona, en cambio, sí permita que haya en este mundo escoria como los violadores, los ladrones, los terroristas.

—Los médicos no han dicho nada en claro, no pueden hacerlo. Esta enfermedad es extraña; un día puede parecer que estoy a tope de energía y al siguiente no soy capaz siquiera de levantarme de la cama. Todos mis órganos corren el riesgo de sufrir un colapso, pero no voy a pensar en ello. Voy a vivir cada día, pero no pensando que puede ser el último, sino haciendo planes para el siguiente.

Rompo a llorar de nuevo, escondiendo mi rostro contra su pecho. Sé que hay algo más que no me está contando, aunque sus palabras me lo dicen todo, y no puedo evitar pensar que hoy puede ser el último día que lo abraze, el último que escuche su voz.

Pienso en lo que ha dicho y tiene razón en algo muy importante: no hay que vivir solo el día a día, hay que pensar en lo que vas a hacer el próximo, para tener fuerza y seguir luchando por poder cumplir lo que te has propuesto, aunque sea solamente comerte una tostada con mantequilla de cacahuete o ir al centro comercial a comprarte una camiseta o balancearte en el columpio del parque que visitabas cuando solo eras un niño.

—Quiero que vayamos mañana al parque. —Me separo un poco de él para poder mirarlo a la cara—. Mañana reviviremos uno de esos días que tanto nos gustaban.

—Primero iremos a desayunar.

Vuelve a abrazarme entendiéndolo lo que quiero hacer y la manera en que quiero ayudarlo mientras pase por esto, porque cada día que pase será un día más que vencerá a la enfermedad, porque cada día lo hará con la ilusión de saber qué le espera al día siguiente.

Nos quedamos un rato más tumbados, juntos, escuchando la música, sin decirnos nada, pero diciéndolo todo.

No sé el tiempo que permanecemos así, pero debe de ser bastante tarde para que mi madre llame a la puerta, respetando por una vez mi intimidad, para decir que Jack debe volver a su casa. Nos incorporamos de la cama y nos quedamos de pie, uno frente al otro. No queremos soltarnos las manos ni contestar a mi madre, que seguramente siga detrás de la puerta esperando que le digamos algo.

Jack me pasa un dedo por las mejillas eliminando los restos de lágrimas que aún mojan mi cara, para darme un tierno beso en la comisura de los labios.

—Mañana.

Me suelta las manos y veo como se aleja de mí, abre la puerta de mi habitación y desaparece por el pasillo. Sus palabras suenan a promesa, a esperanza.

Me llevo una mano a la zona en la que ha depositado el beso sin quitar la mirada de la puerta y veo que mi madre está ahí de pie, observándome. En sus ojos puedo ver tristeza, lo cual me demuestra que ella también lo está pasando mal. No solo es el hijo de una vecina, no, es mucho más que eso. Es el niño que se ha criado con sus hijos, el hijo de su mejor amiga no es solo un niño más. Es Jack. Su pequeño Jackson.

Vuelvo a tumbarme en la cama, enterrando la cabeza en la almohada. Las lágrimas ya no salen de mis ojos, no puedo llorar más. Ahora he de ser fuerte por y para él.

Mi teléfono empieza a sonar y me levanto para cogerlo de encima del escritorio, no sin antes apagar el tocadiscos. Sé, sin mirar la pantalla, de quién es la llamada. Me había dicho que me llamaría y lo está haciendo. Necesito escucharlo.

—Hola.

—Pequeña —siento temor en su voz—. ¿Podemos vernos?

—¿Ahora? —Miro la hora en el reloj digital de mi mesilla y compruebo que falta poco para la hora de la cena.

—Estoy en el portal de tu edificio.

—Espérame.

No digo nada más y cuelgo la llamada, cojo un abrigo de mi armario y salgo por la puerta de mi habitación. Veo a mi madre junto a mi padre y Ava, sentados en el sofá. No voy a pedirles permiso para salir de casa, y cuando ya estoy saliendo escucho la voz de mi padre. Al volverme veo que se está levantando, pero mi madre lo frena para que me deje salir. Decido bajar andando las plantas que me separan de mi destino; no tengo en estos momentos paciencia para esperar el ascensor.

Llego con el corazón latiendo a mil por hora, sin apenas aire en mis pulmones, pero todo me da igual cuando lo descubro tras los cristales de la puerta que da al exterior. Sigo corriendo hasta traspasarla y salto sobre él para que me abrace, me envuelva entre sus brazos y pueda enterrar mi rostro en el hueco de su cuello, esa zona donde inhalo su perfume, que lo hace único.

Stiles camina conmigo entre sus brazos, sin decir nada, simplemente dándome eso que le estoy pidiendo, que esté conmigo en este momento de mi vida.

Con los ojos cerrados, noto que se sienta y supongo que estamos en el mismo banco de la otra vez. Sus manos se acercan hasta mi rostro, pone una en cada mejilla y me mira. Estoy sentada sobre sus piernas.

—Ya estoy aquí. —Me da un beso en los labios—. Voy a estarlo siempre, pequeña.

Noto humedad en mi rostro, pero no estoy llorando, así que miro hacia arriba y me doy cuenta de que el cielo está completamente encapotado y una suave lluvia cae sobre nosotros.

—Vamos a mojarnos —comento lo obvio.

—No me importa si eso significa tenerte a mi lado.

Cuando Stiles dice estas cosas mis mariposas se revolucionan, se ponen en funcionamiento y me demuestran que lo que siento es tan real como el agua que

poco a poco va calando nuestra ropa. Tan real como el calor que desprende su cuerpo. Tan real como mi amor por él.

—Jackson no está bien. Tengo miedo —las palabras salen solas de mi boca.

—Sé que es lo que siente y no te voy a decir que todo va a salir bien, porque eso es algo que nadie sabe. Solo te diré que hagas lo que te dicte el corazón.

—Necesito estar con él, apoyarlo, ayudarlo, hacerle los días inolvidables.

—Pues hazlo —responde, dejando que me acurruque de nuevo sobre su pecho.

—¿Estarás conmigo? Por favor.

—Si tú me lo pides, lo haré.

* * *

Los siguientes días son extraños, porque mi rutina estaba asociada a las clases de música y los entrenamientos con las animadoras. Esto último sigue formando parte de mi día a día, pero ahora que no tengo que ensayar para el recital no he asistido a las clases de Nathan, aunque sé que debería hacerlo, pues es una de mis asignaturas del curso. Stiles no me ha dicho nada, por lo que doy por hecho que para él esas clases solo han sido un extra.

Jack no ha contado en el instituto lo que le pasa, al menos, no a los compañeros. El lunes volvió a clase como si nada. Le pedí a Stiles que no me recogiera, que iría con él. Ahora me espera todos los días junto a la puerta de entrada. Cuando llego a su lado, me agarra de la mano y caminamos juntos por los pasillos, con Jack a nuestro lado.

No hace falta que ninguno de los dos diga nada. Se nota que no se llevan bien, si se soportan es por mí.

Creí que después de la comida tras el recital Sarah cambiaría un poco su actitud conmigo y que volveríamos a acercarnos, pero no ha sido así; la distancia entre ambas es la misma o incluso me parece mayor que antes. Me gustaría poder contarle lo mal que me siento, porque, aunque me desahogue cada día con Stiles, necesito a mi mejor amiga a mi lado.

—Mira por dónde vas. —Alguien choca contra mí, la carpeta que llevo en las manos se me cae y los papeles que están dentro se dispersan por el suelo del pasillo.

Me agacho para recogerlos, pero la persona con la que me he chocado sigue de pie junto a mí, pisando uno de ellos, el de los apuntes de la última clase. No hace falta que lo mire para saber de quién se trata; conozco de sobra a la propietaria del pie vendado que me impide recoger el último folio que queda sobre el suelo. Podría tirar de él sin importarme que se rompa, o empujarla y que se caiga de culo, pues me importa menos aún si se hace daño, pero no hago ninguna de las dos cosas. Me quedo en la misma postura, agachada, mirando la venda de colores que le envuelve el tobillo.

—Vamos, Eliza. Déjala —es la voz de Sarah la que escucho.

—¿Te vas a poner de su parte? Ha sido ella la que vagaba por los pasillos sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor.

—Ya le has gritado, no necesitas ponerla más en ridículo —rebate mi examiga.

—Sarah —dice la arpía con voz reprobatoria—. No te interesa ir por ahí.

En ese momento levanta el pie del papel y se aleja de mí. Lo recojo y lo guardo en mi carpeta a la vez que me incorporo para seguir camino hasta mi próxima clase, pero no he avanzado ni dos pasos cuando Sarah se coloca delante de mí.

—No se lo tengas en cuenta. No es por ti por lo que te trata de esa manera.

La miro y veo como agacha la cabeza, impidiéndome mirarla a los ojos. Lo hace por una sola razón: si hay algo que me resulta fácil es saber lo que mi amiga quiere decir con solo mirarla a los ojos, pero ella no desea que lo haga.

—¿Y me vas a decir qué es lo que pasa?

—No, no puedo. Lo siento.

Se da la vuelta y la veo alejarse por el pasillo. Esta vez no me ha hecho falta mirarla para saber que lo que sea que le pase a Eliza conmigo tiene que ver con sus ganas de fastidiar a Sarah, y ahora más que nunca necesito saber por qué.

CAPÍTULO 69



Las clases de hoy han pasado como los días anteriores, sin percances, sin novedades y sin ninguna posibilidad de hablar con Sarah. Seguimos compartiendo muchas clases, pero ya no nos sentamos juntas. Eliza aún está lesionada, por lo que sigue siendo la capitana en funciones y esto lo podría usar como excusa para tener un acercamiento conmigo, pero las veces que hemos cruzado alguna que otra palabra siempre ha habido alguien con nosotras que no me ha permitido indagar en nada de lo que quiero saber; además, ella no parece estar por la labor.

Por la mañana, como he dejado claro, he implementado una nueva rutina en mi vida. Jack y yo vamos juntos al instituto. Sé que Stiles querría venir a recogerme cada día; incluso cuando salgo del garaje en el coche, junto a mi amigo, suelo verlo estacionado frente al edificio, aunque le he insistido en que no quiero que lo haga.

Hoy, cuando hemos llegado al instituto, no ha dicho nada, simplemente ya me estaba esperando en la puerta de acceso para quitarme la mochila, como siempre, colgársela a su espalda y pasar su brazo por mis hombros, arrimar su cuerpo al mío y darme un beso en los labios.

Desde que he sabido de la enfermedad de Jack, no quiero perder ni un día con él. Estudiamos juntos después de clase, ya sea en su casa o en la mía. Él no ha dejado el equipo de baloncesto, pero ahora se toma los entrenamientos con más calma y el entrenador no lo obliga a ir a los de algunas tardes.

Stiles está molesto, lo sé, no hace falta que me diga nada. Lo noto en su actitud, en la posición de su cuerpo cuando se coloca a mi lado y le presto más atención a mi amigo que a él. Entiendo que estamos empezando algo, sé que le gusto y espero que sepa que él también me gusta a mí, pero ha de comprender la necesidad que tengo de pasar tiempo con Jack, de aprovechar cada minuto con él, de intentar recuperar los dos años de amistad que perdimos por mi estupidez.

—No voy a poder llevarte a casa esta tarde. —Jack camina a mi lado por el pasillo. Lo miro con cara de sorprendida, ya que habíamos quedado en que traería el coche hoy, porque no tenía ningún plan para después—. Lo siento, Hal, me ha surgido algo de última hora y no puedo decir que no.

—¿Y con quién me voy a casa ahora? —El enojo se nota en el tono de mi voz—. Podrías acercarme y después hacer lo que tengas que hacer.

Stiles se ha ido en la penúltima clase. En el cambio de turno, después de volver de las pistas de atletismo, lo vi subirse a su coche sin despedirse de mí. Nuestros ojos se cruzaron, creo que me dedicó una sonrisa, yo levanté la mano en forma de saludo, pero se fue y no me he atrevido a mandarle ningún mensaje para preguntarle. Si hay algo que he aprendido sobre él es que cuando se encierra y no desea compartir lo que está pasando por su cabeza es mejor dejarlo a su aire.

—De verdad que no puedo, *sweetie*. Seguro que alguien podrá hacerlo.

Y sin más, Jack se da la vuelta y empieza a caminar en dirección contraria. Si en estos momentos volviera la vista atrás, creo que sería capaz de fulminarlo y convertirlo en un montón de cenizas solo con la mirada. Llega hasta un grupo de compañeros y empieza a hablar con ellos. Algunos miran en mi dirección y se acercan para decirle algo. Juraría que están hablando de mí, así que elevo la voz sobre todo el tumulto que han formado en el pasillo los compañeros que quieren salir y olvidar en el trayecto hacia sus destinos todo lo que hayan podido aprender en el día de hoy.

—¡Eres un imbécil de mierda! ¡Esto no te lo perdono! —Gira su cuerpo hasta que nuestras miradas se conectan.

—¡Y aun así me quieres! —El muy engreído pone una mano en su boca para lanzarme un beso, así que le muestro mi dedo corazón y salgo del instituto antes de cabrearme más con él, porque sé que esto solo durará un rato.

Cuando bajo los escalones que separan la puerta de los aparcamientos miro a todos lados, a ver si puedo encontrar a alguien que me lleve a casa. Veo a Sarah caminando hacia su coche, sería imposible no verlo. Tiene un mini de color rosa con una enorme margarita sobre el techo. Creo que es el coche más hortera que he visto en mi vida y a la vez el que más la identifica. Me acerco; tal vez si ella me lleva podamos empezar la conversación que tenemos pendiente. Pero entonces me doy cuenta de quién está a su lado. Va hablándole gesticulando mucho con las manos, y mi amiga agacha la cabeza y mira sus pies avanzar sobre el cemento del aparcamiento. Ahora no es el momento de acercarme a Sarah y menos con Eliza ahí.

Compruebo si hay alguien más con quien me pueda ir, pero tampoco tengo mucha confianza con ningún compañero como para pedirle que me lleve a casa, así que miro la hora en el reloj de mi móvil y calculo lo que tardaré si decido ir caminando, ya que no me queda otra. Podría coger el metro, pero lo odio a esta hora; si ya suele estar hasta arriba de gente, en la hora punta de salida de trabajos e instituto puede ser muchísimo peor, así que esta opción queda completamente descartada. Lo que peor llevo de irme andando es que llevo puesto el uniforme de animadora. Me digo mentalmente que tendré que meter una muda en mi taquilla por si algo así vuelve a ocurrir, aunque, por la cuenta que le trae, Jack no querrá volver a dejarme tirada. No me da tiempo de andar un par de pasos más en dirección a la salida del aparcamiento cuando escucho el rugir de un motor. El sonido es estruendoso y no soy la única que gira su cabeza en la dirección del ruido. Nada más comprobar de dónde proviene, una enorme moto de color negra con embellecedores plateados se detiene delante de mí. Encima va montado un chico y, aunque no esté acostumbrado a verlo así, sé que es él. Lleva unos vaqueros que se ajustan como un guante a sus piernas. Botas negras de motorista, ahora una de ellas está sobre el suelo, soportando el equilibrio de la máquina. Una chaqueta de cuero totalmente cerrada, rozando los filamentos plateados en la parte baja de su casco negro, igual que toda su indumentaria; incluso la visera es de ese color. La lleva bajada, impidiendo que pueda ver la mirada que me está dedicando. Estoy segura de que dos hoyuelos enmarcan su sonrisa endiablada.

Se escucha el murmullo de los alumnos a nuestro alrededor, elogiando la moto de Stiles. Yo la había visto con anterioridad, aquel día en la cafetería, aquel día en el que la camarera se enroscó en su cintura y devoró su boca.

Para mí todo se ha quedado en silencio, solo puedo observarlo a él, cómo coloca el apoyo de la moto para que no se caiga cuando se baja, cómo da un par de pasos hacia mí y se quita el casco, sacude su cabeza y pasa sus dedos por los mechones rebeldes de su pelo oscuro, tan oscuro como todo lo que lleva puesto. Y, como había imaginado, una sonrisa que llega casi hasta sus ojos dibujada en su cara. Esa sonrisa.

—Creo que estabas buscando medio de transporte —lo dice muy bajito, pero consigo escucharlo con facilidad—. No es una carroza, pero creo que te gustará cabalgar en mi corcel.

Hasta ahora no me había fijado, pero en el codo de uno de sus brazos lleva otro casco, tan oscuro como el que se ha quitado hace unos momentos. Me lo tiende y lo cojo con manos temblorosas. Miro el casco y lo miro a él. Como ve

que no hago nada, vuelve a tomarlo en sus manos y me lo pone en la cabeza sin desviar su mirada de mis ojos.

—No es un zapato de cristal, pero es de tu medida —comenta, mientras abrocha la correa de la parte inferior y se asegura de que no se mueve.

Ahora que está cerca de mí, hace que me cuelgue la mochila sobre los dos hombros y me agarra de una mano hasta que nos coloca a ambos junto a la enorme máquina, que sigue rugiendo en medio del aparcamiento, atrayendo la mirada de todos. Se monta y a la vez quita el apoyo que la mantenía sobre las dos ruedas, todo esto sin soltarme de la mano. Lo hace así para después acercarme más a él y acabar rodeando mi cintura con su brazo.

—Voy a ayudarte a montarte, apóyate en mí. —Coloco mis manos sobre sus hombros y al momento noto como ejerce un poco de fuerza hacia arriba, para que yo haga el último esfuerzo y pase una pierna al otro lado, hasta quedar sentada justo detrás de él—. Bájate la visera y agárrate fuerte a mi cintura.

Cuando hago lo que me dice, se pone su casco y coloca las dos manos en el manillar. Escucho como acelera el motor y la moto arranca a toda velocidad, haciendo que mi cuerpo salga impulsado hacia atrás. Seguramente, de no haberme agarrado como él me ha dicho, me hubiera caído en esa dirección, y además de hacerme mucho daño les hubiera enseñado el culo a todos los que se han quedado mirándonos.

Me agarro con más fuerza, pegando mi cuerpo aún más a él, siento como se relaja al sentirme cerca y sé que lo hace porque yo hago lo mismo.

Recorremos varias manzanas sin que me fije hacia dónde vamos exactamente. No me gusta la velocidad, pero viajar montada detrás de él, viendo como adelanta a los coches, notando como cortamos el aire a nuestro paso, hace subir la adrenalina en mi cuerpo. Un rato después aminora la velocidad y acabamos parando en el lateral de una calle. Él no hace amago de bajarse, por lo que yo sigo abrazada a él, en la comodidad de su cuerpo, empapándome de su calor y su olor.

—Te dije que la primera vez que montaras en mi moto veríamos las estrellas —dice sin quitar las manos de las empuñaduras del manillar.

—¿Vamos a ir a Coney Island? —pregunto, recordando aquella conversación.

—Hoy no, tengo otros planes. Agárrate fuerte, vamos a cruzar el puente.

Miro hacia delante y me doy cuenta de que estamos a solo un par de calles del puente de Brooklyn. ¿Vamos a Manhattan? No me da tiempo a decir ni

pensar nada más cuando la moto vuelve a estar en movimiento y yo apretada a su cuerpo.

He cruzado este puente en infinidad de ocasiones montada en la parte trasera del coche de mi padre y cada vez que lo hago disfruto mirando a las personas que caminan algo más de una milla, un poco más que el ancho del río Este, sobre el que se encuentra suspendido. Pero cruzarlo en moto hace que lo vea todo distinto, como si fuera la primera vez que lo recorro. Zigzaguear entre los tres carriles, abarrotados de coches, taxis y furgonetas es algo totalmente nuevo para mí. Igual que la vibración del puente a través de la moto. Viajar en el asiento de la moto, sin nada que rodee mi cuerpo, despierta una pequeña sensación de vértigo en mi cuerpo, sobre todo cuando compruebo la enorme distancia que hay entre nosotros y el agua. Todas estas sensaciones consiguen que me apriete más contra la espalda de Stiles. Él suelta una mano del manillar y la coloca sobre las mías, que están enlazadas en su vientre, y me demuestra así su habilidad para conducir la imponente máquina que hay bajo nuestras piernas.

Cuando terminamos de cruzar el puente y los neumáticos vuelven a pisar el asfalto firme, inspiro fuertemente; acabo de darme cuenta de que he estado aguantando la respiración durante el escaso tiempo que hemos tardado en cruzarlo.

Stiles no se detiene y sigue conduciendo entre las calles de Manhattan. Quisiera que algún semáforo detuviera nuestro avance por la ciudad, pero cada vez que nos acercamos a uno él cambia de dirección, como si no quisiera parar y así darme la oportunidad de preguntar nada. Soy incapaz de hablar mientras sigamos circulando.

Cuando llevamos varios minutos, sin tener que preguntarle, creo haber adivinado hacia dónde nos dirigimos. Vamos al puerto sur de la isla de Manhattan, y allí solo hay una cosa que visitar.

La emoción me embarga; he estado solo un par de veces en la pequeña isla donde se encuentra la Estatua de la Libertad. La primera era muy pequeña e iba con mis padres, y la otra fue hace un par de años, con el instituto, pero no pasamos del pedestal.

Llegamos hasta la zona de donde sale el ferry y Stiles deja estacionada su moto en un lugar indicado para ello. Me ayuda a bajar y cuando estoy de pie delante de él me quita el casco y lo pone sobre el asiento de su moto, después dejar el suyo al lado. Paso los dedos por mi pelo suelto, que estoy segura de que ahora mismo es una completa maraña.

—Podrías hacerte la cola —dice, señalando la goma rosa que él me dio y que me acompaña desde entonces.

—¿Por qué te gusta que lleve el pelo recogido? —pregunto con interés, ya que me he dado cuenta de que es algo que me pide siempre.

—Porque me encanta ver tu cara despejada, la forma de tu cuello. Eres preciosa, Haley. —Da un paso hasta colocarse frente a mí—. Me gusta tener acceso directo a todos los rincones de tu rostro que me muero por besar.

Y en cuanto termina de decirlo pasa un dedo por mi mejilla hasta llegar a mi pelo y apartarlo hacia atrás, y acto seguido entierra su nariz en la parte trasera de mi cuello y pasa su lengua por esa zona, haciendo que mi vello se erice y de manera automática las mariposas de mi estómago comiencen a revolotear.

Tomo aire con fuerza cuando se separa de mí y el calor de su cuerpo se desprende del mío. Ahora soy yo la que pasa mis manos por su cuello, intentando volver a reducir la distancia entre ambos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

—Vamos a ver las estrellas desde allí arriba —responde, señalando la corona de la estatua.

—Pero eso es imposible. Hay unas colas enormes —comento, mirando las que se forman para tomar el ferry que lleva a los turistas hasta la pequeña isla—. Además, las entradas para esa visita hay que sacarlas con meses de antelación.

Se ríe y veo como mete una de sus manos en el bolsillo trasero de sus vaqueros, saca unos papeles y los pone delante de mí. En cuanto los cojo me doy cuenta de lo que son: dos tiques Crow Reserve, los de la visita completa, los más complicados de obtener, con fecha de hace dos semanas, cuando aún no estábamos juntos, para usarlos el día de hoy.

Lo miro con la boca abierta. Fue en esa fecha cuando hicimos aquello en su habitación. Los tiene desde entonces, y aun así es todo un logro haberlos conseguido con tan poco tiempo.

—¿Cómo? —pregunto, sorprendida.

—Digamos que estás con alguien con muy buenos contactos.

Toma los dos cascos antes de dejar que diga nada y los agarra en una mano. Con la otra toma la mía y tira de mí a través de la gente. Pasamos junto a las colas, sin que parezca importarle cómo nos están mirando todos, incluso como algunos nos llaman la atención porque creen que nos estamos colando. ¿Lo estamos haciendo?

Llegamos a uno de los laterales, donde se encuentran las pasarelas que dan acceso al personal, y un chico un par de años mayor que Stiles se acerca a paso

acelerado hacia nosotros. Cuando llega a nuestro encuentro, Stiles suelta mi mano y choca la suya de manera amigable. El chico es casi tan alto como mi novio y lleva un uniforme con camisa blanca y pantalón de pinzas azul, con una chapa sobre el bolsillo de su camisa donde puedo leer su nombre. Ricky.

—Vamos, tío. Si llegáis a tardar un poco más hubierais tenido que esperar al siguiente ferry. —Me mira de arriba abajo; es un escaneo en toda regla y al momento me doy cuenta de que sigo llevando el uniforme de animadora—. Hola, encanto.

—Ricky —dice Stiles con voz severa—. Te presento a Haley, mi novia.

El tal Ricky lo mira con los ojos como platos, sorprendido por lo que ha dicho. ¿Es que nunca ha conocido a ninguna chica que haya estado con él? ¿Nunca ha tenido novia?

—Vaya, muy guapa. ¿Estás seguro de que es tu novia? —vuelve a preguntar, sin quitar sus ojos de mis piernas—. No me lo creo.

—¿Vas a meternos o no? —Stiles vuelve a tomarme de la mano, haciendo que pegue mi cuerpo al suyo.

Ricky no dice nada más, solo hace un gesto con la cabeza para que lo acompañemos y nos cuela por la pasarela que usan los trabajadores hasta que entramos por la zona que ellos usan para embarcar en el ferry. Nos indica el lugar donde podemos dejar tanto los cascos como mi mochila, que aún llevo a la espalda. Tomo mi teléfono, ya que Stiles no me permite coger mi cartera; dice que los gastos de esta escapada corren de su cuenta.

Stiles se despide del chico, que no ha dejado de mirarme en todo momento. Nos pide que a la vuelta volvamos a buscarlo para no tener que tragarnos las largas colas, pero una vez que estemos en la isla seremos unos turistas más. La verdad es que no me importa. Saber que estoy aquí y que después de dieciséis años por fin voy a subir a lo más alto del monumento más icónico de Nueva York hace que todo lo demás carezca de importancia.

Caminamos juntos de la mano, observando como la gente sube y baja de las barcazas. Hay pequeños puestos con comida y las gaviotas vuelan a nuestro alrededor. Se ven barcos entrar y salir del puerto, arribando por la desembocadura del río Hudson. La isla es minúscula, pero lo que representa es tan grande que hay pocas cosas comparables en el mundo entero. La Estatua de la Libertad brilla con luz propia.

—¿Subimos? —Nos colocamos en la cola que da acceso al pedestal y de allí a la corona de la estatua.

—Estoy deseando —respondo efusivamente—. Tienes que decirme cómo lo has conseguido.

—Cuando estemos arriba responderé a todas tus preguntas.

—¿A todas?

—A todas...

CAPÍTULO 70



STILES

Verla sonreír de esta manera es lo mejor que me ha pasado en la vida. Nunca creí que sentiría algo así por nadie y menos cuando cerré mi corazón a cal y canto y me negué a amar de ninguna de las maneras posibles, pero Haley es diferente a todas las personas que se han cruzado en mi vida. Ella merece la pena, pero también sé que no la merezco, y que ella no necesita a su lado a alguien como yo. No soy bueno para ella, no soy bueno para nadie en general. No mientras siga metido en toda esta mierda, pero es muy difícil salir de ella de la noche a la mañana.

Desde que Jack soltara aquel bombazo en mi coche juro que he dejado que Haley tenga todo el espacio del mundo, pero no lo he hecho pensando que ella necesita estar con su amigo, con su mejor amigo. No, he actuado egoístamente alejándome de todo eso que conozco tan bien y que sigo sin saber afrontar. La muerte.

No me siento con fuerzas para confrontarla si algo llega a pasarle a Jackson. No sabría siquiera cómo superarlo yo mismo, ¿cómo iba a ayudarla a ella?

He sentido celos durante estos días. No puedo evitarlos. Ellos tuvieron algo, fue breve y sé que Haley no lo miraba de esa forma en que me mira a mí, no soy estúpido, pero él sí la mira como yo a ella. Puedo ver en sus ojos que la quiere, que está locamente enamorado. Me lo demostró el día que me hizo la herida en la cara y me lo demuestra cada mañana, cuando llegan juntos en su coche y nuestras miradas se cruzan.

A otro ya le hubiera partido la cara, pero a él no puedo, no con todo lo que está pasando, aunque siento que me está ganando terreno y tal vez por eso me ha sorprendido tanto que me ayudara a conseguir lo de hoy, aunque antes me hiciera una advertencia.

—Te diré una cosa clara. —Y ha logrado que mi espalda chocara con la pared del baño—. Ella es especial, es única y la mejor chica que vas a conocer en tu mierda de vida. Si hago esto no es por ti, es por ella y porque, aunque aún no se haya dado cuenta, lo que siente por ti es más grande de lo que va a sentir por mí nunca y lo único que quiero es que sea feliz. A la mínima que vea que está triste, que la haces sufrir o si llegaras a romperle el corazón, me encargaré personalmente de hacerte la vida imposible, incluso aunque ya no pertenezca al mundo de los vivos. Si es verdad lo que se escucha de ti y de lo que ha pasado estos dos últimos años, eso va a ser un camino de rosas comparado con lo que yo haré contigo.

Tal como ha terminado de decir esas palabras, ha salido del baño dejándome solo, analizando todas sus palabras.

No. No me sorprende nada que la defienda de esa forma y que sea capaz de hacerme la vida imposible. Lo que de verdad me ha dejado noqueado de la conversación es que sabe algo de mi pasado. Si él lo sabe, eso quiere decir que no es el único, y solo hay una persona que me ha dejado claro que conoce mi historia. Tal vez pensé que iba de farol, pero algo me dice que no es así y que tiene mucha más información de lo que imaginaba.

Tengo que averiguar qué es lo que sabe el capullo de Garret y qué es capaz de hacer con ello, porque no es algo de lo que me sienta orgulloso, y más cuando aún ando metido en toda la mierda, aunque mi padre crea lo contrario.

—Stiles, ¿hola? —la voz de Haley hace que salga de mis pensamientos.

Estamos a los pies de la estatua y me ha pedido que le haga un par de fotos, pero cuando las vea no va a estar nada contenta, porque apenas sale el monumento, solo su rostro. Su belleza.

—Sí, sí, perdona. Me acabo de dar cuenta de que no eres preciosa, eres increíblemente hermosa. —Estas cursis frases salen de mi boca desde que ella está a mi lado, pero es que las siento de verdad y no puedo evitar decírselas.

—Entonces, vas a responder a todas las preguntas que te haga, ¿cierto?

Mierda, es verdad, me ha preguntado eso y yo le he respondido que sí. Pero no estoy preparado para contarle mucho de mí, no hasta que consiga eliminar parte de mi pasado y evitar que influya en lo que estamos empezando, porque me he propuesto que de verdad quiero ser bueno para ella. Pero mientras personas como Alison o Ricky sigan en mi vida, es una tarea imposible.

—Vamos, subamos, ya está oscureciendo y no quiero que te pierdas nada.

—Tengo que avisar a mis padres para que sepan dónde estoy. No les va a hacer mucha gracia —comenta cuando le entrego el móvil.

—No debes preocuparte por eso. Saben que estás conmigo, me he encargado de todo, pequeña. Ahora solo tienes que disfrutar.

Y lo digo sinceramente, lo único que quiero es que disfrute, solo espero que no haga ciertas preguntas que me obligarían a decirle alguna mentira, que harían que todo esto se fuera a la mierda si le permito conocer la verdad. Aunque acabará pasando, siempre acaba pasando.

CAPÍTULO 71



Subimos las trescientas cincuenta y siete escaleras hasta llegar a la parte más alta de la estatua y no puedo hacer otra cosa que abrir la boca, no solo para tomar aire, también para dejar escapar un pequeño grito de sorpresa ante lo que ven mis ojos.

He subido a otros rascacielos de la ciudad, pero las vistas desde aquí arriba son completamente distintas. A un lado se puede ver la urbanita Manhattan, con sus altos edificios, su nube de polución, los coches cruzando las calles e incluso el movimiento de una ciudad que nunca duerme. En el otro está la zona donde me he criado, Brooklyn. También hay edificios altos, pero ninguno comparado con los del lado contrario del río; hasta la nube de polución es más difusa que aquí.

Intento distinguir la zona en la que vivo, pero a tanta distancia y con los cristales por medio resulta imposible. Aun así, es maravilloso.

—Esto es increíble —digo, pegando la cara al cristal que nos separa del exterior—. Creí que la altura me daría miedo. Aunque esas escaleras de caracol son toda una locura, es imposible sentir miedo con estas vistas. ¿He dicho ya que es increíble?

Stiles se coloca a mi lado, tan pegado a mí que puedo notar el calor que desprende su cuerpo. Lo miro de reojo y observo una sonrisa más brillante y sincera que nunca. Me estoy empezando a acostumbrar a verla cada vez que se acerca.

—Vamos, contempla Nueva York desde todas las perspectivas. —Me toma de la mano y hace que mire a través de cada uno de los cristales de la corona de la estatua, y cada vista me parece más impresionante que la anterior.

—Ya habías subido aquí antes. —No lo pregunto, porque se nota que lo ha hecho.

—Es el primer sitio al que vine hace dos años. —Noto que algo se cruza en su mirada, ¿tal vez tristeza?—. Antes de vivir en Brooklyn pertenecía a la parte cosmopolita del otro lado del puente.

Coloca sus manos formando una visera, como si así le fuera más fácil enfocar lo que está buscando. Su cuerpo se tensa, por lo que aprovecho que nuestras manos siguen unidas y le doy un pequeño apretón, para que recuerde que sigo a su lado.

—¿Ves aquellos edificios en la zona este? —Asiento, pegándome más entre los cuadrados de la estatua—. Pues justo detrás está el barrio del Bronx. Yo vivía a solo unas manzanas, y tengo muchos amigos por esa zona.

—¿Por qué cambiasteis de barrio? —pregunto.

—Mi padre pensó que un cambio de aires sería bueno, y además insistía en que debía estudiar en un instituto diferente al que pudieran frecuentar mis amistades.

Pienso en lo que me dice. Ahora que sé que la relación con su padre no es la mejor del mundo. No ha hecho falta que me cuente nada, sus comentarios y la actitud que tuvo con él durante la cena me lo dejaron bastante claro. Stiles no es de las personas que demuestran fácilmente sus sentimientos, pero cuando estos son algo más negativos resulta fácil adivinarlos.

—¿Qué les has dicho a mis padres para que me permitan venir contigo? —Me prometió que respondería a todas mis preguntas y no pienso perder la oportunidad.

—Digamos que puedo ser muy persuasivo. —Frunzo el ceño, por lo que él completa la frase—. Jack también me ha ayudado en eso.

¿Qué tiene que ver Jackson en todo esto? Vale, agradezco que haya ayudado a que Stiles y yo hagamos esta escapada, porque desde que estamos juntos no hemos tenido un momento a solas, vaya, lo que viene siendo que no hemos tenido una cita y esto parece que es una, así que pregunto sin miramientos.

—¿Esto es una cita? —Su sonrisa vuelve a dibujarse en su cara, pero esta vez es más pícara, más rebelde.

—Podría decirse que sí, pero para ello tienes que aceptar venir conmigo a dar un paseo, comer algo, dejar que te tome de la mano y, por supuesto, reírte de las tonterías que estoy dispuesto a decir.

—¿Todas? —pregunto, entre carcajadas.

—Todas y cada una de ellas —responde, dando un paso hasta quedar frente a mí, demostrándome la diferencia de estatura que hay entre ambos pero

ignorándola, ya que pasa sus manos por mi cintura y me eleva, haciendo que mi pecho roce el suyo y que nuestras cabezas acaben a la misma altura, para poder unir sus labios a los míos y que el olor salino del mar, el óxido de la estatua y todo lo que nos rodea sean los principales testigos del ardor que su boca desata sobre la mía.

—Estaba deseando hacer esto. —Sus labios se separan solo unos milímetros para poder decirlo—. Necesitaba besarte cerca del cielo para saber que esto es una puta realidad. No sabes lo que haces conmigo, Haley. Si tuvieras la más mínima idea de lo que eres capaz de borrar de mi mente, seguramente me hubieras hecho caso la primera vez y no estaríamos ahora aquí.

Dejo que siga besándome, escucho las risas disimuladas de los policías que están a nuestro lado, controlando el tiempo que pasa cada visitante en este reducido espacio y que no provoquen ningún desperfecto. Las gaviotas sobrevuelan nuestras cabezas. Todo está tan cerca y a la vez tan lejos.

—¿Tan seguro estás de eso? —Stiles me deja de nuevo sobre el suelo, pero sin separar su cuerpo del mío.

—Lo estoy, pero olvidémonos de eso ahora. Disfrutemos de nuestra cita. Me quedan muchas cosas por enseñarte.

Me agarra la mano y me hace colocarme detrás de él para volver a bajar. Con su altura y lo reducido que es el espacio, observo que ha de agarrarse a la barandilla para no caer rodando escaleras abajo. Coloco una mano en sus hombros, para ayudarme a continuar por las escaleras, hasta que al fin llegamos a ese pequeño espacio que da acceso al pedestal donde se encuentra el pequeño museo que hemos visitado antes de subir y en el que Stiles me ha hecho varias fotos junto al pie de la estatua.

Esta bajada, aunque haya más de ciento cincuenta escalones, parece más cómoda, sobre todo porque sé que esta vez no me harán dejarlo todo en las cintas y pasar por los arcos de seguridad, aunque con el uniforme de animadora no tengo mucho sitio donde esconder nada.

Volvemos a hacer cola para tomar el ferry y, después de casi media hora, subimos y nos sentamos junto a una ventana. Stiles va a buscar algo de beber y un rato después regresa con dos vasos de cartón llenos de chocolate caliente.

—Gracias —contesto, pegando el mío a mi rostro, para calentarme con el calor que desprende. La temperatura ha bajado considerablemente en muy poco tiempo.

—Tenemos que hacer algo con ese uniforme —comenta Stiles, sin apartar la mirada de mis piernas, por lo que le golpeo con el codo en las costillas.

Me mira y veo esa chispa pícaro en sus ojos que tanto me gusta y que me recuerda que su experiencia es mil veces mayor que la mía, y me asusta no poder ser capaz de darle lo que quiere.

Observo a través de las ventanas y escucho la voz metálica de megafonía informando de que ahora nos dirigimos a la isla Ellis, pero Stiles me comenta que no bajaremos ahí, sino que seguiremos el trayecto hasta el puerto donde tomamos el ferry la primera vez, para ir a por la moto. Intento sacarle información para saber adónde iremos después, pero se niega a decirme nada y lo hace de una manera que me desespera sobremanera, ya que saca unos auriculares del interior de su chaqueta, los conecta al móvil y sube el volumen. Ya que, al parecer, se le da bien ignorarme, decido quitarle uno de ellos y colocarlo en mi oreja, miro al frente y me tomo el chocolate caliente mientras intento descifrar qué canción es la que está sonando.

Lo miro de reojo varias veces, pero se ha acomodado sobre su asiento de plástico, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Se está riendo y el hoyuelo se le marca sobre la mejilla.

—No me mires así. —No abre los ojos cuando lo dice, no sé cómo sabe que lo estoy mirando.

—No lo estoy haciendo.

Me enderezó sobre mi asiento y miro al frente. Nos acercamos al pequeño puerto y sin haberme dado cuenta de su movimiento de pronto siento sus labios sobre mi mejilla, dándome un casto beso. Cuando se separa giro la cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran, y lo que veo es la promesa de todo lo que está por llegar, pero yo quiero que sea más, así que me acerco hasta él y pongo mi boca sobre la suya. Me aparto después, sin haber ido más allá, porque, aunque mi experiencia sea mínima, también sé jugar a este juego.

—Voy al baño.

Me levanto del asiento dejándolo con la boca abierta, cosa que me sorprende, ya que no suele demostrar sus emociones con facilidad. Lo del baño solo ha sido una excusa para ganar tiempo y saber cómo actuar con lo que pueda venir, pero es que no tengo ni la más remota idea de lo que será, y menos cuando él no está dispuesto a contarme nada de nada.

Mientras espero decido sacar mi teléfono y mandarle un mensaje a la persona que al parecer ha hecho posible todo esto.

Haley: Eres un imbécil, pero tienes razón. Aun así, te quiero.

Jackson no tarda en aparecer en línea y al momento me llega su respuesta.

Jackson: Sabes que no soy el fan número uno de ese tío, pero si quiere hacerte feliz, y por lo que veo lo hace, no voy a ser yo quien se interponga. Disfruta de tu día de turista.

Tras leer el mensaje me doy cuenta de que Jack sabe mucho más que yo de lo que va a pasar hoy. No sé en qué momento habrán hablado, porque mi amigo apenas aparece por los entrenamientos desde que ha vuelto de sus días de reposo, pero me imagino que cuando alguien quiere algo de otra persona sabe sacarles partido a los pocos minutos que pueda coincidir con ella.

Haley: ¿Qué es lo que sabes?

Le pregunto, intentando obtener algún tipo de información.

Jackson: Disfruta y sal del baño en el que andas escondida. No preguntes, pásatelo bien, y si en algún momento no te sientes cómoda al lado de ese gilipollas no dudes en llamarme, iré a por ti a donde haga falta.

Y ahora este sí es el Jack que conozco y de igual forma sé que, aunque intente interrogarlo más, no voy a conseguir nada, así que salgo del baño y justo cuando estoy llegando a la zona donde Stiles continúa sentado, escuchando música y con los ojos cerrados, la megafonía avisa para que nos vayamos preparando para desembarcar. Estamos a solo un par de minutos del puerto.

Una vez en tierra firme, Stiles recupera los cascos de la moto que le guardaba su amigo y nos dirigimos al lugar donde la dejó aparcada. Y, como ha dicho que haríamos, caminamos cogidos de la mano todo el trayecto.

Me coloca el casco en la cabeza, todo sin apenas dirigirme la palabra, solo para indicarme que me monte y me agarre a su cintura de la misma manera que lo hicimos en el camino hacia aquí.

Cuando llevamos cinco minutos serpenteando por las calles, me doy cuenta de que no ha tomado el camino que nos lleva de nuevo al puente para regresar a nuestras casas. Por el contrario, se está adentrando por las calles de Manhattan. Veo como dejamos atrás los edificios altos y a Stiles adelantando a todos los coches que aparecen delante de nosotros. Los hay de gama alta, otros que podrían estar ya en un desguace, y todos nos tocan el claxon al ver los movimientos temerarios que él hace. Yo me agarro con fuerza a su cintura y aprieto mi pecho contra su espalda. En más de una ocasión tengo ganas de

gritarle que pare, que me quiero bajar de la moto, sobre todo cuando empiezo a percatarme de que cada vez que cree que un semáforo se pondrá rojo gira con brusquedad para cambiar el sentido de la marcha y acabar metido en otra calle.

No sé cuánto tiempo pasamos zigzagueando, pero el recorrido se me hace eterno, sobre todo porque no sé a dónde narices vamos, aunque Stiles parece un experto en esta parte de la ciudad. Por fin noto que aminora la velocidad lo justo para acceder a un aparcamiento subterráneo y acabar dejando la moto en una plaza con el cartel de reservado.

Stiles se endereza en la moto después de apagar el motor y coloca sus dos pies sobre el suelo para mantener el equilibrio, pero yo me niego a soltarlo. Me tiembla todo el cuerpo y no es solo por el frío que me recorre desde la punta de los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Joder, estoy cagada de miedo en estos momentos.

Me toma de las manos, haciendo que suelte el fuerte agarre con el que me sujeto a él, para que, con mucho cuidado, me baje de la moto. Cuando noto el suelo bajo la suela de mis deportivas el calor y el color vuelven a mi cuerpo. Stiles, aún montado en la moto, intenta quitarme el casco, y entonces empiezo a golpearlo con todas mis fuerzas, que ahora mismo son ninguna. No puedo verle la cara a través de la visera negra, pero el movimiento de su cuerpo me hace saber que se está riendo y que no le estoy haciendo ningún daño, por lo que acompaño los golpes con un par de frases.

—Eres un cabrón, podríamos habernos matado. —Tomo un poco de aire para continuar—. ¿En qué demonios estabas pensando, gilipollas?

Me agarra de las manos cuando comprueba que la poca fuerza que tengo se va desvaneciendo y, sin soltarme, pone el pedal de apoyo y se baja. Antes de que me dé tiempo a reaccionar atrapa mi cuerpo entre sus brazos y de esa manera consigue que deje de temblar.

—No te va a pasar nada cuando estés conmigo —dice con voz amortiguada por el casco.

Dejo que sus manos vayan hasta el cierre del mío y me lo quite. Lo coloca sobre el asiento de la moto antes de liberarse del suyo y me mira a los ojos, para que me dé cuenta de que es verdad lo que acaba de decirme: que no va a pasar nada cuando vaya con él o que al menos va a intentar que así sea.

—Perdóname, tal vez he excedido un poco la velocidad —lo miro con rabia, porque excederse es quedarse corto—, pero, ya te lo he dicho antes, tenemos que hacer algo con tu ropa, estás helada y no quiero que pases frío.

Miro a mi alrededor; aún no soy consciente de dónde estamos. Stiles me toma de la mano y recoge los cascos después de quitar la llave del contacto. Caminamos en silencio hasta las puertas de un viejo ascensor. Es como esos que se ven en las series de televisión y que piensas que pocos edificios aún conservan. Tiene una reja exterior, que es la que da acceso al habitáculo, y otra que lo cierra. Nada automático, hay que empujar hasta que se recoge en uno de los laterales y se escucha el metal crujir a causa de los años.

Nos montamos y observo el panel de botones en el lateral. Stiles pulsa uno de ellos, el de la planta más alta, la cuarta, lo que me confirma que estamos en un edificio antiguo de esta zona de la ciudad. Cada vez que pasamos por una de las plantas todo está a oscuras, y no consigo descifrar si estamos en un edificio de oficinas o de viviendas, en un almacén o incluso si está abandonado.

Con un golpe seco, que hace que me pegue a Stiles, el ascensor se para, pero todo lo que hay delante es más oscuridad. Él busca mi mano a través de la luz que desprende la bombilla amarilla que ilumina el viejo ascensor, hasta que nuestros dedos se entrelazan y con la otra mano, después de dejar los cascos en el suelo, empuja ambas rejillas hasta abrirlas.

Desliza los cascos con el pie para sacarlos del ascensor y tira con suavidad de mí hasta que ambos salimos a la vez. Intento atisbar en la oscuridad, pero es imposible ver nada. Y de repente todo se llena de luz y algo impresionante se desvela ante mí.

—Bienvenida.

CAPÍTULO 72



Si me hubieran dicho que esto sería lo que encontraría una vez que las luces alumbraran el espacio oscuro que tenía ante mí, no me lo hubiera creído. Stiles es toda una caja de sorpresas. Ante mí se descubre una habitación enorme en la que cabría cuatro veces la mía. Justo enfrente, al fondo, donde el edificio debe de dar a la calle, unas telas gruesas y negras ocultan lo que me imagino que serán unos grandes ventanales; por ese motivo no se filtra nada de luz al interior del gran espacio. Las paredes están completamente pintadas de negro y hay algunos pósteres de grupos musicales entre los que logro reconocer a AC/DC, Bob Marley y poco más. Todo esto está en la pared de la derecha, porque casi la mitad de la de la izquierda la ocupan unos muebles grises, totalmente mates, que al parecer pertenecen a una cocina, o eso creo, ya que no hay vitrocerámica ni nada que se le parezca para calentar, pero sí un gran frigorífico plateado de dos puertas.

No es todo esto lo que me sorprende: lo más llamativo son los instrumentos musicales que hay junto a dos enormes sofás de color granate.

No todo el mundo se puede permitir tener un piano de cola, pero al parecer Stiles es de esas excepciones que confirman la regla, porque hay uno justo en medio de la enorme sala, y también una batería completa, un par de pies con sus guitarras y un micrófono. Parece la zona de ensayos de un grupo musical.

—Vaya, veo que te he sorprendido —comenta, mientras avanza y se coloca junto a uno de los sofás.

—Como para no hacerlo. ¿De dónde has sacado todo esto? —Me arrepiento al momento de hacer la pregunta, porque ha sonado como si él no pudiera ser el propietario de todos estos instrumentos.

—Ya te lo dije, pequeña. No me conoces para nada.

Dicho eso, me da la espalda y se dirige al frigorífico para, instantes después, aparecer con una lata de cerveza en una mano y una botella de agua en

la otra. Da los pasos que nos separan hasta que deposita la botella entre mis manos.

—¿Quién dice que no me apetece lo mismo que a ti? —Le arrebato la lata de la mano y la abro para beberme el máximo de su contenido en el menor tiempo posible. Él me observa y una mueca de disgusto se le dibuja en la cara.

Vale que yo sea una niña y aún no tenga edad para beber, pero es que él tampoco la tiene. Mas no es eso lo que ha provocado mi arrebato, y que ahora sienta un sabor amargo en la garganta. Es que odio que todo el mundo dé por hecho lo que me gusta y lo que no.

—Está asquerosa —digo, devolviéndosela y arrugando la nariz para intentar evitar las arcadas.

—Vamos, no hemos venido para que veas qué es lo que hay aquí, sino para que te cambies de ropa.

Por su tono de voz parece irritado, y sé que se debe a que lo acabo de desafiar, pero si quiere estar conmigo tendrá que conocer tanto mis cosas buenas como las malas, y aunque puedo parecer una chica dulce, tampoco soy una santa.

Se dirige al lateral donde está el ascensor y me doy cuenta de que hay un par de puertas. Pegada a la primera veo un cartel con un logo bastante soez de un tío y una tía montándose, con esos mismos monigotes de los semáforos que indican cuándo se puede o no cruzar. La segunda puerta no tiene nada pegado, pero sí otra cosa que me llama bastante la atención: una enorme cerradura.

—Este es el baño y esta da acceso a la vivienda. —Stiles saca un manajo de llaves de su cazadora y empiezo a preguntarme si los bolsillos son como los de Doraemon, que parece que no llevan nada, pero puedes encontrar dentro de ellos mil y una sorpresas diferentes.

Lo mira con detenimiento hasta que encuentra la llave que quiere usar y la mete en el ojo de la cerradura. Da un par de vueltas, o tal vez son más, no he prestado atención a las veces que ha girado su muñeca. El ruido que hace el cerrojo al liberar la puerta de su cierre es estruendoso.

Me hace un gesto con la cabeza para que pase delante de él. A diferencia de la sala anterior, esta sí es luminosa. Por lo que puedo ver se trata también de un espacio diáfano, pero aquí predomina el blanco. En uno de los laterales hay un par de puertas y una barra americana que separa lo que parece una sala de estar de la cocina. Esta vez con vitrocerámica, microondas y todo lo necesario para poder preparar algo de comer.

—Bienvenida a mi pequeño rincón secreto.

—¿Esto es tuyo? —balbuceo, sin entender nada—. ¿Estamos en el Bronx?

Stiles se ríe con fuerza y deja la cerveza sobre la barra que separa la cocina de la zona donde estamos ahora, para poder llevarse las manos al estómago y reírse a placer. A mí no me hace ninguna gracia, por lo que golpeo su brazo con toda la fuerza que consigo reunir y lo único que consigo es que ría aún más.

—Eres un idiota. —Me coloco frente a él, con las manos cruzadas sobre el pecho y en actitud desafiante.

—Perdona, no pretendía reírme así. —Lo miro con intensidad, porque no ha dicho que no pretendiera reírse, solo que no quería hacerlo de esta manera.

Levanta las manos, junta las palmas y se las lleva a la barbilla, como si estuviera rezando, y me suplica que lo perdone. Aunque ya no se esté riendo, puedo notar en el brillo de sus ojos y por supuesto en el hoyuelo que lucha por marcarse que no le faltan ganas de hacerlo, pero yo sigo sin encontrarle la gracia.

—¿Me vas a contar el chiste o vas a seguir carcajeándote tú solo?

—Vale, ahora sí. —Sé que se está aguantando, pero lo único que consigue es que una risita nerviosa se me escape a mí—. Que sepas que así no ayudas, pequeña.

—Venga, intentaré controlarme yo también, pero dime dónde narices estamos y para qué me has traído.

Toma la lata de cerveza de la barra y creo que se bebe todo lo que queda de un solo trago, ya que cuando la deja otra vez sobre el mármol lo hace con un fuerte golpe y a pesar de ello no salpica apenas nada. Me toma la mano y me lleva hasta uno de los pequeños sofás que ocupan la sala y que no tienen nada que ver con los de la anterior. Estos son de color blanco y se nota que apenas les han dado uso.

Se sienta y, cuando creo que me va a sentar a su lado, tira de mí con suavidad hasta colocarme encima de sus piernas. Me acomoda en ellas, de manera que quedo un poco ladeada, de forma que podemos mirarnos sin problemas. Pasa una mano por mi cintura y la otra sigue sujetando la mía sobre mi regazo.

—El Bronx está algunas manzanas más adelante. Este apartamento y el de al lado me pertenecen, aunque para ser más exacto todo el edificio es mío. Es una de las inversiones que hizo mi padre con el dinero que me dejó mi madre. —Agacha la mirada cuando la nombra y, aunque me gustaría preguntarle por ella, no lo hago y le dejo seguir hablando—. Aquí es donde he venido siempre con mis amigos a tocar un poco, por diversión. No tenemos un grupo ni nada de eso. Es uno de mis paraísos privados a donde suelo escaparme.

—Y a donde sueles traer a las chicas.

Niega ante mi afirmación.

—Eres la primera chica en cruzar esa puerta. Quiero que vayamos a comer algo y con este uniforme llamas muchísimo la atención. Voy a darte algo de ropa para que puedas cambiarte, ¿de acuerdo? —Se acerca hasta que nuestros rostros están separados por solo unos escasos milímetros y posa sus labios en los míos.

—Si no has traído a ninguna, ¿por qué razón ibas a tener ropa de chica aquí?

—Nadie ha dicho que sea ropa de chica.

Una sonrisa burlona se dibuja en su cara y yo, ante su insinuación de que quiere que me ponga ropa de él, me sonrojo hasta la raíz del pelo e intento ocultar mi rostro en el hueco de su cuello.

Me mueve lo justo hasta que me siento en el sofá y se levanta. Me promete que no tardará nada y desaparece por una de las puertas que he visto al entrar. Yo me quedo observando lo que hay a mi alrededor. Es una zona amplia y moderna. Frente a los sofás veo una mesa baja del mismo color. El suelo es de madera oscura y las paredes están totalmente desnudas; solo una de ellas tiene una gran televisión de pantalla plana. Justo cuando me voy a levantar escucho abrirse la puerta y veo a Stiles aparecer con varias prendas en sus brazos. Se acerca a mí y las deja en el sofá.

Tomo las prendas y me sorprendo al ver que son casi de mi talla. Unos pantalones de chándal azul marino, una camiseta básica blanca y una sudadera con capucha con el logo de una marca que desconozco en el pecho.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto.

—Es mío, ya te lo he dicho. Hasta hace un par de años era un niño que no superaba el metro sesenta y cinco, pero de la noche a la mañana mi cuerpo decidió crecer sin previo aviso y mucha ropa se quedó apenas sin usar.

—Podrías haberla donado —contesto, ya que me sorprende que la siga conservando, y sobre todo en tan buen estado.

—Ve a cambiarte, puedes entrar en mi habitación. A no ser que quieras hacerlo delante de mí.

No responde a mi sugerencia, ha dicho algo totalmente diferente y con su comentario ha conseguido que vuelva a sonrojarme. Ya he estado desnuda una vez delante de él, pero pensar que en estos momentos no lo haría de manera inconsciente, sino que sería un gesto completamente voluntario, hace que me ponga nerviosa. Cojo la ropa que me ha dejado y me levanto para dirigirme a toda velocidad hasta la habitación por la que él acaba de salir.

Cuando regreso me mira de arriba abajo, aprobando con su mirada cómo me queda la ropa. Llevo mi uniforme en la mano y, antes de que me dé tiempo a pedirle una bolsa para meterlo y guardarlo en mi mochila, me lo quita de las manos y hace precisamente eso.

Me toma de la mano y salimos hacia el ascensor para bajar las cuatro plantas que nos separan del garaje donde hemos dejado la moto. Me encamino hacia ella cuando de repente me doy cuenta de que no ha cogido los cascos. Cuando me vuelvo hacia él para decírselo lo veo apoyado sobre un coche totalmente negro. Tiene las llaves enganchadas a su dedo y las hace tintinear. Al comprobar que me estoy acercando a él camina hacia la parte trasera, abre el maletero y deja dentro mi mochila.

—¿Cuántos coches tienes? —pregunto.

—Este no es mío, es de un amigo. De vez en cuando lo deja aquí aparcado. —Se acerca a la puerta del conductor y me hace un gesto con la cabeza para que suba.

—¿Y si le hace falta? —Por alguna razón me da miedo meterme en este coche, de corte deportivo.

—Cuando lo deja aquí es una invitación clara a que lo use. No te preocupes. —Me guiña un ojo—. Recuerda que lo tengo todo planeado.

Y tiene razón, por lo que, aunque no esté muy conforme, acabo montándome en el coche. Es pequeño, pero elegante. Se nota que ha tenido que vivir muchas aventuras. La tapicería está bastante desvencijada y el brillo de los adornos plateados ha perdido su lustre, pero aun así se nota que el dueño lo cuida con bastante mimo.

—Es un Fiat Spider, todo un clásico dentro de los descapotables. No es muy funcional, pero alcanza muy buena velocidad.

—Ni se te ocurra correr como lo hiciste con la moto —le advierto apenas arranca el motor—. Tú puedes decirme que contigo no me va a pasar nada, pero no me fío de lo que hagan los que están a nuestro alrededor.

—Entonces ¿eso quiere decir que confías en mí?

Miro al frente, ignorándolo adrede, ya que tiene una facilidad pasmosa para tergiversar todas las palabras que digo. Lo veo sonreír por el rabllo del ojo y escucho el rugido del motor; el eco del garaje devuelve el sonido con mucha más furia aún.

Conduce por las calles de Manhattan y me dejo embaucar por sus aceras, ya que no pude hacerlo mientras me abrazaba a su espalda en la moto. Tras dejar el puerto no conseguí distinguir hacia dónde nos dirigíamos. La verdad es que he

venido poco a esta parte de Nueva York, y ahora mismo no tengo ni idea de dónde estamos ni a dónde nos dirigimos. Al parecer Stiles preparó muy concienzudamente el día de hoy y sigue sin querer contarme nada de lo que tiene preparado.

Hacemos todo el trayecto en silencio y empiezo a darme cuenta de que todo lo que nos rodea empieza a cambiar por completo. Estamos abandonando la zona donde los edificios tocan las nubes, donde las luces de neón están encendidas sin importar que el sol alumbre en lo más alto del cielo, para adentrarnos en calles en las que predominan las casas de antigua construcción. Las paredes de los edificios están pintadas con grafitis de mil colores e incluso la forma de vestir de las personas que pasean por aquí es totalmente diferente.

A ratos tengo la impresión de que hemos abandonado la ciudad, pero sé que no es así, porque con tan solo mirar por el cristal trasero del coche aún puedo ver los rascacielos a escasa distancia de nosotros. Las viviendas son unifamiliares, los niños juegan con sus balones y sus bicicletas sobre el propio arcén. Apenas hay tráfico, por lo que entiendo perfectamente que sus madres estén tranquilas dentro de sus casas mientras ellos disfrutan fuera. No me extrañaría nada ver enfriarse una tarta sobre el alféizar de alguna ventana, porque algunas personas mayores están sentadas en sus porches, aprovechando los pocos días de calor que quedan; el otoño acaba de llegar y lo ha hecho con fuerza.

—¿Vas a decirme adónde vamos? —pregunto, cansada de este silencio que solo interrumpe la música casi inaudible que sale de los altavoces.

—Vamos a comer —responde sin quitar la vista de la carretera.

—Pues no sé dónde pretendes que lo hagamos. Por esta zona no parece que haya ningún sitio donde comer algo.

Se vuelve lo justo para dedicarme esa sonrisa torcida que hace que los lunares de su cara reluzcan de una manera tan especial. Odio que la zona de su rostro en la que más tiene apenas sea visible desde mi posición. Niega con la cabeza, dándome a entender que soy demasiado insistente intentando conocer sus planes. Empiezo a golpear con mis dedos el salpicadero del coche, ese tic que él y otras personas conocen y que, según ellos, no es tal tic sino el don que tengo para la música, que no sabe cómo salir de mi cuerpo.

Después de un par de minutos gira hacia una calle más y estaciona el coche en un lugar donde aparentemente no hay nada parecido a un restaurante o un sitio donde comer. No hay siquiera un McDonald cerca donde podamos pedir una hamburguesa para tomar en el coche. Apaga el motor y baja, rodea el coche

y se coloca junto a mi puerta para abrirla. Como yo no me muevo, se queda mirándome.

—Vamos, que me muero de hambre.

Hago lo que me dice mientras me tiende la mano para ayudarme a bajar y dejo que me guíe por el camino empedrado de la casa que tenemos enfrente. Unos niños de unos ocho o nueve años juegan en el césped con un balón de fútbol americano y nada más ver a Stiles salen corriendo a su encuentro, caminan a su lado y chocan el puño con él, igual que le he visto hacer con los compañeros de su equipo de baloncesto.

Uno de los niños es de piel morena, tiene un pelo superensortijado y unos enormes ojos de color negro. Lleva puesta una camiseta del equipo de los New York Giants que debió de pasar mejores años, pero se nota que la lleva con orgullo, porque sobre el número diez que tiene en el pecho distingo los restos de un autógrafo. El otro niño es más espigado y su aspecto, muy diferente: pelirrojo, la cara salpicada de pecas anaranjadas y unos ojos celestes que casi podrían ser transparentes. Su ropa tampoco es nueva, el pantalón de chándal tiene parches en ambas rodillas y la camiseta un remiendo de una rotura en la parte baja. Stiles me suelta de la mano de manera tan rápida que los niños no se dan cuenta de que lo hace para arrebatarse al primero el balón de las manos.

—¿Nos lo lanzas? —comentan al unísono.

—Esta porquería de balón —dice él en un tono que solo busca picarlos—. Si ni siquiera debería recibir ese nombre. ¿Qué habéis hecho con el de básquet que os traje?

Ambos se miran, como si estuvieran compartiendo un lenguaje secreto, y noto como Stiles se tensa, como si también entendiera lo que se están diciendo con solo una mirada. Observa a ambos lados de la calle, como buscando algo, y los dos chicos agachan la cabeza.

—Cam, Luke...

Empiezan a cuchichear, pidiéndose el uno al otro que desvele el paradero del balón. No hace falta ser muy listo para averiguar que lo han perdido, pero me da la impresión de que no ha sido un simple descuido.

—Cam estaba lanzando unas canastas —dice al fin el pelirrojo— y Steve apareció. Creíamos que solo quería jugar un rato, pero en cuanto tuvo la pelota en sus manos salió corriendo con ella. Lo perseguimos hasta el final de la calle y, cuando llegamos allí, su hermano mayor estaba esperándonos. Ya sabes que a tía Ellie no le gusta que nos metamos en peleas, así que nos volvimos a casa.

—¿Cuándo fue eso? —el tono severo de la voz de Stiles denota que está exigiendo la verdad.

—Hace dos semanas —responde el que ahora sé que es Luke, justo en el momento en que Cam lo golpea disimuladamente.

Stiles vuelve a mirar en todas direcciones. Parece que intuye algo.

—Ese es el tiempo que hace que os la di. —Ambos asienten—. ¿Le habéis dicho algo a tía Ellie?

Ninguno de los dos responde y Stiles no vuelve a preguntar. Por la actitud que ha tomado su cuerpo y por cómo mira a los niños, creo que sé lo que está pasando por su cabeza.

—Está bien. Alejaos todo lo que podáis —ordena.

Entonces extiende el brazo hacia atrás. Lleva puesta la chaqueta del equipo, pero aun así puedo notar como todos sus músculos se tensan. Bajo la camiseta, que se ha levantado un poco por la parte delantera, distingo una pequeña porción de piel y una fina línea de tinta. Me gustaría saber cuántos tatuajes tiene sobre su cuerpo y por qué se los hizo. Lanza el balón con fuerza y me sorprende ver que también puede ser bastante diestro en este deporte. Luke lo atrapa en sus manos y le dedica una amplia sonrisa mellada, y los dos niños siguen jugando sin volver a pedirle a Stiles que les lance el balón. Él vuelve a buscar mi mano y la enlaza con la mía para indicarme que debemos seguir caminando hasta la casa.

Cuando estamos delante de la puerta golpea un par de veces el marco. Al otro lado se escuchan unos pasos y a una mujer protestar. Dice algo así como que si somos testigos de Jehová más vale que ya estemos corriendo calle abajo si no queremos probar el sabor a goma de sus zapatillas. Stiles esboza una enorme sonrisa, mucho más grande que cualquiera de las que me ha dedicado a mí desde que nos conocemos.

La puerta se abre y ante nosotros aparece una mujer rolliza, con el pelo teñido de color violeta, enfundada en unos *leggings* de colores chillones y una camiseta que le marca casi todos los michelines de los que está compuesto su estómago. Ella nos mira a nosotros y yo no puedo evitar observarla de arriba abajo, confundida por su aspecto.

—No me jodas, tía Ellie. ¿Haciendo ejercicio delante del televisor?

Ella no le responde, solo da un paso hacia delante y antes de que a Stiles le dé tiempo a reaccionar ya lo tiene atrapado entre sus manos, dándole besos por toda la cara. Para mi sorpresa, él no protesta, todo lo contrario, le dedica el mismo gesto a la mujer, que apenas le llega al pecho, y la levanta en volandas,

da una vuelta con ella en brazos y se gana unos cuantos golpes en el pecho hasta que la baja.

—Creí que ya no veníais —habla en plural, lo que me demuestra que sabía que también yo estaría aquí—. No me hubiera extrañado que salieras corriendo. Este chico es incorregible.

Esto último lo dice mirándome y agarrando mi mano para hacerme entrar en la casa. Escucho a Stiles a mi espalda y, cuando me vuelvo para pedirle que deje de reírse, se encoge de hombros y sigue haciéndolo, aunque intentando controlarse. Yo me contagio de su risa y he de llevarme la mano libre a la boca para que la mujer no me escuche.

Pasamos directamente a la cocina, que está justo al lado de la puerta de entrada, y el olor a comida hace que mi estómago ruja; acabo de caer en la cuenta de que llevo bastante tiempo sin ingerir nada. La mesa está puesta para seis personas, así que imagino que los chicos que juegan fuera, más nosotros tres, comeremos juntos. Aun así me sigue sobrando un cubierto, ¿tal vez su marido?

—Stiles, diles a esos dos demonios que entren y vayan a lavarse las manos. La comida ya está lista y Al a punto de entrar por esa puerta.

Me mira, preguntándome con sus ojos si voy a estar bien aquí mientras él hace lo que le ha pedido su tía. Asiento y me vuelvo hacia ella para ofrecerme a ayudarla, pero antes de que diga nada ya me está dando un trapo de cocina y pidiéndome que coja la olla que está en la hornilla y la coloque sobre la mesa. En el momento en que me vuelvo veo a un chico que debe de tener la edad de Stiles apoyado sobre la madera de la puerta. Me mira con descaro y cuando nuestros ojos se cruzan, noto algo de lascivia en su mirada. Pero en vez de sentirme cohibida me cabrea que se permita mirarme así.

—Espero que te cambies de ropa —manifiesta tía Ellie—. Tenemos una invitada y no creo que con ese mono lleno de grasa presentes el respeto que debes.

Sé que yo tampoco voy arreglada con la ropa que me ha prestado Stiles, pero él viste un mono azul con la parte superior atada a su cintura, para sujetarlo y que no se le caiga, y la camiseta básica blanca que se ha puesto tiene manchas de grasa y ha debido de sufrir más de un lavado.

—Tranquila, tía. Solo me he pasado a saludar antes de ir a la ducha —justo cuando dice eso me guiña un ojo—. Ya sabía que habían llegado, he visto mi coche aparcado en la puerta.

—¡Cabrón! —escucho gritar a Stiles a su espalda.

—Capullo —le responde él.

—Esa lengua, chicos —los reprende Ellie, pero ellos ya la están ignorando, fundidos en un abrazo fraternal.

No sé quién será este chico, pero hay algo en su actitud que no me ha gustado nada. Si es amigo de Stiles tendré que soportarlo el tiempo que pasemos aquí. El tal Al, acabo de deducir que es él el dueño del sexto cubierto, se aleja por el pasillo para darse una ducha, o eso espero, y cambiarse de ropa como le ha indicado Ellie. Stiles llega hasta mi lado, me da un beso en la frente y me quita la olla que aún llevaba en las manos para colocarla sobre la mesa. Le informa a Ellie de que los niños ya se están cambiando de ropa y no tardarán en venir, y en ese mismo instante entran por la puerta como dos torbellinos y ocupan su lugar en la mesa, uno junto al otro.

La cocina es bastante sencilla. Tiene una hornilla de cuatro fuegos y viejos muebles de madera, cuyas puertas parecen haber sido reparadas en varias ocasiones. La amplia ventana está cubierta con una cortina de color beige con mazorcas de maíz estampadas. El frigorífico podría tener más años que yo y la mesa en la que estamos sentados es vieja, pero robusta.

Cuando Stiles me dijo que íbamos a comer imaginé que lo haríamos en un bar o un restaurante algo cosmopolita, sobre todo porque veníamos a Manhattan. Lo que no esperaba era encontrarme ahora sentada a la mesa de una casa como esta, acompañada de una mujer a la que todos llaman tía, dos niños pequeños y un tipo que no me da buenas vibraciones.

Stiles se ha sentado a mi lado, en uno de los laterales de la mesa, frente a Cam y Luke. En la cabecera, junto a él, está Ellie, y en el otro, a mi lado, se ha sentado el tal Al, que no deja de mirarme aunque esté todo el rato hablando con Stiles. No me gusta la manera en que lo hace, juraría que me está desnudando con cada vistazo, pero debe de ser algo habitual en él mirar así, porque Stiles no dice nada en ningún momento.

Tras la comida, bastante amena y entretenida salvo por esas miradas, Stiles me pide que me vaya al salón mientras ayuda a Ellie a recoger la cocina y fregar. Me he ofrecido, pero ninguno de los dos me ha permitido hacer nada. Los dos chicos han vuelto a salir corriendo al exterior para continuar jugando.

—Vamos, te acompaño al salón, así nos conocemos algo mejor —comenta Al, colocándose a mi lado.

—Te va a encantar Haley —le dice Stiles mientras regresa al fregadero para enjuagar los platos.

Al me coloca una mano en la espalda y automáticamente doy un paso más rápido de lo normal para poner espacio entre ambos. Su gesto no ha sido inadecuado. Pero su mano sí se ha acercado demasiado a mi trasero y he sentido que no por casualidad.

No me apetece nada quedarme sola con este chico, pero aunque he intentado no moverme de la cocina se ha puesto tan cerca de mí que finalmente he accedido a avanzar hacia donde me indica, intentando mantener una buena distancia entre ambos. Algo me dice que el tiempo que vamos a pasar juntos y solos en el salón no va a ser nada cómodo.

CAPÍTULO 73



No sé el tiempo que llevo sentada en este viejo sofá. Tal vez solo han pasado un par de minutos, pero me han parecido una eternidad. He tenido tiempo de observar la sala, de comprobar que el mueble de enfrente está repleto de marcos de fotos y en todas ellas hay caras de niños sonrientes. También veo varias figuritas de cristal y viejos libros que lo mismo podrían ser de cocina o tal vez coleccionables de los que se recopilan comprando revistas.

Estoy sentada en un sofá de tela marrón, con unas pequeñas telas blancas sobre el respaldo. Uno de los dos sillones que están al lado lo ocupa Al, que sigue sin dejar de mirarme y tampoco me habla, lo que hace que me sienta cohibida y deseando ver aparecer a Stiles por la puerta del salón.

—Creo que debería ir a buscarlos y ayudarlos. —Hago el intento de levantarme, pero Al es más rápido que yo y se coloca a mi lado, pone una mano sobre mi muslo e impide que lo haga.

—No creo que tarden mucho. —Miro hacia el lugar donde ha puesto su mano y la cojo para que la quite de mi pierna.

—No creo que a Stiles le guste mucho que me toques —menciono, intentando poner algo de distancia entre ambos.

—Te sorprenderías. Stiles y yo siempre lo compartimos todo. Ahí tienes el ejemplo de mi coche: no se lo dejo a nadie, es mi bien máspreciado y él es la única persona que tiene derecho a conducirlo.

El modo en que lo dice me deja muy claro cuáles son sus intenciones, por lo que me enfurezco y elevo la voz algo más de lo que debería sabiendo que él y Ellie están en la habitación de al lado y van a enterarse, pero no me apetece que alguien que no conozco de nada me trate como si fuera un trozo de carne. Me levanto del sofá para podérselo decir con más énfasis. Además, sé que, si sigo a esta distancia de él, acabaré golpeándolo.

—Eres un completo gilipollas. Estoy con Stiles, no soy un juguete que un par de amigos se puedan pasar. —Tengo ganas de decirle cosas más fuertes, tal vez la idea de cruzarle la cara con un tortazo no sea tan descabellada. Se me quita al momento de la cabeza cuando noto que alguien me coloca una mano en el hombro y sé a quién pertenece.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —Stiles se coloca a mi lado y me doy cuenta de cómo nos mira a ambos.

Hay algo en sus ojos que me dice que, sea lo que sea que se le está pasando por la cabeza, le parece divertido. Cuando me vuelvo a mirar a Al, veo la misma expresión en los suyos y creo que hay algo que me estoy perdiendo. Coloco los brazos en jarras y Ellie entra también en el salón y se pone a mi lado, mirándonos a los tres.

—Me gusta esta chica —suelta de pronto Al—. Cuídala, tío, tiene carácter. Ya era hora de que encontraras a alguien que sea capaz de plantarte cara.

Observo a uno y a otro. Stiles niega con la cabeza, se acerca a Al y le pega un puñetazo en el estómago. No ha sido fuerte, pero Al se lleva las manos al vientre y suelta un par de palabrotas antes de volver a ponerse derecho y mirarlo con una expresión divertida en su cara.

—Te dije que no hicieras ninguna gilipollez. Haley no es como ninguna otra chica. Quería que os conocierais, ella es importante para mí.

Sus palabras rebotan en mi cabeza. No es que esta sea una declaración ni nada por el estilo, es que saber que soy importante para él hace que me sienta de verdad especial. Me acerco y le pongo la mano en el hombro.

—No te preocupes, ha sabido ponerme en mi lugar. Sé que vamos a ser buenos amigos —responde Al—. Ahora, si no os importa, tengo que irme otra vez al taller. Te dejo un rato más a Spider. Apárcalo en tu garaje y ya me pasaré a por él mañana. —Me mira y veo una expresión distinta a la que ha mostrado toda la tarde—. Me has caído genial, Haley. Dale caña a este cabrón. No dejes que se crea tan fácilmente que es guapo y esas cosas.

Los tres que estamos en el salón nos despedimos de él. La verdad es que la situación ha sido bastante surrealista. Lo único que no entiendo es por qué ha hecho lo que ha hecho, tratarme así, y que Stiles, por lo que intuyo, supiera que lo iba a hacer.

—Stiles... —digo de manera suave mientras Ellie abandona el salón.

—Te juro que le dije que no hiciera ninguna gilipollez. Al es como mi hermano mayor y tengo que agradecerle muchas cosas que ha hecho por mí este

último año. Solo quería estar convencido de que eres buena para mí, aunque yo ya le había dicho que no había nadie mejor.

—¿A cuántas se lo ha hecho?

—Eres la primera que trae a esta casa, Haley. —Ellie se acerca y me dedica una amplia sonrisa. Noto algo más grande que felicidad en su cara.

Me quedo descolocada ante las palabras de esta mujer. Siempre he pensado que Stiles ha debido de tener muchas chicas detrás y enterarme de que soy la primera que le presenta a alguien que representa tanto es extraño. Aún no sé exactamente quién es Ellie, pero por la forma en la que la trata se nota que es muy importante para él.

—¿Quieres un café?

Miro a Stiles: es él quien lo ha planeado todo para hoy y no sé qué querrá hacer ahora. Me sonrío y, como si hubiera entendido a la perfección lo que significa mi mirada, responde afirmativamente por ambos.

Nos quedamos en el salón a petición de Ellie y volvemos a ocupar el sofá, uno junto al otro. Me toma de la mano mientras escuchamos como la mujer trastea en la cocina y al poco tiempo el olor a café empieza a llegar hasta nosotros.

Siento que estoy invadiendo una parte muy privada del chico que está a mi lado, que de la noche a la mañana se ha convertido en mi novio y no sé apenas nada de él. Me gustaría hacerle un montón de preguntas. Saber de dónde viene, que me hable de su madre, por qué me ha traído aquí, que me cuente más cosas de él y empezar a conocerlo a otro nivel.

—Vamos, pregunta, que sé que hay algo que te ronda en la cabeza. Estoy empezando a escuchar los engranajes de tus ideas cada vez más alto. —Intento recordar si he pensado en voz alta o algo para que me haga esa pregunta, pero si fuera así ya me hubiera saltado con alguna de las tuyas.

—Solo intento averiguar por qué has preparado todo esto de hoy —digo sin tapujos.

Me suelta de la mano y se acerca al mueble donde están todas las fotografías de distintos chicos y chicas. Pasa la mano por la balda de madera, como si estuviera buscando algo. Camina hacia un lado y otro, veo como mueve la cabeza y se va fijando en cada una de las fotografías hasta que toma una entre sus manos y se queda de pie, dándome la espalda y mirándola.

—Ellie es mi tía de verdad; bueno, es la tía de mi madre. Hace dos años pasó algo y mi padre pensó que lo mejor era que nos mudáramos y viniéramos aquí. Ella siempre ha sido una mujer muy bondadosa. —Se da la vuelta y se

vuelve a sentar junto a mí en el sofá, dejando la foto sobre mi regazo—. Este de aquí soy yo. Es de hace dos años, cuando llegué a su casa. Mi padre vivía en el edificio que has visto antes. Ella fue quien se encargó de mí y tengo que agradecerle que lo hiciera, porque si no hubiera sido así no sé qué sería de mí ahora.

Observo la foto y veo a un Stiles totalmente diferente. Va vestido de modo completamente distinto a como viste ahora. Lleva unos pantalones de chándal varias tallas grandes, una sudadera negra que, al fijarme bien, parece idéntica a la que llevo puesta yo ahora, y una gorra con la visera hacia atrás que no deja ver su pelo negro. Junto a él está Al, que apenas ha cambiado. En esta foto se puede ver esa hermandad que hay entre ambos. Cada uno tiene sus brazos sobre los hombros del otro e incluso la forma de vestir es casi idéntica, pero lo que no se ve es felicidad en el rostro de ninguno de los dos. Detrás de ellos está Ellie, con la misma sonrisa que le he visto en todo el rato que llevamos aquí.

—Al ya estaba aquí cuando yo llegué. Ellie no ha tenido hijos propios, pero es madre de muchos chicos como yo. Se ha encargado de la educación de muchos de nosotros. Digamos que tenía tanto amor maternal por dar que prefirió no tener hijos y repartirlo entre quienes lo necesitaban.

—Pero tú tienes un padre —comento.

—Como ya te he dicho, ella sí es mi tía y mi caso es especial. Tengo muchos primos —dice, señalando las fotos—. Desde que tengo uso de razón han pasado por esta casa tantos chicos y chicas que si algún día hiciéramos una reunión familiar llenaríamos el gimnasio del instituto y nos seguiría faltando sitio.

—Luke y Cam son también chicos de... —dejo la última palabra en el aire, ya que escucho los pasos de Ellie a mi espalda.

—Acogida —dice ella, porque al parecer ha escuchado la conversación—. Puedes decirlo sin ningún problema. Ellos saben de dónde vienen, yo solo les indico a dónde ir. Esos dos chicos que ves fuera solo llevan conmigo desde principios de año. No suelen venir menores de ocho años, porque el Estado solo me deja traerme a los que, como ellos dicen, no son adoptables. Es una lástima que chicos con tan buen corazón y que podrían tener un futuro prometedor acaben echándose a perder en un centro de acogida o deambulando por unas calles que no les van a traer nada bueno.

Siento la tristeza de la mujer mientras me dice esto. Deja delante de nosotros una bandeja con tres tazas de café, una jarra con leche y un plato con pastas caseras. Stiles le cede su sitio para que se siente a mi lado. Cuando se da

cuenta de que tengo una de sus fotos en mis manos, la toma y veo que sus ojos se ponen brillantes a causa de las lágrimas que parece que está reteniendo.

—Eras un granuja —dice mientras pasa uno de sus dedos por el cristal—. Recuerdo lo mal que me lo hiciste pasar. Has sido de los peores, pero mírate ahora. Has retomado tus estudios, juegas al baloncesto, traes a una chica preciosa a casa y, por lo que me ha dicho tu padre, has vuelto a tocar la guitarra.

Ante ese comentario, Stiles se levanta del sofá y noto que su rostro ha cambiado por completo. Ahora está más serio, incluso el azul de su mirada se ha vuelto más oscuro. Mete una mano en el bolsillo de su pantalón y saca las llaves del coche. Toma una de las tazas de café y sin echarle ni leche ni azúcar se la bebe de un solo trago.

—Vamos, Haley. Tenemos más sitios a los que ir antes de que se haga de noche.

Ellie agacha la cabeza. Por alguna razón sé que algo de lo que ha dicho no le ha sentado bien a Stiles, y estoy casi segura de que ha tenido que ver con la música. ¿Desde cuándo no tocaba? ¿Lo ha vuelto a hacer por mí? Este descubrimiento solo hace que muchas más preguntas sobre él se amontonen en mi cabeza y no sé por dónde empezar.

Me disculpo ante Ellie por no tomarme el café, ya que soy incapaz de hacerlo de un trago, como Stiles. Nos acompaña hasta la puerta y mientras caminamos hacia el coche escuchamos a los chicos jugar en el jardín de la casa. A la velocidad a la que él camina, no me puedo permitir girar la cabeza.

Se monta en el coche sin decir nada y arranca cuando yo aún no he abierto la puerta del copiloto. Le hago un gesto con la mano a Ellie en forma de despedida y ella me dice que puedo volver cuando quiera. Nada más meterme en el vehículo, sin que me dé tiempo a ponerme el cinturón, Stiles da marcha atrás y en cuanto salimos del camino empedrado acelera hasta dejar la casa atrás.

—¿A qué demonios ha venido eso? —le grito, pero él sigue sin hablar.

—A nada, tenemos más cosas que hacer.

—No, ha pasado algo y me he dado cuenta de sobra, aunque no lo creas. — De repente para el coche a un lado de la carretera y se queda con las manos sobre el volante. Las aprieta con tanta fuerza que puedo ver como sus nudillos se vuelven blancos. —Si no querías que me enterara de ciertas cosas de ti, no tendrías que haberme traído.

Antes de que me responda, en un momento de arrebato, me bajo del coche y empiezo a caminar en dirección contraria a la que íbamos. No tengo ni idea de

dónde estamos, pero sí recuerdo cuál es la casa de Ellie. Si llego hasta allí podré llamar a un taxi para que me lleve a la mía.

Escucho como se baja y el portazo que da cuando cierra la puerta tras de sí. No me vuelvo, pero inconscientemente bajo el ritmo al que estaba caminando, porque lo que más deseaba que hiciera es esto, venir a buscarme. Ahora solo espero que me dé alguna explicación sobre lo que ha pasado, por qué hemos tenido que irnos así cuando fue él quien decidió quedarse a tomar café y quien empezó la conversación.

—¡No entiendes una mierda, Haley! —empieza a gritarme cuando se coloca frente a mí, impidiéndome avanzar—. No es fácil, ¿vale?, mi vida ni ha sido fácil ni lo es y te juro que estoy intentando que lo que pasó no tenga que formar parte de esto que estamos empezando. —Pongo mis manos en las caderas y lo desafío con la mirada. —Contigo estoy haciendo cosas que no he hecho nunca con nadie.

—Nadie te ha pedido que me traigas aquí, nadie te ha pedido que me cuentes tu vida. Estoy contigo sin saber quién eras antes porque estoy con la persona que eres ahora, pero esa actitud tuya no me gusta. No me gusta cuando te encierras en ti mismo y actúas sin pensar. —Y es cierto. Me gusta, joder, me gusta mucho y me encanta el chico que estoy conociendo desde principio de curso, aunque la mayoría de las veces sea un completo idiota al que no consigo entender.

Nos quedamos mirándonos, yo retándolo y él con la mirada perdida sobre mí, como si el estar delante de sus ojos no fuera suficiente para que me viera. Sé que si algún día conozco el pasado que esconde no va a gustarme, sé que teme contármelo, pero prometo que no me importa lo más mínimo. Lo único que quiero es que siga siendo el Stiles que se preocupa por mí, el que me ayuda cuando me siento hundida, el que me regala esas sonrisas maravillosas, el que hace que desee perderme contando los lunares de su cara. El que me enamora cuando lo veo rasgar las cuerdas de una guitarra, no este que tengo ahora delante.

No quiero que me cuente las cosas si no puede hacerlo, lo único que quiero es que cuando pase algo como lo de hace un rato no necesite huir, como siempre, porque sé lo que es eso. Es lo mismo que hago yo siempre. Huir.

—Móntate en el coche —me dice, cuando parece que ha dejado sus pensamientos en segundo plano, ya que el silencio entre ambos ha sido demasiado largo.

Hago lo que me dice, no porque me sienta cohibida por su actitud, sino porque creo que es la manera más segura de salir de aquí. Camino a paso lento, con Stiles a mi lado, y el silencio sigue rodeándonos. Lo hace durante todo el camino y esta vez no necesito preguntarle hacia dónde vamos, porque frente a nosotros vuelve a aparecer el puente de Brooklyn.

Cuando empezamos a cruzarlo sé que la cita que había preparado ha llegado a su fin. Si había planeado algo más no voy a saberlo, aunque creo que es lo mejor, porque ni él ni yo vamos a disfrutar del tiempo que estemos juntos durante lo que quede del día de hoy. Tal vez yo huyo cuando los problemas son míos, pero soy demasiado cabezona cuando son de alguien importante para mí y lo que pretendo es ayudarlo. No quiero que me cuente nada, solo que permanezca a mi lado cuando se sienta mal, aunque sea sin compartir lo que le está haciendo sentir de esa manera.

Enfilamos por mi calle hasta que deja el coche mal estacionado frente a mi portal. No apaga el motor, se queda mirando al frente y los dedos de su mano empiezan a golpear con impaciencia en el volante. Está esperando a que me baje, sin una despedida, sin un beso, pero no voy a permitir que el día de hoy acabe así, de modo que soy yo la que me inclino hasta él y le doy un beso en la mejilla.

—Adiós, Stiles.

No quiero bajarme del coche. Mis movimientos son lentos porque espero que él me diga algo, que me retenga, que me haga saber que, aunque hayamos tenido una pequeña discusión, todo sigue bien entre nosotros. Pero no hace nada, así que finalmente desciendo para dirigirme al maletero y recoger mi mochila y la bolsa con el uniforme de animadora. Sigue sin hacer ningún amago de bajarse del coche, así que improviso un último intento y me acerco a la ventanilla del copiloto, que he dejado abierta, me apoyo en ella para despedirme de nuevo, y para mi sorpresa es él quien comienza a hablar.

—Te dije que la primera vez que te montara en mi moto sería para llevarte a ver las estrellas. Perdona por no haberlo cumplido, pero ahora mismo me es imposible. Lo iba a hacer, te iba a llevar a ese sitio que sé que te encanta, Jack me lo contó, pero no estoy preparado para esto aún. Lo siento de veras, Haley. —Gira la cara hasta que sus ojos se encuentran con los míos—. Me gustas, joder, me gustas mucho y quiero que esto sea perfecto, pero sé que si sigues a mi lado solo vas a sufrir y si eso pasara no me lo perdonaría en la vida.

—No me estas dejando —le digo, cabreada—. No puedes hacerlo, porque yo no te lo permito. Yo te gusto, tú me gustas, lo demás debería dar igual.

—No es tan fácil. Lo siento, Haley. Adiós.

—Es lo fácil que lo queramos hacer. Solo quiero que sepas que no voy a permitir que te alejes de mí, no ahora, que es cuando más te necesito.

Pero no me deja decir nada más. Pisa el acelerador, así que tengo que dar un paso atrás y permitirle irse, porque ahora mismo no puedo hacer nada para que se quede. Sin embargo, no pienso quedarme de brazos cruzados, no ahora que tengo claro lo que siento por él. No solo me gusta, me he enamorado de ese completo idiota y él me ha confesado que le gusto, y eso significa que hay una mínima esperanza y me agarraré a ella como a un clavo ardiendo. No le he mentido cuando le he dicho que en estos momentos lo necesito a mi lado.

CAPÍTULO 74



Si el tiempo pasara más lento, ya estaría completamente parado.

Las horas se han convertido en días, los días en una semana y el mes de noviembre está a punto de llegar a su fin. Stiles ha venido al instituto, sí, pero me ha ignorado, incluso en las clases que compartimos juntos se ha sentado en la otra punta del aula, sin cruzar una mirada conmigo que me permita saber qué es lo que siente, qué es lo que está pasando. Si por casualidad todavía queda alguna posibilidad.

Los días han transcurrido como si no hubieran existido para mí. La facilidad con que las cosas cambian de la noche a la mañana es pasmosa.

En este tiempo Eliza se ha recuperado de su lesión y yo he vuelto a formar parte de la estructura de la pirámide, con todo lo que eso conlleva. De nuevo me he convertido en un ente invisible que vaga por los pasillos. La razón es que el uniforme de animadora solo me acompaña durante los entrenamientos y el resto del día vuelvo a ser la Haley de los vaqueros desgastados, las camisetas de grupos musicales que en la actualidad apenas nadie conoce y la mirada clavada en el suelo, para no cruzarla con nadie y escuchar los rumores que tan rápido corren por los pasillos de un instituto que, al parecer, no tiene nada mejor que hacer que reírse de la chica que llegó a lo más alto saliendo con una de las estrellas del equipo de baloncesto, que ocupó la parte más alta de la pirámide y que ahora vuelve a ser un cero a la izquierda.

Juro que en otro momento no me habría importado. Me hubiera sido más fácil seguir adelante si a los dos días no me hubiera encontrado con el peor de los castigos posibles.

Su sonrisa ladeada. Su hoyuelo enmarcado por los lunares estrellados de su cara y un brazo sobre el hombro de otra chica que no era yo. Tal vez hubiera sido más fácil de no haberse tratado de ella. Tal vez sería más fácil si no fuera Eliza la persona que ahora lo acompañaba por los pasillos, pegada a su cuerpo.

Me miró. Lo miré. Nos miramos y mi corazón se terminó de romper en aquel preciso momento. Creo que todo el instituto escuchó caer lo poco que me quedaba intacto en el pecho, como chocaba con el suelo y se convertía en pequeños pedacitos imposibles de volver a unir. Se me escapó la esperanza entre los dedos.

Desde el día siguiente en que me dejó en la puerta de casa, Jack sabía que algo había pasado, no hace falta tener dos dedos de frente. Me preguntó en los pasillos del instituto que cómo había ido la primera cita con mi novio. Creo que quedó bastante claro cuando le respondí que qué novio. Como es tan característico en él, no quiso saber qué había pasado, pero si me lo hubiera preguntado, tampoco hubiera sabido qué contestarle. ¿Que nos habíamos peleado y que seguía sin saber el motivo? ¿Que Stiles es tan idiota como yo y lo que mejor se nos da es huir de los problemas? Seguramente me habría dado la razón en eso, porque es lo que he hecho desde entonces. Si mi carácter fuera otro, lo hubiera abordado en el pasillo al día siguiente, cuando nos cruzamos y no se dignó a mirarme a la cara.

Pero todo lo que me estaba pasando con Stiles era, al fin y al cabo, una gilipollez comparado con el resto de lo que ocurría a mi alrededor.

Durante esos días pasó algo más. El cumpleaños de Stiles. Aunque intentes pasar de ciertas cosas, algunas son imposibles de ignorar. A todo el mundo, y cuando digo todo me refiero a todos menos a mí, le llegó un mensaje para la invitación del año. Seguramente Stiles quería algo más sencillo, o eso intenté decirme una y otra vez. Que yo lo conozco algo más que Eliza y sé que aquello no era lo que hubiera preferido para su cumpleaños. Pero estaba eufórico, se lo noté en la cara y se lo sigo notando.

Una mínima esperanza me decía que también yo acabaría recibiendo el mensaje de invitación a la fiesta de su dieciocho cumpleaños. Me monté una película en la cabeza, de esas de adolescentes en las que, cuando eres la última invitada y entras en la sala, te acabas convirtiendo en el centro de atención, porque el chico de tus sueños, que es el mismo que cumple años, se acerca a ti y se olvida del resto de los asistentes, porque solo tiene ojos para ti. Y cuando llega a tu lado, te toma entre sus brazos y empezáis a bailar una canción lenta, totalmente distinta a la que suena por los altavoces, porque entre ambos creáis una melodía solo para vosotros y, cuando crees que todo es perfecto, viene algo mejor, porque él atrapa tu rostro entre sus manos, rozándote las mejillas con sus pulgares, y te da el beso más espectacular de tu vida y sabes que por el sonido de

los aplausos de todas las personas que te rodean es lo mejor que podrías haber vivido. Pero esto solo pasa en las películas, porque el mensaje no me llegó.

Sé que Jack lo recibió, aunque no me dijera nada. Max tenía el suyo y lo vi marcharse aquel sábado con Sarah a celebrarlo, a disfrutar de una fiesta que yo me perdería y que viviría sola, en mi habitación, en un mar de lágrimas, pero de nuevo mi amigo no permitió que eso pasara, porque se quedó conmigo y pasamos juntos una noche de pizzas, palomitas y series de humor.

Aún hice otra locura el día de su cumpleaños. Sí, porque soy una kamikaze y porque dicen que la esperanza es lo último que se pierde, aunque ahora mismo vea lejano que Stiles vuelva a querer compartir algo conmigo. Yo fui la tonta que lo alejó de mí y la misma tonta que sabe que será imposible solucionar lo que hice. Esa misma mañana, cuando lo único que se escuchaba eran los comentarios de las chicas contándose lo que se habían comprado para la celebración y los de ellos hablando de las bebidas que iban a consumir sin que hubiera un mañana, aproveché que tenía una hora libre y me escapé del instituto para pasear por una de las calles con tiendas que había cerca. Necesitaba desconectar de todo. De él. Lo que no me esperaba era encontrar aquello en un escaparate lleno de piedras de colores, velas aromáticas y porquerías varias.

Estaba en un lateral, casi oculto por un puñado de pétalos de tela de tonalidades otoñales. Sigo sin recordar el momento en el que entré en la tienda y salí con una cajita envuelta en papel y metida en una bolsa de plástico amarilla con un dibujo de abejas negras. Ni siquiera sé porque lo hice, pero me alegré de hacerlo.

* * *

Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, el frío había llegado y con él la lluvia y las primeras nieves. Desde mi ventana, observaba como el parque se vestía de blanco. Lo único que esos días me levantaba el ánimo era que Jack pasaba casi todo el rato conmigo y que parecía que su enfermedad le había dado una tregua.

Ese día volvíamos de vuelta a casa en mi coche, ya que esta vez decidí sacarlo yo, porque llevaba demasiado tiempo metido en el garaje y pensé que mis padres me lo habían regalado por algo.

—Deberías cambiar el cd de música —comentaba Jack, mientras iba pasando canción por canción hasta que dio con una de Coldplay y subió el

volumen—. Bueno, esta es pasable.

Me reí, porque hasta hacía unos meses Jack no soportaba a ese grupo. No sé en qué momento empezó a gustarle, tal vez desde que se convirtió en casi lo único que escuchaba cuando él venía a mi casa y nos metíamos en mi habitación a estudiar.

—¿Hoy tenías cita con tu médico? —pregunté cuando llegamos a la puerta de mi casa, antes de despedirnos.

—Sí, mis padres estarán esperando a que entre por la puerta para empezar a darme la tabarra con que vamos a llegar a tarde.

—Cuando vuelvas vendrás a decirme lo que te ha dicho, ¿verdad?

—Dalo por hecho, *sweetie*. Serás la primera en saberlo.

Se despidió con un beso en la mejilla y entré en casa con una sensación extraña en el pecho. Mi madre ya había llegado y, como siempre estaba metida en la cocina, preparando la cena. Ava se había sentado en el sofá con su *tablet* en las manos y sus auriculares puestos. Mi madre debía de estar cansada de escuchar las canciones que suele poner Ava en la tele y le había dejado cogerla, lo cual solo podía significar que estaba en uno de sus días de migrañas.

Me acerqué a la cocina para darle un beso. Con el ceño fruncido, intentaba cortar una cebolla sin llorar. En un plato vi unos trocitos de queso cortados a cuadraditos y no pude evitar meter la mano para coger uno, aunque justo antes de que pudiera hacerlo ella me golpeó en el dorso.

—Es para la cena —dijo después de darme un beso, y siguió cortando la cebolla.

—Hoy no es un buen día, por lo que veo. ¿Quieres que la haga yo? —me ofrecí.

—No hace falta, cariño, ve a dejar las cosas a tu cuarto. Sarah está con tu hermano en la habitación. —Señaló con la cabeza hacia el cuarto y comprobé que la puerta estaba abierta; seguramente fue el requisito fundamental para dejar que estuvieran allí solos—. Ve a ver qué hacen y de camino aprovecha para estar un rato con tu amiga; tu hermano la acapara demasiado.

Hice lo que me pidió, o algo parecido. Pasé por delante de la habitación de Max y no pude evitar mirar adentro. Los vi sentados sobre la cama, con las piernas cruzadas y mirando algo en el portátil que habían colocado entre ambos. Todavía hoy sigo sin saber exactamente desde cuándo llevan juntos, pero nunca pude imaginar que a Sarah le durara tanto un novio; aunque yo me enteré después del verano, sé que lo están desde mucho antes.

Me quedé de pie, delante de la puerta, pensando en si entrar o no, pero ninguno de los dos se dio cuenta de mi presencia y tampoco hice nada para que eso ocurriera. Estuve un rato observando sus reacciones, cómo se miraban, esas miradas que desprende el primer amor, que solo se comparten con la persona que sueñas que seguirá a tu lado durante mucho tiempo. Como yo creía que Stiles me miraba a mí.

El cuarto de mi hermano estaba distinto. A diferencia de él, que viene a menudo al mío, yo no suelo entrar aquí a no ser que sea estrictamente necesario, y creo que la última vez que lo hice fue cuando aún nos gustaba dormir juntos en la misma cama. Ya ni lo recuerdo. Antes, las paredes estaban repletas de pósteres de jugadores de baloncesto y películas, pero ahora solo quedaban unos pocos. Algunos habían sido sustituidos por un gran panel de corcho, parecido al que tiene Jack en su cuarto, porque Max también lo tiene lleno de fotos sujetas con chinchetas de colores.

—¿Necesitas algo? —La voz de mi hermano hizo que dejara de observar la pared para volver la vista a ellos.

—No, mamá me dijo que estabais aquí. Solo he pasado a saludar.

Sarah me miraba, y algo en su forma de hacerlo consiguió que se agitara algo en mi interior. Era esa misma mirada que solía dedicarme cuando tenía algo que decirme y no sabía cómo hacerlo. Ojalá nuestra amistad fuera la que era, pensé, y que en vez de estar sentada en la cama de mi hermano hubiera venido a mi habitación, a contarme qué es eso que ha hecho que esa amistad haya quedado en el olvido, que ya no compartamos nuestras intimidades, ojalá no existieran esos muros que nos impiden acercarnos.

—Hola. —Forzó una sonrisa.

—Hola —respondí, ajustando la mochila en mi hombro—. Me voy a mi cuarto.

Ninguno de los dos dijo nada más, así que caminé con la cabeza baja y pensando en todas las cosas que habían pasado los últimos meses, intentando averiguar a dónde había ido toda esa fuerza con la que empecé el nuevo curso, cómo había podido esfumarse aquella energía como si realmente nunca hubiera existido. Pensé que volvía a ser aquella Haley que prefería pasar desapercibida, que solo quería ser recordada como una estudiante más. Pero entonces me di cuenta de que no, ya no era exactamente aquella Haley.

Al llegar a mi habitación saqué las cosas de la mochila y las dispuse sobre mi escritorio. Comprobé cuáles eran las tareas más urgentes para ponerme a hacerlas. Hice lo mismo que los últimos días, en los que Jack y yo no habíamos

podido reunirnos para hacerlas juntos: saqué mi tocadiscos y un vinilo de Lana del Rey y dejé que su suave y melancólica música llenara cada espacio vacío de mi corazón roto.

Odio que, cuando todo a mi alrededor se desmorona, sea yo la única persona a la que le cuesta seguir adelante. Stiles empezaba a rehacer su vida, eso me había quedado claro. Seguía paseando con Eliza a su lado. No entiendo como Garret no hizo nada al respecto, o tal vez es que Eliza y él siempre habían tenido ese tipo de relación: no están juntos, pero sí lo están, solo se dan unos días, unas semanas o incluso un verano entero, recordé, y me cabreé al comprobar una vez más que me había utilizado.

La música sonaba, atravesando la aguja del tocadiscos. Perdí la noción del tiempo. No sé cuánto estuve sentada frente al escritorio, con el ordenador abierto y la pantalla lista para iniciar sesión, el libro cerrado sobre la mesa, los bolígrafos dentro del estuche... De pronto escuché un ruido detrás de mí. Me volví, usando las ruedas de mi silla de escritorio, hasta quedar frente a la persona que en ese momento cruzaba la puerta del baño que comunica con la habitación de mi hermano.

He leído en más de una ocasión que los ojos son el espejo del alma. Que si de verdad conoces a la persona que te mira, aunque solo sea un poco, consigues averiguar qué es lo que está por venir, o al menos una parte importante de ello. Esto mismo es lo que pasó cuando Sarah y yo nos miramos, de verdad, como hacía tiempo que no lo hacíamos. Primero nos quedamos calladas, como si solo respirar y el aire intenso que nos rodeaba fueran suficientes para estropear nuestra conexión. No sé quién de las dos dio el primer paso, si fue ella la que avanzó hacia mí sobre la alfombra de mi cuarto o fui yo quien se levantó de la silla y acortó esa distancia.

Nos quedamos a un metro la una de la otra y aun así sentí que en ese momento estaba más unida a mí que en todos los meses anteriores. A veces no se necesita estar al lado de la persona que mejor te comprende, a veces no son necesarias las palabras, ni los «te lo dije», ni esos consejos que sabes que vendrán después de un sermón que de verdad te hace falta para espabilar. La mayoría de las veces esa mirada, tan real, es lo que nos confirma que la distancia no significa nada, que es solo un espacio que nosotros solos imponemos cuando deseamos un poco de libertad o escondernos dentro del agujero más profundo. Y ahí estaba Sarah, mirándome de esa forma y logrando derrumbar todos mis muros, haciendo que dejara de importarme en qué momento nos habíamos separado, que ignorara las palabras mal usadas. El tiempo es capaz de curar

hasta las peores heridas, y en nuestro caso tal vez hubiera sido peor saber la verdad en el momento menos oportuno.

—Lo siento. —No recuerdo quién fue la primera en decirlo, pero sí que aquellas palabras fueron sinceras.

—No, tú no tienes que sentir nada, he sido yo la que se ha alejado, la que ha puesto distancia, la que ha levantado muros infranqueables. —Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla y no pude evitar acercar mi mano y retirarla.

No supe qué responder. Sentí que cualquier palabra hubiera sido inútil. Sarah seguía quieta, sin moverse de su sitio, solo temblando como si un frío glacial se hubiera instalado en su interior, y decidí hacer lo que yo necesitaba tanto o más que ella.

La envolví entre mis brazos, alegrándome de volver a sentirme pequeña entre ellos. Aún quedaban muchas palabras por decirnos, pero no era el momento. No lo era para ella, que me estaba dando lo único que de verdad me hacía falta. A mi amiga, a la de verdad. A la que sabe ver cuándo estoy tan hundida que no consigo encontrar la cuerda que me ayude a escalar hasta ese pequeño haz de luz que ilumina la salida del foso que yo sola he cavado para enterrar la cabeza. Pero no soy un avestruz, soy peor, porque yo he enterrado mi cuerpo entero, he separado todas sus partes para que sea imposible unirlos de nuevo. Sarah estaba conmigo. Mi amiga de verdad, aunque desearía que no hubiera hecho algunas cosas. Aunque quisiera que se quedara cerca en todos los momentos, que me ayudara a completarme, a que las piezas que quedan de mí vuelvan a reunirse en una sola. Pero la entendí. Dios sabe que lo hice, porque sabía que ella estaba igual que yo, rota, desgarrada.

Ojalá todo fuera más sencillo. Porque la vida lo es, somos nosotros los que la hacemos complicada.

—Me he enterado de lo de Jack —la escuché decir mientras seguía apretada contra su cuerpo, sintiendo como sus manos daban calor a mi espalda y el calor se expandía hasta mi alma—. Sé que ha pasado algo con Stiles. Sé que los rumores son solo eso.

No pude hacer otra cosa que dejar salir las lágrimas que había aguantado durante un largo mes, las de verdad, las que se quedan a medio camino, las que da miedo que se escapen porque son las que nos hacen darnos cuenta de que todo lo que nos sucede es real. Aunque seas solo una niña a la que le queda mucho por vivir, de pronto sientes que algo te ha hecho madurar de la peor de las maneras. Y fueron esas las que mojaron la camiseta de mi mejor amiga sin que a

ella le importara, porque para eso estaba ahí, conmigo, abrazada a mí, para eso, para que al fin lo dejara salir todo.

—Duele. Duele mucho.

—No tienes que decirme nada. No tengo derecho a ser tu paño de lágrimas, no tengo derecho a ser la persona que te consuela, Hal. No ahora que soy incapaz de decirte lo que me pasa. De ser sincera como siempre lo hemos sido.

—No importa, no quiero saberlo si tú no quieres contármelo. Solo necesito que sigas aquí, aunque nos separen distancias tan grandes como las que impone esta sociedad clasista. Solo quiero saber que, aunque no estemos juntas, realmente lo estamos.

—Siempre, Hal. Siempre. —Nos separamos para mirarnos de nuevo, de esa manera con que solo dos personas que de verdad se conocen consiguen hacerlo—. Solo dame algo más de tiempo. Espero que no sea demasiado y que cuando llegue el momento no sea tarde y puedas entender por qué he tardado tanto.

—Siempre, Sarah. Siempre —repetí su misma frase, para que supiera que esperaría a mi amiga el tiempo que hiciera falta.

—Ahora tengo que irme.

Acepté que lo hiciera, porque aquello ya había sido un gran paso para ambas. Acabábamos de darnos lo que a ambas nos hacía más falta. Un abrazo, de los de verdad, unas lágrimas de las que purifican el alma.

Se separó de mí. No conseguí descifrar a cuál de las dos le costó más. Aún nos quedaba un camino largo por recorrer, tal vez lento y doloroso, pero acabábamos de hacer lo más difícil: empezar a caminarlo. Volveríamos a ser las mejores amigas, la que se lo cuentan todo sin decirse nada. Solo había que tener paciencia, vivir el momento.

Porque la vida es esto, está hecha de momentos, de miradas, de abrazos, de palabras que aún no se han dicho porque aún no hace falta decirlas. Y mi encuentro con Sarah iba a convertirse en uno de esos recuerdos que acaban quedándose, aunque lo demás se diluya en el fondo de un cajón de calcetines desaparejados de los cuales no te quieres deshacer, por si algún día aparece el que se perdió sin saber cómo. La vida es esto, momentos partidos que esperan a su otra mitad para quedar completos y acabar formando parte de ella. Para siempre.

CAPÍTULO 75



STILES

—¡La he cagado! —grito, golpeando con fuerza el puño contra el asiento desgastado del sofá de Alison.

Ella me mira, pero no dice nada, porque no es necesario. Me lo dijo una vez y tiene toda la razón del mundo. Siempre vuelvo a ella, pero es solo porque ella es lo que conozco y ese es siempre el final para todos, volver a lo que conocemos porque es cómodo, porque sabes cómo luchar contra los problemas. Porque ya huiste en su momento y no es necesario volver a hacerlo.

Está sentada en el suelo, entre mis piernas, rozando la mía con sus dedos en un movimiento automático, no hay ningún tipo de sentimiento oculto tras el roce de sus uñas en mi gemelo. Tiene un porro en la mano que me ha pasado en varias ocasiones y al que no me he negado, porque necesitaba llenar mis pulmones de humo tóxico para que me nublase la mente, para que sus componentes me hicieran olvidar el último mes.

¿Por qué pasé el brazo por el hombro de Eliza? Porque era fácil. Fácil hacer que de esa forma Haley girara su cabeza para mirar a otro lado y no pensara en luchar, como me había dicho. Porque sé que soy incapaz de separarme de ella si es ella quien se acerca primero. No me resulta sencillo alejarme de ella. Es casi lo más doloroso que he hecho en la vida. Pero me repito una y otra vez que es lo mejor. No quiero que sufra, no se lo merece y a mi lado es lo único que va a conocer. Dolor.

—Has hecho el gilipollas todo este mes, pero no puedes negar que ha funcionado a la perfección —comenta Alison mientras se levanta, y puedo ver que no lleva nada bajo la camiseta holgada de color verde hierba.

Tiene razón, nuevamente. Alison es de las personas más inteligentes que conozco. En todos los aspectos. Es un par de años mayor que yo, sabe todo lo

que me pasó, estuvo allí en cada uno de esos momentos. En todos. Sabe jugar muy bien sus bazas y consiguió convencer a mi padre de que ella era mi único apoyo para seguir con los pies anclados en el suelo. Consiguió que le diera un trabajo en la ciudad, incluso le pagó el billete desde Chicago y le cedió este piso, que es nuestro y ella no tiene que pagar un solo dólar para ocuparlo. Solo ha de hacerse cargo de los gastos principales. Seguramente siga siendo la tía que mejor la chupa y mi padre ha conocido sus encantos; no me extrañaría nada que le gustara montárselo con el padre y con el hijo, pero yo no soy quién para juzgarla. No tenemos nada serio, nunca lo hemos tenido. Ella ha sido muchas de mis primeras veces y yo su fondo de inversiones, nada más.

He seguido todos los consejos que me ha dado. Después de dejar a Haley en la puerta de su casa, solo pensé en un sitio adonde ir y no tuve que darle muchas vueltas. Alison siempre me recibe con los brazos abiertos, alcohol, drogas y sexo del bueno.

Al día siguiente, cuando llegué al instituto busqué a la persona que más le pudiera joder y esa tiene nombre de guarra y unas tetas impresionantes. Eliza. Creí que iba a ser más complicado, pero las cosas vinieron solas. Estaba en la puerta y solo tuve que acercarme a ella y decirle un par de cosas subidas de tono al oído para que se pegara a mi cuerpo como una maldita lapa. Lo siguiente fue algo más duro: ignorar a Haley. ¿Cómo vas a ignorar a la persona que ha movido tu mundo, a la que le da luz, color y el mejor olor de todos los conocidos? Pues Alison también ha encontrado una solución para esto y tiene forma redonda y pequeña y hace que con solo un trago de agua todo a mi alrededor parezca un maldito campo de nubes de algodón, poblado de unicornios y lluvia de purpurina. Lo que viene siendo un colocón constante. Lo malo es cuando llega el bajón, que es donde me encuentro ahora, después de haber vivido dos putas semanas de cumpleaños. Una maldita locura.

La celebración podría haber sido apoteósica sin tanta mierda en mi cuerpo, pero creo que los cinco minutos que pasé en aquel local fueron suficientes para que la gente me felicitara y se olvidaran al momento de mí. Alison es un genio cuando se lo propone.

Dieciocho años, dinero, sexo, alcohol y muchas drogas.

—No le des más vueltas, tú mismo lo has dicho. No te necesita en su vida, es una niña buena. Encontrará a alguien que le haga olvidarse de ti.

—No quiero que se olvide de mí, joder.

—Pues para eso solo tienes una solución y no creo que estés muy por la labor de hacerlo. —Ha sacado una bolsa de coca de su bolso y antes de que me

dé tiempo a reaccionar ya la tengo sentada a horcajadas sobre mis piernas, deshaciéndose de su camiseta y echando un poco del polvo mágico en sus pechos—. Vamos, desconecta, no dejes que esa niñata tome el control.

En otra ocasión estaría empujando a Alison fuera de mis piernas, gritándole que no quiero esta mierda, pero ¿para qué va a servir? Al final acabaría volviendo aquí, porque el chico bueno, ese Stiles, no funciona, está roto. Estoy roto.

Entierro la cabeza en sus pechos y esnifo, después paso la lengua por su piel para eliminar los restos que han quedado en ella, y siento como la lengua se me adormece. Esta mierda es buena, muy buena.

Alison se remueve sobre mis piernas haciendo que su coño se roce contra mi polla, que ya está más que lista para el ataque. Dejo que sus manos se enreden en mi pelo y el dolor de los tirones hace que sienta algo más. Me meto uno de sus pezones en la boca para succionarlo, morderlo y hacer que su cuerpo se curve por las sensaciones eléctricas que tantas veces me ha explicado que siente cuando le hago estas cosas. Me entretengo, sin prisas, saboreando los restos de la coca que aún quedan sobre sus tetas, hasta que ella se cansa de que mi atención solo esté centrada en ese lugar, tira de mi cabeza hacia atrás y empieza a morderme el cuello, a pasar su lengua, a pasar sus manos por debajo de mi camiseta, arañándose sin importarle que las marcas queden por donde han pasado sus dedos. Si a mí no me importa, a ella, menos.

Dejo que tire de mí para levantarnos del sofá, este sitio donde planto mi trasero todas las tardes una vez que salgo de las clases. Solo hay una cosa que no he hecho como las otras veces: quedarme a dormir. Vuelvo cada noche a mi casa, porque he de seguir actuando, hacer este papel ante todos, ante los compañeros del instituto, incluso ante mi padre. No puede enterarse de que he vuelto a las andadas.

—Hoy vamos a ponernos cómodos, quiero rememorar una fiesta de hace casi tres años. —Y no hace falta que diga nada más.

Cuando entramos en su habitación me empuja poniendo las manos sobre mi pecho. Le resulta sencillo porque la mierda que llevo metida en el cuerpo me ha debilitado, aunque saber lo que viene a continuación lo pone fácil.

Se queda de pie, ante mí, sin camiseta y con unas braguitas que dejan muy poco a la imaginación. Se acerca poco a poco para desabrochar el botón de mis pantalones y retirarlos sin miramientos, dejando que mi amiguita salga disparada. Creo que llevo dos días sin ponerme unos calzoncillos, o tal vez se los ha llevado con los vaqueros, no lo sé; en estos momentos solo puedo pensar en

que estoy deseando enterrar mi verga en su interior, hasta que se quede ronca de gritar, o tal vez lo que ella tiene en mente es mucho mejor.

—¡Joder! —Sí, lo es, es mucho mejor.

Sin preliminares, sin juegos tontos, sin necesidad de caricias ni gilipolleces. Me la ha cogido entre sus manos y sin darme tiempo a reaccionar se la ha metido en la boca y la masajea de arriba abajo con su mano a la vez que la recorre con la lengua. Sí, definitivamente Alison es la tía que mejor la chupa y si mi padre ha probado estos malditos labios no puedo reprocharle que se lo dé todo en bandeja.

No se para, no quiero que lo haga y no hace falta que se lo diga. No sé qué mierda me hace esta tía, pero ella es la mejor droga para el olvido. Sin embargo, no quiero terminar así, por lo que consigo que me libere y antes de que proteste o vuelva a tomar el mando me levanto de la cama, la cojo y hago que se ponga a cuatro patas sobre el colchón. No me entretengo en quitarle la minúscula tela que se interpone entre mi objetivo y yo, de un tirón la rasgo y la dejo caer a un lado. Paso un dedo y compruebo su humedad. Ya está lista. Voy a hacerlo como ella me ha enseñado, sin perder el tiempo. Saco un condón de mi pantalón y rompo con la boca el papel que lo cubre. Ella me mira de reojo y leo en su mirada que estoy tardando demasiado, pero la mierda que me he metido ralentiza mis movimientos. Necesito activarme, así que en cuanto lo he colocado en su sitio la cojo por las caderas para perderme en su interior y empezar a bombear como si no hubiera un mañana.

El sudor empieza a caer por mi frente, humedeciéndome el pelo y haciendo que se quede pegado a mi cara. Acelero el ritmo; esta es la mejor sensación de este maldito puñetero mes. Hasta que me derramo en el interior del plástico y ella se desploma en la cama. Desmadejada, exhausta y feliz de haber echado un gran polvo.

—Me ducho y me voy —digo recogiendo los pantalones del suelo.

Ella gatea por la cama en dirección contraria a la que me encuentro hasta apoyar su espalda contra el cabecero. Trastea en el cajón de su mesilla de noche y saca un porro que ya tiene preparado y un mechero.

—Estás en tu casa. —A veces creo que esa frase la dice con doble intención —. Nos vemos cuando tengas ganas. Ya lo sabes, siempre vuelves.

Cuando salgo de la ducha, lo cortés sería que me pasara por el cuarto para despedirme de ella, pero no es algo que entre en mis planes. Esta es siempre nuestra rutina o al menos la que se ha impuesto durante el último mes. Vengo, pasamos un rato juntos, o lo que queramos, y después me largo. Miro hacia el interior del apartamento antes de salir. Todo ha vuelto a ser lo que era. Una mesa

llena de restos de drogas, botellas casi vacías y mi alma perdida entre las grietas de las paredes. Lo he vuelto a hacer.

No me permito pensar, no quiero hacerlo, porque si deajo que las ideas entren en mi cabeza acabaré dándome cuenta de que vuelvo a ser ese niño perdido de dieciséis años que tiró su vida por el desagüe. Mi padre me dio una oportunidad. Mi tía me dio una oportunidad. Yo quise darme una oportunidad, pero es imposible salir a flote cuando ya has tocado fondo y la mierda que te llena es un lastre demasiado pesado.

El sonido de mi teléfono hace que salga de este trance de ideas que no me llevan a ningún lado, pero lo agradezco. Al sacarlo del bolsillo trasero de mis vaqueros veo el nombre de la persona que me llama. Solo hay dos razones por las que pueda hacerlo y ninguna me gusta.

—Hola, tío —saludo a Al, intentando parecer más sereno de lo que estoy.

—¿Dónde andas, Stiles? —noto el tono serio de su voz.

—Voy para mi casa, hoy el día ha sido un poco largo, ¿qué quieres?

Se hace el silencio. El único ruido que me acompaña es el de los coches que pasan por mi lado y el de mis pasos, que me llevan hasta el garaje donde he aparcado el coche.

—Me parece que lo que se te ha hecho largo es el mes. Ellie, los chicos y yo nos quedamos esperando a que aparecieras ayer por la casa. ¿Sabes que te preparó la tarta que tanto te gusta? —Suspiro profundamente, porque no me había acordado de que hay personas a las que les importo—. ¿En qué andas metido?

—¿Por qué tengo que estar metido en algo? —Me pongo a la defensiva—. Simplemente tengo muchas cosas que hacer, no todo va a ser estar en esa casa. Las personas avanzamos, no nos quedamos atrapados en el pasado.

—Eres un completo gilipollas. ¿De verdad te crees que no me entero de nada? Recuerda que yo he estado en la misma mierda que tú. Y, aunque no vayas con tus antiguas amistades, hay alguien a quien sí ves y que tenéis en común.

—No tienes ni idea de nada —respondo, ofuscado.

—La chica que vino contigo a casa es increíble, y Alison, no. Ella solo te traerá problemas y ya no eres un niño. Las consecuencias serían funestas y tú serás el único culpable de todo. Tío, te quiero, lo sabes. Si te digo estas cosas es porque me preocupo por ti. Debes pensar mejor las cosas y no actuar por impulsos. Eso no te llevará a ningún lado.

—No es tan fácil. Si lo fuera esto sería una puta película romántica en la que el chico malo se rehabilita y se queda con la chica de sus sueños, pero no es

así, Al. Esto es la vida real y cuando ella sepa quién soy me quedará más jodido aún.

—Eso no lo sabes. No te has dado la oportunidad de descubrirlo.

Le cuelgo el teléfono antes de que siga diciéndome lo que yo mismo sé. El esfuerzo constante y demostrarle que quiero estar con ella. Enamorar a Haley hasta tal punto que cuando conozca mi pasado y sepa claramente la persona que fui, no le importe y me perdone. Eso no va a ocurrir. La mierda que arrastro conmigo es tan grande y pesada que solo personas como yo la comprenden, por eso Alison sigue a mi lado.

Una vez que llego al garaje, me monto en el coche y conduzco hasta casa. Cuando entro la encuentro como siempre, en completo silencio, a excepción de la luz del salón, que me dice que mi padre ya ha llegado. Aun así, hay algo que me sorprende: cuando camino por el pasillo veo venir a Queen corriendo hacia mí y empieza a dar vueltas a mi alrededor. En otras circunstancias me habría saltado encima para lamerme la cara, pero está preñada y eso le dificulta mucho los movimientos. Deben de quedar apenas unos días para que los cachorrillos empiecen a volver loco a mi padre.

Llego al salón con Queen a mi lado y me quedo mirando a mi padre, que se vuelve justo cuando me escucha sentarme junto al sillón que él ocupa. Está viendo un partido de baloncesto, seguramente una reposición.

—¿Qué hace Queen aquí? —pregunto.

—Bueno, ya va haciendo frío en el cuarto del jardín y esta perrita está a punto de dar a luz. —responde, como si se hubiera preocupado por ella siempre.

Lo miro asombrado, porque nunca quiso que Queen formara parte de nuestra familia. No sé qué habrá cambiado de un tiempo a esta parte y tampoco me apetece saberlo. Cada vez que mi padre hace este tipo de cosas, estos cambios de actitud, estos intentos de acercamiento hacia mí, lo único que logra es que lo odie más por la falsedad que veo en él.

—¿Y dónde pretendes que se quede ahora?

—He traído su cama y sus comederos al despacho. Ahí estará calentita y si los perritos deciden nacer podremos escucharlo con facilidad.

—No te entiendo. Hace solo un mes no querías saber nada de ella. Sacarla de paseo cuando yo no estoy ya es para ti un trabajo pesado. Sí así pretendes que tú y yo tengamos una relación de padre e hijo, vas con tres años de retraso.

Cojo a Queen del collar para que me acompañe hasta mi cuarto, ignorando si mi padre pretendía decir algo más. No tiene ningún derecho a intentar llevarse

bien conmigo. Lo perdió el mismo día en que mi madre nos abandonó y dejamos de ser una familia.

Cierro con fuerza la puerta de mi habitación y no regaño a mi perra cuando se tumba en mi cama. Cojo la guitarra del rincón donde volví a guardarla tras el recital y me tumbo junto a Queen, que acomoda su cabeza en mis piernas mientras yo coloco la guitarra sobre mi regazo para empezar a rasgar las cuerdas. No me da tiempo a encadenar dos notas cuando la puerta se abre y el cuerpo de mi padre ocupa el ancho de esta.

—¡Lo sé! —grita—. No tengo ningún derecho. La cagué, lo tengo claro, pero te juro que he hecho todo lo que está en mi mano para enmendar todos y cada uno de mis errores. Y tú no me lo pones fácil, Stiles. Eres mi hijo y, aunque no te lo creas, te quiero y me preocupo por ti.

—¡Ja!, tú solo te preocupas por ti mismo. Sí fuera así, no estaríamos aquí ahora. Seguiríamos en Chicago, junto a mamá.

Noto como su semblante se endurece, pero sus ojos se vuelven vidriosos. Da un paso hacia delante, adentrándose en la habitación. Sus movimientos son dubitativos; sabe que en cualquier momento le voy a pedir que se vaya o que seré yo quien se largue, como siempre hago.

—Tal vez, pero lo que pasó no fue culpa mía ni tuya. Amaba a tu madre más que a nada en este mundo y quería a ese bebé tanto como te quiero a ti. El día que pasó todo, tu madre entró en un remolino de depresiones del cual no quiso salir. Mientras tanto también te perdí a ti. Intenté por todos los medios ayudarla. Dios lo sabe. Me gasté todos nuestros ahorros en psicólogos, pero ella rechazó mi ayuda. Se negaba a vivir y decidió acompañar a tus hermanos al cielo.

Las lágrimas recorren el rostro de mi padre. Es la primera vez que tenemos esta conversación y me empiezo a dar cuenta de todo lo que se ha guardado para él, todo lo que se ha comido y le está destrozando. Y, sin embargo, no me da pena. No puede dármele. No puedo creerle ahora, porque nunca intentó explicarme lo que pasó.

—Creo que ya es tarde para disculpas —respondo, volviendo a las cuerdas de mi guitarra.

—No me estoy disculpando, porque sé que ese momento ya pasó. Para mí también fue duro perder a la persona que me hacía feliz. Que dibujaba el sol de todos mis días. Pero te tenía a ti. Aun así llegué tarde. No supe darme cuenta de dónde andabas metido. Si tu madre estuviera viva, me hubiera abandonado por permitir que te metieras en toda esa mierda. Pero mírate ahora, te has convertido

en todo un hombre. Has dejado ese mundo, has conocido a una chica genial, llevas adelante tus estudios. Estaría muy orgullosa de ti.

Y en esos momentos noto como mi corazón se encoge hasta quedar reducido a un pequeño grano de arena sin fuerzas para latir, y soy incapaz de reaccionar como debería. De nada sirve que apriete mis ojos, que trague saliva. Las lágrimas ya están fuera, los sollozos que salen de mi garganta ocupan toda la habitación y no soy consciente de en qué momento mi padre se ha sentado a mi lado y me consuela mientras lloro sobre su pecho.

—No soy el mejor padre del mundo, lo sé. Pero déjame intentarlo —susurra en mi oído.

CAPÍTULO 76



Me quedo hasta altas horas de la madrugada esperando la llamada de Jackson. No sé en qué momento me quedo dormida, pero lo hago con la misma ropa con la que llegué a casa, sobre las sábanas. Mi cuerpo está frío cuando abro los ojos antes de que la alarma de mi despertador suene para irme a clase.

Me meto en el baño después de comprobar que sigo sin noticias de Jack y de mandarle un mensaje pidiéndole que me diga qué le han dicho los médicos. Siento un pequeño pellizco en el pecho que me dice que algo no va bien.

Lo busco por los pasillos del instituto, pero no lo veo. En las clases que compartimos, su pupitre sigue vacío. Le he mandado varios mensajes sin obtener respuesta. Lo he llamado, pero el mensaje de audio de la compañía me anuncia una y otra vez que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Ahora mismo no sé si tener miedo de esos resultados que iban a darle o estar cabreada con mi amigo por no haberme llamado y dejarme tan preocupada.

Alguna que otra vez he pensado que mis compañeros vagaban por los pasillos del instituto como los zombis de *The walking dead*, pero ahora me doy cuenta de que no tienen nada que ver con ellos; en cambio, yo parezco salida del peor de esos capítulos. Después de la ducha de esta mañana, me he recogido el pelo en una cola alta, me he puesto un chándal de esos que no suelo usar y ni siquiera me he dado un poco de brillo en los labios. No tenía ánimo para ello, por lo que tampoco he metido el uniforme de animadora en mi mochila ni me he presentado al entrenamiento programado para antes del almuerzo.

Ahora estoy sentada en una de las mesas del rincón, intentando pasar desapercibida, con una bandeja casi vacía donde lo único que he puesto ha sido una botella de agua que aún sigue cerrada y unas pocas patatas asadas que no pienso probar. Mi estómago está completamente cerrado, a la espera de una noticia o de que Eliza y Sarah se acerquen a mi mesa a preguntarme por qué he faltado sin ningún tipo de justificación.

Miro al fondo, a la pared vacía del otro lado del comedor, sin prestar atención en el recorrido de mi mirada a las personas que hay aquí, como si todas hubieran desaparecido y yo fuera la única en la sala, pero no va a ser tan sencillo.

Alguien deja caer una bandeja justo a mi lado y el peso de su cuerpo en el banco, la tela de su ropa roza con la mía, pero lo ignoro, sin quitar la mirada de ese punto de la pared en el que intento concentrarme para no ver lo que pasa a mi alrededor, pero la persona que ahora está a mi lado parece que no quiere ponérmelo fácil.

—Si no comes nada, acabarás por caer mala. —Su voz...

Me vuelvo hasta mirarlo y quedarme absorbida por el intenso azul de su mirada. Stiles. Durante un mes ha hecho todo lo posible por no cruzarse conmigo, o ha sabido poner los medios para que fuera yo quien no quisiera acercarme a él.

—No es de tu incumbencia —respondo, volviendo la mirada al frente.

—Te equivocas, pequeña. Todo lo que tenga que ver contigo es de mi incumbencia. —Pone una mano bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo de nuevo—. Alguien me ha demostrado que nunca es tarde para enmendar los errores y eso es lo que pretendo hacer.

—¿Y me puedes explicar qué es lo que pretendes solucionar? —Giro la cabeza con brusquedad para mirar hacia otro lado y entonces me encuentro de frente con la mirada de odio de Eliza, que se dirige con paso seguro hacia donde estamos—. Creo que ahí viene tu novia. No le va a hacer gracia verte aquí sentado conmigo.

—No es mi novia.

Nada más decirlo, Eliza llega a nuestro lado y golpea la mesa con las palmas de sus manos.

—No has aparecido en el entrenamiento. —Su voz denota enojo, pero, aunque se está dirigiendo a mí, no quita su mirada de Stiles.

Él tampoco deja de mirarla, a ella y a todas las personas que están observándonos. Porque eso es lo que tiene Eliza, que llama la atención vaya a donde vaya. Tal vez sea porque lleva el uniforme de animadora tres tallas más pequeño y sus tetas están a punto de salir desbordadas de la minicamiseta, o porque nunca se pone unos pantaloncitos cortos que oculten la lencería con la que, como hoy, suele venir al instituto.

Me quedo en blanco, porque, aunque sabía que esto podía ocurrir, en ningún momento se me ha pasado por la cabeza preparar una excusa para

responderle. Podría decirle la verdad, a medias, de que no me ha apetecido. De que hoy no es un día propicio para ponerme a bailar como un mono porque aún no sé dónde se ha metido mi amigo ni los resultados de las pruebas médicas, y que el tío que está a mi lado ha ocupado por completo mis pensamientos en el último mes y no he sido capaz de pensar en nada de lo que me rodea.

—No he podido —respondo simplemente, ganándome una mirada aún más severa.

—Tenemos partido en dos semanas. Eres tú la que quiso volver al equipo, aunque a mí sigue sin hacerme gracia. —Inconscientemente busco a Sarah por el comedor, porque algo me dice que ella es la causante de este comentario—. Hay muchas chicas que se mueren por estar en tu situación, así que, si no quieres participar, cosa que me alegraría, te recomendaría no aparecer tampoco en el ensayo de mañana.

Dicho esto, se vuelve, dándome la espalda, contoneando las caderas, demostrando que hoy sus braguitas son de un intenso color rosa chicle y haciendo que varios chicos desvíen sus miradas a la parte baja de su espalda, allí donde pierde su nombre.

—Debes ir a ese ensayo —dice Stiles, recordándome que sigue a mi lado y ha presenciado la conversación unidireccional.

—Y eso me lo dice el tío que me dejó en la puerta de mi casa para ignorarme durante todo un mes, tontear con esa tía y aparecer luego como si nada hubiera cambiado —respondo a la vez que me pongo de pie, dejando mi bandeja sin tocar para salir de allí y desaparecer en alguno de mis rincones del instituto.

Doy varios pasos, creyendo que no va a seguirme, cuando escucho como se levanta, porque si hay algo de él que ya conozco bien es su manera de moverse, de llenar el espacio con su presencia. Intento ignorar todo lo que me hace sentir, porque hoy no es un día para estupideces y aunque esté colada por él hasta los huesos ahora mismo tengo cosas mejores en las que pensar y por las que preocuparme, así que sigo caminando hasta cruzar las puertas que dan al pasillo y me encamino a mi taquilla, para sacar los libros que me hacen falta para las siguientes clases.

Meto la combinación en el candado y nada más abrirla veo en la balda superior la cajita negra con el regalo que le compré a Stiles por su cumpleaños. No sé por qué lo hice; tal vez esperaba que la cordura volviera a él y me invitara, que recordara las cosas que habíamos vivido en las últimas semanas y se diera

cuenta de que él también sentía algo por mí, pero esas son solo las ilusiones de una niña demasiado enganchada a las series, las películas y los libros de amor.

—Vale, lo sé, tienes razón —su voz suave en mi oído, su aliento cálido, hacen que me quede bloqueada, mirando al interior oscuro de la taquilla—, soy un completo idiota, o tal vez un cobarde. Sigo pensando que acabarás huyendo, porque yo me he dado cuenta de que no puedo separarme de ti.

—Y ahora pretenderás que olvide todo lo que ha pasado en este mes y salte a tus brazos para darte las gracias porque quieras estar conmigo —digo cabreada, sin volverme, para que no note que una lágrima corre por mi mejilla.

—No. No quiero eso, quiero que te des cuenta de que soy lo que ves y mucho peor. Que seguramente lo vuelva a hacer, que acabe cagándola una y mil veces más. Pero que siempre volveré a buscarte porque, joder, Haley, no sé qué me has hecho, pero no he podido dejar de pensar en todo este maldito tiempo, aunque lo haya intentado.

Me vuelvo, no sin antes pasar el dorso de mi mano para eliminar el par de lágrimas que han acompañado a la primera. Cuando quedo frente a él, noto que su cuerpo está en tensión: tiene ambos puños a cada lado de su cuerpo, apretados, como haciendo un esfuerzo sobrehumano por no tocarme.

—¿Y qué pasa si soy yo la que quiere irse ahora, la que necesita ese espacio que tú mismo has impuesto? Mi vida no es un camino de rosas. No estoy pasando mis mejores días y tú has aportado parte de todo lo jodido que me ha acompañado. —Se muerde el labio inferior tragándose las palabras, ya que no lo dejo hablar—. Mi mejor amigo está enfermo, muy enfermo. Ayer fue al médico a por unos resultados y me prometió que me llamaría para decirme qué tal había ido todo. No he sabido de él desde que nos despedimos en la puerta de mi casa y ahora me vienes con esto. No puedo ahora lidiar con más problemas. No necesito a nadie a mi lado que me recuerde cuán lamentable es mi vida. Necesito un compañero que esté ahí para ayudarme a levantarme cada vez que me tropiezo, que me lleve de la mano para saltar los charcos, no alguien a quien le dé igual que mi corazón se rompa en mil pedazos y que pretenda volver solo cuando se percate de que ha sido un gilipollas.

Tomo aire con intensidad cuando termino de hablar. Stiles me mira perplejo, seguramente pensando cuál es la mejor manera de volver a huir y retirar lo que acaba de decirme sobre querer seguir conmigo. Entendería que lo hiciera, pero algo en mi interior me pide a gritos que no le deje alejarse de mí, que él ha sido la única persona en estos dieciséis años que ha sabido ver a la

verdadera Haley, que ha querido conocerme, que ha querido hacerme reír, aunque haya acabado siendo quien más me ha hecho llorar.

Da un paso hacia mí. Si tomo una bocanada de aire como la de antes, seguramente mi pecho golpee contra el suyo. Levanta un brazo y cuando creo que lo que va a hacer es recoger algún mechón de pelo que se me ha soltado de la cola, su mano pasa de largo y se introduce en la taquilla. Ha cogido la cajita negra, que lleva una etiqueta con su nombre escrito. Me la enseña, mientras con la mirada pregunta qué significa.

—La compré para tu cumpleaños —digo demasiado bajo, con miedo de lo que pueda responder.

—¿Puedo? —Quiere abrirla y solo puedo asentir. Al fin y al cabo lo compré para él.

Quita la etiqueta y se la guarda en el bolsillo trasero de sus vaqueros, abre la caja y se queda mirando el interior, abriendo los ojos con asombro. Hasta ahora no me había dado cuenta de las ganas que tenía de ver esta expresión en sus ojos, que se elevan hasta encontrarse con los míos.

—Es una tontería —comento, intentando arrebatarle la caja, pero es más rápido que yo y antes de que me dé tiempo ya lo tiene entre sus dedos.

Una pequeña cadena de plata, de la que cuelga una guitarra acústica con una pequeña placa con la letra S grabada en uno de los lados. Cuando la vi aquel día en el escaparate de la tienda supe que tenía que comprársela. Era como si la hubieran hecho expresamente para él, y ahora que está en sus manos me muero por verla colgando en su cuello.

—Pónmela —dice, tendiéndomela.

Se queda mirándome, esperando que sea yo quien dé el siguiente paso. No tengo ni idea de lo que está pasando entre nosotros en este momento, pero siento que es algo muy íntimo, algo que solo puede ocurrir entre dos personas que conectan de verdad y eso es lo que siempre siento que ocurre cuando él está cerca.

Me pongo de puntillas y paso mis brazos alrededor de su cuello, rozando su piel y notando como se eriza por donde pasan mis dedos. Con manos temblorosas, consigo enganchar el cierre y cuando voy a apartarme él agarra mis muñecas para que permanezca en esa postura, su cabeza inclinada hacia mí, su frente apoyada contra la mía, la boca entreabierta y la respiración entrecortada.

—No quiero ser quien te levante cuando caigas, no quiero ser quien te agarre de la mano para que no te mojen los charcos. Quiero ser quien te lleve en brazos para que nada de eso ocurra, para que no tengas que preocuparte por los

obstáculos. Quiero ser todo y eso más, aunque sepa de sobra que yo soy el mayor obstáculo de todos. Solo te pido paciencia. Tal vez lo nuestro empezó demasiado deprisa y debamos hacerlo con más calma, pero te prometo que solo me iré de tu lado cuando tú me lo pidas.

Sus palabras se adentran por todos y cada uno de los poros de mi piel. Siento su aliento sobre mi rostro y temo lo que mi cuerpo me pide y quiere. Lo que él me está pidiendo, lo que siento cada vez que abre la boca para decirme qué es lo que siente y a la vez le da tanto miedo.

Sus ojos están clavados en los míos, sus manos se deslizan hacia mis hombros; ha soltado mis muñecas, pero yo no las retiro de su cuello. Las suyas bajan por los costados de mi cuerpo, llegan hasta mi cintura, noto el calor que desprenden y mi respiración se agita al tenerlo de nuevo tan cerca.

—Quiero besarte —dice tirando de mí, eliminando la escasa distancia que nos separaba, notando el movimiento de su pecho contra el mío. Sintiendo como se acompañan los latidos de nuestros corazones.

No respondo, solo hago lo que el cuerpo me pide. Entrelazo mis manos tras su cuello, las elevo lo justo para empujar su cabeza hacia abajo y que sus labios se unan a los míos. Noto de nuevo esas descargas eléctricas que se producen cuando nuestros cuerpos se convierten en uno nada más. Sus manos ya rodean mi cuerpo y los dedos trazan pequeñas espirales en mi espalda. Las mariposas, los elefantes y el Arca de Noé al completo en el que se ha convertido mi estómago desde que está en mi vida han recuperado su fuerza vital y resurgen moviéndose con elegancia y desesperación, recordándome, por si lo había olvidado, todo lo que despierta en mí.

El beso se vuelve más intenso cuando su lengua se adentra en mi boca y pasa por el borde de mis dientes antes de ir al encuentro de la mía, y ambas inician una batalla campal por conseguir el control. Stiles se separa lo justo para atrapar mi labio inferior entre sus dientes a la vez que un jadeo gutural escapa de su garganta y yo me doy cuenta de que los pezones me duelen detrás del sujetador que me he puesto esta mañana; esto es lo que él me hace sentir con solo un beso.

—Necesito parar —dice sin separarse de mí—. No quiero acabar en el baño de un instituto ni en la parte de atrás de mi coche. ¡Joder, Haley! Te he dicho que quería ir despacio, eliminar todo lo malo y ser el tío que te mereces, pero me va a ser imposible hacer una y otra cosa si me besas de esta manera.

—Si quieres no volveré a hacerlo —respondo con la respiración agitada a falta de aire.

—No, no quiero que lo hagas, quiero que seas tú misma, esta Haley que me gusta tanto y que me vuelve loco, solo necesitamos tener cerca una fuente de agua helada cerca para enfriarme cada vez que esto pase.

Me ruborizo ante lo que me dice, porque recuerdo que él tiene mucha experiencia y yo ninguna. Él se da cuenta del rubor que ha teñido mis mejillas y pasa su pulgar por ellas y acaba poniéndolo sobre mis labios para que deje de mordérmelo. Agacho la cabeza escondiéndome del escrutinio de su mirada, pero ahora él lleva su mano a mi barbilla y hace que eleve la cabeza hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse.

—No me escondas eso de ti, Haley. Es una de las cosas que más me gustan. Tu inocencia, saber que no estás corrompida como yo. Me agarro a ello como a un clavo ardiendo, esperando que me dejes aprender de ti para salir de toda la mierda en la que ando metido.

La sirena suena anunciando el final del turno de comidas y nos indica que debemos ir a nuestra próxima clase. Entonces empezamos a ser conscientes de que los pasillos se han llenado de alumnos que están abriendo y cerrando sus taquillas con demasiada energía para la hora que es. Seguramente más cabreados que otra cosa porque las clases aún no han llegado a su fin. Stiles no deja de mirarme, ignorando todo lo que pasa alrededor, solo pendiente de mí.

—No te puedo prometer que no volveré a desaparecer, aunque intentaré no hacerlo, lucharé contra eso que me dice que no soy lo que mereces, pero sí puedo prometerte que no dejarás de gustarme nunca. —Vuelve a darme un beso, esta vez solo rozando sus labios sobre los míos—. Ahora sé buena y ve a clase. Te estaré esperando junto a tu coche cuando termines.

Se da la vuelta y me deja apoyada sobre mi taquilla, saboreando aún el beso que nos hemos dado, paladeando las palabras que me ha dicho, ignorando las miradas de las personas que pasan delante de mí y sin ser consciente de que al final del pasillo hay tres personas que han visto de primera mano todo lo que ha ocurrido, cada una con una expresión diferente en el rostro y pensando en cómo usarán esa información a su favor.

CAPÍTULO 77



Por fin suena el insoportable timbre que anuncia el final de las clases. Esta vez ha sido como cantos de sirena para mis oídos. Mientras recojo rápidamente lo poco que he usado en la última asignatura del día, unas manos grandes, fuertes, se apoyan sobre mi pupitre. Levanto la vista y me encuentro con él y con esos ojos verdes que tantas veces me volvieron loca en el pasado.

—¿Qué quieres, Garret? —digo mientras guardo el bolígrafo en mi mochila y cierro la cremallera.

—Solo quería saber qué es lo que me perdí aquella noche en la discoteca para que tengas a ese tío tan loco por ti, pero por más que miro sigo viendo a la misma niñata de siempre —responde con desdén, haciendo que me encienda de ira.

—Vete a la mierda.

Me levanto de la silla para después colgarme mi mochila a la espalda y pasar por su lado, golpeándolo con el hombro e intentando ignorarlo y evitar una confrontación que no me va a llevar a ningún lado, pero él no está muy por la labor de que eso pase, ya que me agarra de la muñeca y me obliga a darme la vuelta hasta que quedo de nuevo frente a él.

—No me ignores, Hal —dice mirándome directamente a los ojos—. De verdad que quiero saber qué es lo que tienes que hace que ese idiota no se pueda alejar de ti. Mírate, sí, eres mona y esas cosas, incluso tus curvas ya no son las de esa niña que me miraba a escondidas en el pasillo. —Sus palabras se me clavan como puñales en el pecho—. No soy tan tonto como hago creer a la mayoría; todo lo contrario, tengo mucha información que acabaría hasta con la reputación del mejor estudiante del instituto y, como imagino que estás intuyendo, también la tengo de tu chico de Chicago. Podría hacer que tu vida diera un giro de ciento ochenta grados, pero me va a agradar ver como te chocas contra todo eso que yo sé y tú no.

—No me hagas repetírtelo —escupo las palabras, porque sé que lo que está diciendo es verdad. Su padre es un hombre muy influyente en el instituto y no me sorprende que tenga acceso a información clasificada de todos y cada uno de los alumnos, incluido el profesorado. Pero de la misma manera creo conocer a Garret, y estoy segura de que le gusta exagerar hasta hacer que esa información sea prácticamente falsa.

—No me creas si no quieres. Hoy seré benévolo y te daré un premio, ya sabes, por aquel beso que compartimos y por haber sido un grato entretenimiento este verano. —La palma de mi mano me hormiguea con la necesidad de cruzarle la cara de un guantazo, pero eso sería llamar mucho más la atención delante de los pocos alumnos que quedan en clase, aunque ya lo estamos haciendo, ya que nuestro tono de voz ha ido elevándose—. Pregúntale por Alison. Tal vez te llesves una sorpresa no muy grata.

Al fin me suelta de la muñeca y sale de la clase dejándome con la sensación de que esta vez ha dicho algo que de verdad es importante y que debería investigar sobre ello, pero si le he dado un voto de confianza a Stiles para retomar nuestra relación desde el punto en la que lo dejamos, debo permitirle que sea él quien me vaya contando toda esa mierda que le rodea, como me dijo en el pasillo.

Camino con la cabeza baja, ignorando a todas las personas que hay en los pasillos, con la sensación de que, si alguien más me para, me dirá cosas de Stiles aún no estoy preparada para escuchar. Entonces noto la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón y lo saco distraída, pensando que es un mensaje suyo para decirme que ya me está esperando, como habíamos quedado, pero el nombre que aparece en la pantalla es el de Jackson.

Jackson: Siento no haber podido mandarte un mensaje antes. Te prometí que sería sincero contigo, pero no quiero hacerlo desde un mensaje. Por favor, pásate por mi casa.

Acelero el paso hasta llegar al exterior casi sin aliento, desesperada por subir a mi coche. Como Stiles me había dicho, está esperándome, apoyado sobre la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándome llegar con una sonrisa que se borra automáticamente de su rostro cuando ve cómo me encuentro.

—¿Qué ha pasado? —Me toma el rostro entre sus manos y empieza a observar todos mis rasgos, como si entre ellos fuera a encontrar la respuesta.

—Tengo que llegar a casa, ¡ya! —respondo, desesperada.

—Dame las llaves, yo te llevo. —Extiende su mano para que lo haga, pero sin darme cuenta las aprieto en la mía hasta clavármelas, aunque soy incapaz de sentir el dolor.

Finalmente hago lo que me pide, porque estoy segura de que ahora mismo no podría conducir y concentrarme en la carretera. Una de las cosas que más me sorprenden es ver esta actitud en Stiles, comportándose de la manera en que me ha prometido; estoy casi segura de que, si le hubiera pedido que me llevara en brazos y corriendo, lo hubiera hecho igualmente.

Recorremos la distancia que separa el instituto del edificio de apartamentos en el que vivo totalmente en silencio, como si él supiera que eso es lo que necesito en este momento, porque justo cuando metió las llaves en el contacto de mi *pick-up* y la música sonó de manera atronadora la apagó sin preguntarme nada. Pero cuando enfilamos la calle gira el rostro hacia mí y lo veo tragar saliva antes de pronunciar las primeras palabras.

—¿Lo meto en el aparcamiento? —Asiento a la vez que saco el mando a distancia de la guantera y se lo tiendo—. ¿Le ha pasado algo a alguno de tus padres o a tus hermanos?

—Jack —es lo único que consigo articular.

—Voy contigo.

No protesto, porque esa sensación con la que llevo luchando desde ayer, de que algo ha pasado y me han tenido apartada de la realidad, se hace más fuerte en mi pecho, y ahora mismo estoy casi sin respiración y mi corazón se acelera con tal velocidad que creo que Stiles podría escucharlo y hasta notarlo en la vibración de mi camiseta.

Una vez que aparca el coche donde le indico me quedo mirando la pared de hormigón que tengo enfrente. Muerta de miedo, así es como me siento en estos momentos, porque esta maldita intuición que me come por dentro sé que no es solo eso. Sé que estoy a punto de escuchar una mala noticia y por eso no me bajo del coche; prefiero alargar el tiempo y que no llegue nunca ese momento en que todo se derrumbará a mi alrededor.

La puerta del copiloto se abre y siento el aire viciado que hay dentro de este sótano, pero sigo siendo incapaz de mirar a Stiles, que me agarra de la mano, la aprieta con cariño e intenta transmitirme con su gesto un poco de fuerza para que me atreva a salir del coche.

—Podemos esperar todo lo que necesites, estaré a tu lado —comenta, leyéndome el pensamiento.

—No —respondo llenándome de valor—. Necesito saber qué es lo que pasa.

Dejo que me ayude a bajar del coche y que me acompañe al interior del ascensor, sin soltarme de la mano y nuevamente en silencio. Pulsa el botón de mi planta cuando se da cuenta de que soy incapaz de hacerlo por mí misma. Cuando el ascensor se pone en movimiento, Stiles me suelta de la mano para rodearme el cuerpo con sus brazos y permitirme apoyar mi cabeza sobre su pecho.

Hago de tripas corazón para aguantar las lágrimas que pujan por salir de mis ojos, porque quiero seguir agarrándome a esa mínima esperanza que me dice que tal vez esté equivocada y Jackson solo está gastándome una broma, como en los viejos tiempos.

Stiles vuelve a llamar a la puerta por mí cuando llegamos a casa de Jack. Escucho los pasos de alguien que se acerca y la abre y veo el rostro de la madre de Jackson, que dibuja una sonrisa forzada cuando me ve. Se echa hacia un lado y nos invita a pasar.

—¿Dónde está Jack? —digo cuando la puerta se cierra a nuestra espalda.

—En su habitación, le avisaré de que estáis aquí. —Mira a Stiles y este se presenta al momento.

—Buenas tardes, señora. Soy Stiles, compañero de su hijo en el equipo del instituto.

La madre asiente y se aleja de nosotros hasta llegar al final del pasillo. Observo como golpea un par de veces la puerta de la habitación de su hijo y, sin esperar ningún tipo de respuesta, entra y vuelve a cerrarla, impidiéndonos así saber qué es lo que se están diciendo el uno al otro.

No sé el tiempo que llevo aquí parada, esperando a que me diga que puedo entrar. No sé en qué momento Stiles ha enlazado sus dedos con los míos y tampoco sé en qué momento la falta de aire en mis pulmones ha dejado de importarme, porque justo entonces la puerta de la habitación de mi amigo se abre y su madre nos hace un gesto para que vayamos hacia allí.

Cuando me encuentro a solo un paso, cuando casi puedo ver el interior y verlo a él, y sé que su mirada me lo dirá todo sin necesidad de palabras, me quedo paralizada, con más necesidad de darme la vuelta y salir corriendo e intentar evitar ese momento de dolor, pero Stiles no me lo permite, suelta su mano de la mía para apoyarla en mi espalda y darme el último empujón que necesito para dar ese paso que parece más un salto al vacío que el que me llevará hasta mi mejor amigo.

Si entrar allí me ha resultado tan difícil, eso no es nada comparado con encontrármelo tumbado en su cama, tapado con la colcha hasta la cintura y vestido con una camiseta de tirantes de un equipo de baloncesto que deja ver toda la masa muscular que ha perdido, como si le hubieran pinchado con una aguja y se hubiera desinflado como un globo de feria. Pero no es solo eso lo que me dice que algo malo está por venir: también están sus ojeras, los botes de medicinas que hace pocas semanas había sobre su escritorio y que ahora se han multiplicado por dos, incluso por tres, y ya ocupan toda la superficie de su mesilla de noche.

Igual que su madre cuando nos abrió la puerta, Jack intenta dibujar una sonrisa en su cara, pero la debilidad que su cuerpo transmite me demuestra que no se encuentra lo suficientemente fuerte como para que esta llegue a sus ojos y me deje mantener esa débil esperanza que pensaba que seguiría en algún rincón escondido de su habitación.

—Hola, *sweetie*. —Hace un gesto con la cabeza para que me acerque hasta su cama. Stiles vuelve a darme ese empujón y dejo que mis pies me guíen solos hasta encontrarme sentada a su lado, esperando que me diga algo más.

Nos quedamos ambos en silencio, mirándonos. Él aguarda mi saludo, que me atreva a preguntarle qué es lo que está pasando. Porque de la noche a la mañana el Jack que se despidió de mí hace apenas un día ha desaparecido y me han devuelto a alguien a quien le faltan las fuerzas. La tristeza que desprenden sus ojos es tan intensa que noto como ese rincón en mi corazón que solo le pertenece a él se pone a llorar, descontrolado.

—No llores, Hal. No me has dado tiempo aún a contarte nada. —No me he dado cuenta de que estoy llorando hasta que pasa el pulgar de su mano por mi rostro y elimina esa gota de agua salada que recorre mi mejilla.

—Dime que lo que me tienes que contar no va a destrozarme —pregunto, agarrándole la mano con la misma intensidad con que me aferro a esa pequeña luz que intenta iluminar el fondo de una cueva.

—¿Qué hace él aquí? —responde, ignorando mi respuesta.

Me giro y observo como ambos se retan con la mirada, pero decido contestar antes de que alguno diga algo de lo que se pueda arrepentir,

—Ha venido conmigo, lo necesitaba —no hace falta que diga más. Jack asiente y se vuelve a concentrar en mí.

—Haley, ojalá no tuviera que decirte esto. Mi madre quería hacerlo, contárselo a tus padres y que ellos te dieran la noticia, pero no podía consentirlo, no ahora que vuelves a formar parte de mi vida —la voz le sale estrangulada con

la última palabra—. No voy a engañarte, así que iré al grano, como siempre. — Intento tomar aire, pero se me hace una tarea prácticamente imposible—. Los resultados no son buenos. La enfermedad ha avanzado más rápido de lo que esperaban y ayer me dieron una sesión de quimioterapia urgente. Tal vez los médicos se han apiadado de mí porque soy un crío de dieciséis años al que le deberían quedar muchos años por vivir.

Las lágrimas ahora salen solas y ni yo hago nada por impedirlo ni él por eliminarlas de mi cara, pues sabe que será inútil. Toma mi mano entre las suyas y me consuela, cuando debería ser yo quien lo estuviera consolando a él, diciéndole que todo va a salir bien.

—La de ayer fue una sesión dura, pero ni mis padres ni yo queríamos quedarnos en ese frío hospital, así que han accedido a que siga el tratamiento en casa.

—¿Cuánto tiempo? —Me doy cuenta del significado de mi pregunta en el momento en el que sale de mi boca, ya que no estoy preguntándole cuánto tiempo va a durar su tratamiento.

—No lo sé, *sweetie*, pero este curso no lo voy a terminar. Mis defensas son tan insignificantes que una simple brisa puede hacer estragos en mi cuerpo. Mi madre quería obligarnos a entrar con mascarillas, pero tú nunca me pegarías nada malo. Mis riñones han decidido funcionar cuando les da la gana, mi hígado está peor que el de un borracho con cirrosis, pero al menos mis pulmones y mi corazón aún quieren que el oxígeno recorra mi cuerpo. Si tengo que decirte un tiempo, te podría decir lo mismo que el médico, pero no quiero contarlos por días, semanas o meses, sino por los momentos que me queden.

—Dime que puedo hacer algo —sollozo.

—Si fueras capaz de encontrar la cura para el cáncer, creo que seríamos muchos los que te estaríamos agradecidos —me sorprende que en un momento así sea capaz de hacer una broma—, pero me conformaré con verte todos los días y que me cuentes los cotilleos del instituto.

Intenta reírse, pero me da la sensación de que ese simple movimiento en su cuerpo le produce un gran dolor, por lo que le pongo la mano sobre el pecho, de manera inconsciente, buscando el latido de su corazón y notando como se mueve con ritmo bajo el tacto de mi palma.

—Puedo adelantarte el primero —respondo, intentando seguirle el juego—. Ese idiota cobarde y yo hemos vuelto.

—Espero que tenga claro que, aunque esté en una cama y con menos fuerzas que un «peo» de Campanilla, seré capaz de sacarlas de donde haga falta

para darle una paliza si te hace soltar una lágrima más.

—Antes me corto uno de mis dedos que hacerle daño a mi chica —dice Stiles, respondiendo al comentario de mi amigo.

—Si eso pasara, yo mismo te compraré unas tijeras de podar oxidadas para que la herida te gangrene la carne hasta la descomposición —responde Jack—. Te lo digo en serio, Haley es oro puro, volvería del mismísimo infierno para patear ese culo de niño y llevarte conmigo.

Sin darme cuenta, la tensión que se ha instalado después de que Jack me haya desvelado la gravedad de su enfermedad se ha disipado un poco, y sé que lo ha hecho más por mí que por él. Siempre ha sido un chico duro y lo seguirá siendo si con ello consigue que las personas que lo rodean sufran menos.

Hablamos durante al menos una hora más de banalidades y tonterías, dejando lo que realmente importa en segundo plano, hasta que su madre aparece en la habitación y nos echa amablemente, informándonos de que Jack tiene que recibir su segunda sesión y después descansar. Al parecer, después de que el fuerte líquido entre en contacto con su sangre, la potente medicina lo debilita de manera tan preocupante que su madre se queda sujetándole la mano hasta que él regresa del sueño profundo en el que se pierde.

A regañadientes acepto irme, aunque Stiles tiene que volver a tirar de mí para que abandone su habitación y su casa con la promesa de que mañana me dejarán volver a verlo cuando acaben las clases.

Stiles me pregunta si quiero ir a algún lado antes de meterme en mi casa, pero le pido que me deje sola. Tengo demasiada información que procesar y, aunque soy yo quien le ha pedido que se quede a mi lado, no creo que esto sea una caída o un charco que hay saltar para no mojarse, sino más bien una de esas tragedias lejanas que crees que nunca van a ocurrirte a ti, que ni siquiera habías incluido en esa larga lista de problemas que podrían joderte la vida hasta destrozarla a puñetazos, como si fuera el viejo saco de boxeo que pende de un hilo en un antiguo gimnasio abandonado. No, esto es peor aún que eso, es como ese grano de arena que había dentro y que alguien pensó que no volvería a ver la luz, y de pronto el saco se rompe y él se siente libre y a la vez perdido cuando el aire empieza a moverlo en un espacio desconocido, y esa libertad se convierte en la peor cárcel del mundo.

CAPÍTULO 78



Después de haberme pasado lo que restaba de tarde encerrada en mi habitación con la única compañía de la música de los auriculares de mi iPod, me he quedado dormida con un sueño inquieto que no me ha dejado descansar.

Imágenes de mi infancia mezcladas con actuales y otras que no creo haber vivido nunca se han sucedido unas detrás de otras, haciendo que durante la noche haya abierto los ojos en más ocasiones de las que quiero recordar, y haya sudado como si el infierno se hubiera apoderado de mi cuerpo.

El tiempo es un reloj maldito que nos marca nuestro destino sin darnos tiempo a cambiarlo. Es ese tuerto que te mira y hace que las cosas malas sucedan una tras otra sin remedio, golpeándote con fuerza en la boca del estómago y dejándote sin aliento.

Cuando mi madre me vio entrar en casa no me dijo nada, simplemente envolvió mi cuerpo entre sus brazos y dejó que mis lágrimas empaparan su ropa. Me ofreció algo para comer, lo cual le agradecí y descarté con la misma efusividad. En aquellos momentos, igual que ahora, estoy segura de que cualquier cosa que entre en mi cuerpo acabará desapareciendo por el desagüe de la taza del váter.

No sé en qué momento volvió a entrar en la habitación, pero debía de ser bastante tarde. Mi noción de los segundos, los minutos y las horas se ha desvanecido desde que Jack me dijo que solo quería vivir el presente, haciéndome saber la gravedad de su enfermedad de la manera más sutil y la que él cree menos dolorosa. Me hice la dormida cuando vi que por la rendija de la puerta de mi cuarto entraba la tenue luz del salón. Noté sus pasos aproximarse hasta que se colocó junto a mi cama, me quitó los auriculares que aún sonaban a un volumen demasiado alto, para intentar acallar mis pensamientos, y me tapó con una delicadeza extrema, como lo hacía cuando era pequeña y estaba resfriada, con ese amor que solo una madre da.

Pasó una de sus manos por mi pelo, para retirarlo de mi cara. Pensé en apretar con fuerza los ojos, para que no notara que aún seguía llorando, pero si lo hacía le demostraría que aún seguía despierta, aunque creo que ella lo sabía. Si no, no me hubiera dedicado aquella frase.

—Mi niña, no dejes que esto apague la ilusión y la alegría innatas en ti. Va a ser duro, lo sé, nunca es fácil perder a alguien querido y menos ver como cada día puede ser la despedida definitiva. Ojalá pudiera quedarme tu dolor y sufrir por ti. —Me dio un beso en la frente y escuché como volvía a deshacer sus pasos para abandonar el cuarto—. Haz lo que mejor sabes hacer, procura que los últimos días que le queden junto a ti sean los mejores para que, cuando lo recuerdes, sigas viendo a ese chico que te miraba como a un pomposo algodón de azúcar. Dulce, achuchable y con un corazón tan pastoso que es capaz de endulzar hasta los más agrios pensamientos.

Me levanto de la cama dejando que la frase de mi madre me anime un poco. Tal vez, no, seguro que tiene razón. Si algo me ha caracterizado siempre es esa tendencia a tomarme hasta los malos momentos con una sonrisa en los labios, al menos para que las personas que me miran crean que estoy feliz, pero la procesión se lleva por dentro y en estos momentos me siento tan rota que no soy capaz de razonar esa felicidad que debería estar reflejándose en mi cara.

Me doy cuenta de que la luz que entra por la ventana es más fuerte de lo que esperaba, así que compruebo la hora en el despertador y empiezo a ser consciente de que al final he dormido casi hasta mediodía. Mi madre me debería haber llamado para ir al instituto, pero no lo ha hecho. Me meto en el baño para lavarme la cara y cambiarme la ropa sudada. Las bolsas de mis ojos están hinchadas a causa de los ríos de lágrimas que he dejado correr sin oponerme a que lo hagan. Mi pelo es una maraña de nudos que consigo desenredar pensando que tal vez me he dejado alguna calva al hacerlo.

No voy a quedarme encerrada en casa, por lo que saco unas mallas negras, una camiseta de manga larga blanca básica y la chaqueta de cuero que me regaló Sarah, una de tantas prendas que le trae su padre cuando vuelve de uno de sus viajes. Cuando pienso en ella me doy cuenta de que en estos momentos es la única persona que podría ayudarme a pasar este mal trago, con uno de esos consejos que ella es capaz de dar y que a mí me hacen tanto bien. Pero ya no está a mi lado, y al pensarlo me desmorono de nuevo.

Me estoy quedando sola. Sarah ya no es mi mejor amiga, mi confidente. Jack está luchando contra una enfermedad muy grave y no quiero pensar que en cualquier momento también puede dejarme sola, en este caso para siempre.

Stiles es el único que sigue a mi lado y, aunque haya dicho que estará ahí para ayudarme, para impedir que me caiga, sigo creyendo que hay tantas cosas que aún no sé de él que es más fácil que lo nuestro se acabe a que sea algo con un futuro bonito y prometedor. Pero en estos momentos es a lo único que me puedo agarrar, así que salgo con una idea clara de mi habitación.

Al llegar a la cocina con la intención de tomarme un café y comer algo para acompañar una pastilla que calme este terrible dolor de cabeza, me encuentro a mi madre sentada en el sofá, con una taza de café en las manos y la mirada perdida en la pantalla negra del televisor. Escucha mis pasos, lo sé porque noto como su cuerpo se endereza, pero no se vuelve buscando mi mirada. Está esperando a que sea yo quien me acerque para hablar de todo lo que está pasando. Pero antes de empezar una conversación con ella necesito algo de cafeína en mi cuerpo.

Paso por su lado y escucho como toma aire con fuerza y después lo expulsa, seguramente para pensar en las palabras que me quiere decir. Si algo caracteriza a mi madre es el respeto que muestra hacia sus hijos; siempre nos da el espacio necesario, de una manera tan sutil que consigue, sin decir nada, que seamos nosotros quienes acabemos abriendo nuestro corazón en canal para contarle todo.

Me sirvo un café y cojo uno de los dulces prefabricados que hay sobre la encimera, cortesía de mi madre, ya que junto a ellos está esa caja de pastillas que tanta falta me hace. Con todo en las manos me acerco al sofá y me dejo caer en él, bajo su atenta mirada. Ella sigue sin decir nada, así que, como esperaba, soy yo quien inicia la conversación.

—Gracias —le digo mientras saco una de las pastillas del blíster metálico y me la llevo a la boca.

Se queda mirándome mientras hago pasar la cápsula a través de mi garganta con un sorbo de café, y el silencio vuelve a rodearnos.

Dicen que las madres tienen un sexto sentido, pero yo estoy segura de que mi madre ha desarrollado alguno más que otro. Se acerca a mí y coloca una mano sobre mi pierna, moviéndola de arriba abajo, en señal de consuelo y esbozando una sonrisa. Sus ojos están tristes; esto debe de ser también bastante duro para ella. Jack no solo es el hijo de una vecina, sino el de su mejor amiga, un niño al que ha visto crecer, al que ha reñido como si fuera uno más de los suyos y al que ha cuidado cuando estaba enfermo.

—No me has llamado para ir a clase —digo, dejando caer mi cabeza sobre su hombro y buscando ese calor maternal que hace que los problemas parezcan

más pequeños.

—Necesitabas descansar, no has dormido bien esta noche —responde, demostrándome que sabe de sobra cómo he debido de pasar la noche, haciéndome pensar que la suya tampoco habrá sido mucho mejor—. Esto no es fácil para nadie. Sé que es doloroso y no voy a preguntarte cómo estás, porque no es la pregunta que necesitas oír ahora. Solo quiero que sepas que estoy aquí, que estaré siempre para lo que necesites.

Su voz suena quebrada y al levantar un poco mi rostro para buscar su mirada observo que sus ojos están vidriosos. No llora, y no porque no le apetezca, no porque no lo necesite; sé que aguanta las lágrimas porque no desea que yo me derrumbe, aunque eso no evita que mi cuerpo empiece a convulsionarse lentamente cuando las mías vuelven a hacer acto de presencia y resbalan por mis mejillas sin control alguno.

Pasa la palma de su mano con suavidad por mi cara, para quitármelas, pero en ningún momento me pide que deje de llorar. Todo lo contrario, cambia un poco la postura de su cuerpo, permitiéndome acomodarme sobre su pecho para poder rodearme con sus brazos. Mi madre hace que me sienta protegida y que el dolor que siento, ese que me está rompiendo poco a poco el alma, sea absorbido por su abrazo. Son esas cosas que hace una madre, o que al menos intenta hacer, para que sus hijos no tengan que sufrir la dureza con la que nos trata la vida.

—No deberías pasar por esto, nadie debería. Ahora tienes que estar a su lado, hacerle saber que sigues siendo su amiga, no demostrarle pena y recordarle cada día que es un chico fuerte, capaz de luchar contra la enfermedad y salir victorioso de ella. Va a ser un recorrido lento, a veces demasiado, además de bastante complicado. Habrá momentos en los que te diga que no te necesita a su lado y, aunque debas hacerle caso, tendrás que seguir estándolo de alguna otra manera. Lo mejor para sobrellevar todo esto es que seas tú misma.

—Si soy yo misma acabaremos los dos metidos en una depresión —contesto, recordando cómo de triste y fracasada siento que es mi vida últimamente. Como todo me parece un tremendo agujero negro del que no soy capaz de salir, y no es esto lo que Jack necesita ahora.

—Te equivocas, Hal. La vida da palos, no te lo voy a negar, pero mira cómo lo estás haciendo. —Toma mi rostro entre sus manos y me besa en la frente—. Con cada piedra del camino que te has encontrado has sabido volver a levantarte, avanzar y hacerte más fuerte. A veces es necesario dar unos pasos hacia atrás para volver a redirigir el rumbo. Equivocarse es bueno, no te engañes. Si no

fuera así, este mundo sería demasiado perfecto y cuando las cosas malas sucedieran nadie sabría cómo seguir adelante.

Vuelve a acurrucarme sobre su cuerpo y dejo que su mano pase por mi pelo. Sé bien que cada vez que me haga falta, para lo que sea, estará a mi lado, porque ella no es simplemente mi madre, es mucho más que eso. Es mi amiga, una compañera de la vida.

No sé cuánto tiempo pasamos así, tal vez porque cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro tumbada en el sofá, en posición fetal, con una manta sobre mi cuerpo, algo más descansada que cuando me desperté esta mañana. Sobre la mesita donde antes había dejado mi café con el pastel ahora hay un vaso de zumo y mi móvil. Me siento, colocando la manta sobre mis piernas para intentar conservar el calor de mi cuerpo debajo de ella. No escucho a mi madre andar por la casa. Tomo el teléfono y me encuentro un trozo de papel plegado. Al abrirlo descubro su letra: me dice que se ha tenido que marchar al trabajo y me pide disculpas por haberse ido. No debería disculparse, y menos pedirse el día por mí. Al desbloquear la pantalla descubro varios mensajes, todos de Stiles.

En el primero me da los buenos días y me pregunta si quiero que venga a recogerme. Hay otro de diez minutos más tarde en el que me comenta que nos veremos en el instituto. Una hora y media más tarde, seguramente en el cambio de la primera clase, me vuelve a dar los buenos días y quiere saber si necesito algo, si quiero que venga a casa a estar conmigo. No hay ninguno más hasta el último, que estoy leyendo, de hace escasos cinco minutos.

Stiles: Necesito saber cómo estás, voy a tu casa.

Me levanto a toda velocidad del sofá y acabo metida en el baño, mirándome al espejo y dándome cuenta de que lo poco que había hecho esta semana para mejorar mi aspecto se ha ido al traste tras las lágrimas derramadas en brazos de mi madre. Hago cálculos del tiempo que va a tardar en llegar y soy consciente de que no es suficiente como para cambiarme de ropa y disimular lo más posible las ojeras de mi cara. Observo con el ceño fruncido las arrugas de la camiseta y que después de haberme quedado dormida junto a mi madre ella, por no molestarme, no me ha quitado la chaqueta. Necesitaba tanto este par de horas de sueño, sin nada rondando por mi cabeza, que me he dormido con ella puesta sin enterarme. Como su aspecto no es muy malo, me dedico a mejorar el aspecto de mi cara.

Me lavo con rapidez con agua fría y aplico un antiojeras para intentar ocultar las bolsas. En otra ocasión me decantaría por una simple raya negra en el

ojo y un poco de sombra del mismo color, pero estoy segura de que si hago esto las ojeras se acentuarán y el potingue que me acabo de echar no servirá de nada, así que decido dar un poco de color a mi rostro y tomo del fondo de mi estuche de maquillaje una sombra celeste, los coloretes y el brillo labial, además de ese fantástico bote de máscara de pestañas al que Sarah me hizo adicta, dejando claro que una mujer puede salir de su casa en pijama y con unas horribles zapatillas, pero es imperdonable no realzar las pestañas con un poco de esto.

Cuando termino de pasar el peinecillo el timbre de mi casa suena y me pongo muy nerviosa. Stiles no ha podido entrar por la puerta principal como si nada; el portero debería haberme avisado de su llegada. Salgo a paso rápido del baño y cuando llego a la puerta y la abro me sorprende ver que es él quien está ahí.

—¿Cómo has subido? —le pregunto, mientras le hago un gesto para que entre.

—Uno, que tiene sus trucos. —Empujo la puerta y cuando el sonido nos informa de que se ha cerrado Stiles se vuelve hacia mí, coloca sus manos en mis caderas y me atrae hasta su cuerpo—. ¿Esta es mi bienvenida?

Sus labios están apenas a un suspiro de los míos, haciendo que mi necesidad de que nos unamos en un intenso beso se eleve hasta la máxima potencia. No me paro a pensar si está bien o mal que me ponga a besar a mi novio —esta palabra sigue resultándome demasiado extraña— en el salón de mi casa mientras estamos completamente solos, pero aun así dejo que mis ganas de besarlo eliminen el pensamiento negativo de que el lugar no es el idóneo.

A causa de nuestra diferencia de altura, me aventuro a saltar y, con un movimiento rápido, él me sujeta por la cintura. Mis piernas lo rodean y paso mis brazos por su nuca, y por fin nuestros labios se unen. Empieza como un beso casto, sencillo, en el que nuestros labios se reconocen, y antes de que ninguno oponga resistencia introduzco mi lengua en su boca buscando la suya y me empapo del sabor que desprende. Sus manos se deslizan hasta alcanzar mi trasero y él da un paso hasta que mi espalda queda apoyada sobre la puerta. Un gemido escapa de mi garganta en el momento en que sus dientes atrapan mi labio inferior y tiran un poco de él. Sus manos masajean mi culo, clavando de una manera delicada a la vez que intensa sus dedos en mi carne, para que me pegue aún más a él sin que quede cualquier atisbo de hueco entre ambos.

Mi respiración se acelera y puedo notar como el calor invade mi cuerpo, creando un punto de ebullición entre mis piernas, donde noto su creciente excitación rozándome de manera deliberada.

—Pequeña, si no quieres que esto vaya a más, alguno de los dos debe parar. —Me separo lo justo para poder mirarlo a los ojos y comprobar que el intenso azul se ha vuelto casi negro. —Y creo que has de ser tú quien lo haga.

Me está dando el poder de elegir qué es lo que quiero hacer, hasta dónde quiero llegar en estos momentos, y sé por qué lo hace. Aunque un poco a regañadientes, aflojo el agarre de mis brazos alrededor de su cuerpo y él permite que me baje hasta que mis pies tocan el suelo, no sin antes notar su erección frotándose contra mi cuerpo en el proceso. Una parte de mí se arrepiente de haber parado esto, pero Stiles tiene razón, alguien debía hacerlo y esa soy yo, porque no son ni el momento ni el lugar.

Lo tomo de la mano y lo llevo hasta el sofá, donde aún está la manta con la que me ha tapado mi madre mientras dormía. La coge y me mira con una sonrisa burlona cuando le indico que se siente a la vez que se la quito. Tira de mí, haciendo que quede sentada sobre sus piernas, donde me es fácil comprobar que todavía no se ha calmado y que eso lo he provocado yo.

—Me moría por besarte —susurra sobre mi cuello, volviéndome a calentar con su aliento.

—Yo también tenía ganas de... verte. —Río con ganas, notando mi necesidad de sentirme bien, aunque sea solo unos momentos, y así dejar a un lado todo lo trágico que se ha cernido sobre mi vida en tan poco tiempo.

—Aunque me encantaría quedarme contigo en este sofá y seguir por donde lo hemos dejado. —Sus manos pasan por mis costados, levantan un poco el bajo de mi camiseta y un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir el tacto de su piel—. He venido para sacarte de aquí. No es bueno que te quedes encerrada, debes despejarte y yo sé cómo hacerlo.

—Estás muy seguro de tu afirmación, Stiles —respondo, moviéndome sobre él y haciendo que sus manos encuentren más piel en mi cuerpo.

—Vamos, levantémonos y vayámonos antes de que me arrepienta. Hay algo que quiero enseñarte.

Aprovechando la postura de sus manos, me agarra y me pone de pie, para acto seguido hacerlo él, por lo que de esta manera mi cuerpo queda pegado a su espalda, dándole la posibilidad de apoyar su barbilla sobre mi cabeza y rodearme con sus brazos. Así puedo sentirme totalmente protegida y borrar cualquier cosa que no sea él y yo en cualquier sitio, siempre que sea de esta forma.

Al llegar a la planta baja del edificio, el conserje me sonrío y después le guiña un ojo a Stiles, demostrándome así que este chico de verdad tiene sus propios medios para hacer lo que quiera y una confianza total en que las

personas van a ayudarlo. Al momento el conserje se agacha y saca un par de cascos negros de debajo de su mesa. Stiles los recoge y me tiende el más pequeño, de forma que cada uno pueda tener una mano libre. Entrelazamos nuestros dedos y salimos.

El día es frío e inconscientemente me encojo al notar como la temperatura está bajando de manera considerable cada día que pasa y nos acercamos a las fiestas navideñas. Stiles se percata de mi gesto y hace que nos paremos en seco para colocarse frente a mí y subirme la cremallera de la chaqueta negra, hasta que casi tapa mi boca.

—Me encantas con este tipo de ropa —dice mientras me mira de arriba abajo hasta conseguir que me ruborice—. Vamos a juego.

Me fijo en lo que dice y tiene razón: él lleva unos vaqueros, pero, igual que yo, se ha puesto una camiseta básica de color blanco y una chaqueta de cuero, aunque la suya tiene más pinta de motero que la mía, que es simplemente de una colección de hace un par de años de una franquicia de cualquier centro comercial. La de Stiles, con solo mirarla, se nota que es de gran calidad, o tal vez sea su cuerpo el que le da ese aspecto.

—No me mires así, pequeña, o harás que me arrepienta de haber bajado...

—Solo me estaba permitiendo mirarte como tú lo haces conmigo. Me parece que tenemos el mismo derecho.

—Te equivocas, Hal. Yo te miro de muchas maneras y tú sabes diferenciar todas y cada una de ellas, pero tú no has mirado a nadie como me miras a mí. Aún no sabes lo que tus ojos son capaces de desvelar y te puedo asegurar que en este momento no he visto a una niña inocente.

Tiene toda la razón del mundo. No es que no sepa cómo dirigir mi mirada o que esta me delate de forma descarada, es que soy incapaz de mirarlo con inocencia cuando lo que estoy deseando es que aquel encuentro que tuvimos en su casa vaya a mucho más. Nunca me he planteado llegar más lejos con ningún chico, pero aun con todo lo que ha pasado entre nosotros se me antoja que lleva demasiado tiempo esperando para tocarme otra vez, para hacer que mis mariposas vuelen en libertad y dar un paso más en lo que hemos comenzado.

—¿A dónde vamos? —cambio de conversación, porque tengo claro que, aunque siga con lo mismo, no vamos a subir a mi casa para entregarle todo lo que me pida, al menos por ahora.

—Es una sorpresa, pero creo que te gustará.

Al llegar a la moto se sube, la equilibra con los pies, se coloca el casco y me indica que haga lo mismo. Cuando comprueba con sus propias manos que

está bien sujeto, me tiende una mano para ayudarme a subir y, sin soltarme, hace que lo abrace y me pegue todo lo posible a su espalda.

—Intentaré no correr mucho, pero agárrate bien y pégate a mí. Hace mucho frío y no quiero que te resfríes, no sea que tenga que llevarte sopa caliente durante una semana. Tus padres no me lo perdonarían.

Sonrío ante su comentario, imaginándomelo llamando cada día a la puerta de mi casa y enfrentándose a la mirada de mis padres con un termo de sopa caliente en las manos. Suena tan bonito y tierno que creo que sí sería capaz de hacer algo así por mí.

No me deja divagar más en mis pensamientos cuando el rugido del motor al acelerar hace que me abrace más a él, sobre todo al notar que la moto se ha puesto en movimiento y en muy poco tiempo la velocidad es bastante considerable, aunque menor que aquella vez en que nos movimos por las calles de Manhattan. Esta vez me fijo en que el puente de Brooklyn se queda a nuestra izquierda y las señales de tráfico pasan muy rápido a nuestro lado. Y por fin puedo distinguir que nos adentramos en Williamsburg, el gran barrio donde todo lo hípster está reunido junto a la mayor comunidad de judíos de Nueva York.

Es la primera vez que estoy en estas calles y me sorprende ver la cantidad de escaparates que hay en cada una de ellas hasta que enfilamos por la avenida más cercana al borde del río. Stiles disminuye la velocidad y me permite mirar los locales de la avenida Kent, y luego se detiene para que pueda fijarme en todo lo que me rodea.

El lugar es increíblemente pintoresco. Al otro lado de la calle hay un escaparate donde se pueden ver *cupcakes* de mil y un colores, pero en cuanto leo las letras del cartel que hay sobre la fachada me doy cuenta de que no son pasteles: Soap Cherie. Los grafitis y carteles más que pintorescos adornan las paredes. Stiles me ayuda a bajar de la moto y a quitarme el casco, dedicándome esa preciosa sonrisa ladeada y llena de hoyuelos y estrellas que tanto me gusta, y demostrándome así que está feliz por haber conseguido sorprenderme al traerme aquí.

—Vamos, creo que hay algo que te gustará más.

Me toma de la mano, después de haber dejado asegurada la moto en un aparcamiento destinado a los vehículos de dos ruedas, y caminamos a través de la calle, desde donde se puede ver el parque East River. Llegamos hasta la calle Doce, giramos a la derecha y dejamos el río a nuestra espalda. Justo en el siguiente cruce de calles, el que da con la avenida Wythe, descubro ante mí un gran letrero con fondo negro. Las palabras están formadas por bombillas que en

estos momentos permanecen apagadas, pero se puede leer claramente Brooklyn Bowl, y justo abajo hay otro pequeño cartel con la frase Rock and Roll.

—¿Me has traído a una bolera? —pregunto sorprendida, y más al darme cuenta de que está cerrada—. Está cerrada, Stiles.

Él aprieta mi mano y tira de mí hasta que llegamos a un pequeño callejón lateral del que proviene el sonido de voces y hojas arrastrándose por el suelo. Stiles se detiene, mira, como buscando a alguien, y yo sigo preguntando qué es lo que hacemos aquí, en una bolera, en horario de instituto, en un barrio que no conozco de nada. Entonces veo una melena rubia agitarse delante de nosotros y al momento distingo a la chica dueña de esas curvas impresionantes. Es la misma que le dio el teléfono a Jack y acabó enroscada al cuerpo de Stiles mientras le devoraba la boca.

Cuando ella se da cuenta de nuestra presencia, o al menos de la del chico alto que está a mi lado, una enorme sonrisa se le dibuja en la cara. Luego su mirada se clava en mí y me observa con descaro, y casi se para en seco al percatarse de que nuestras manos están entrelazadas.

—Alison —escucho murmurar a Stiles, y al momento recuerdo que ese fue el nombre que pronunció Garret cuando me preguntó si ya sabía algo de ella.

Viéndola ahora, frente a nosotros, cualquier cosa que pueda pensar de esta chica hace que un sabor amargo me recorra la garganta hasta llegar al estómago. No tengo ni idea de quién es el chico que está a mi lado, agarrándome de la mano. Parece encontrarse en una situación bastante comprometida, pero otra parte de mí me dice que la persona a la que ha llamado novia, la que va agarrada de su mano y a la que le ha dicho que estará siempre a su lado, será siempre yo.

Ignoro lo que va a pasar a continuación, pero siento que debo estar muy atenta y pendiente de cualquier comentario hiriente que pueda provenir de ella. Al mirarla de arriba abajo me doy cuenta de que es más el tipo de chica que va con él. Con el pelo largo y rubio, tan solo unos centímetros más baja que Stiles, y ropa bastante ajustada que demuestra que tiene mucho mejor cuerpo que yo. Además de todo eso, puedo vislumbrar unos tatuajes que sobresalen bajo el cuello de su camiseta y las mangas cortas de la camiseta que lleva, a pesar del frío que hace.

Me agarro con fuerza a la mano de Stiles, para hacerle saber que este es uno de esos momentos en los que necesito que esté a mi lado.

CAPÍTULO 79



STILES

En el momento en que me doy cuenta de cómo cambia el gesto de Alison me pregunto si esta habrá sido una buena idea. La verdad es que no esperaba encontrármela hoy aquí; es su día de descanso en ese sitio, donde se ocupa de prepararlo todo para la hora de las cenas. En realidad a quien pretendía ver es a mi amigo Al.

Después de quedarse parada, mirándonos a uno y a otro y también nuestras manos, vuelve a centrarse en mí y caminar hasta donde estamos con esa sonrisa tan característica suya, con la que sin abrir la boca dice lo poco que le gusta lo que ve.

—Hola, cielo. —Se pega tanto a mí para darme dos besos, demasiado pegados a las comisuras de mis labios, que hace que tenga que soltar a Haley para poner una mano en su hombro—. No sabía que vendrías a verme. Podías haberte pasado más tarde por mi casa.

Sé lo que pretende con ese comentario, porque no es la primera vez que lo usa cuando una chica está cerca de mí, pero en esta ocasión Haley no es solo una chica más, es la chica. Ella es la que me ha hecho plantearme que tal vez mi vida no tiene por qué ser tan mierda y que los vicios que me están destruyendo poco a poco podrían desaparecer de un plumazo si se queda a mi lado. Una vez que consigo que Alison se separe de mí busco de nuevo la mano de Haley, la agarro y hago que su cuerpo se pegue al mío.

—Alison, ella es Haley, mi novia —digo con suficiente firmeza, para que entienda a la perfección el significado de esas palabras.

Ambas se miran, pero ninguna hace el amago de acercarse a la otra, así que me conformo con el gesto de cabeza que se dedican y vuelvo a prestarle atención a Alison para poder hacer lo que tenía planeado para el día de hoy.

—Estoy buscando a Al, ¿está dentro?

—Como siempre, en la zona de la cocina, seguramente saqueando uno de los frigoríficos o haciendo el vago, ya sabes que no me fijo mucho en ese idiota.

—Es nuestro amigo, no creo que se merezca que le hables así —le llamo la atención, ya que, desde hace un tiempo, el trato entre los dos se ha hecho insoportable y no conciben estar bajo el mismo techo o en el mismo lugar más de lo estrictamente necesario.

—Es tu amigo, no es nada mío. Ese chico no me gusta —mira a Haley, indicándome con los ojos que mi chica tampoco—, pero ya sabemos que tú eres de gustos extraños.

Dicho esto, y tras un golpe de melena, se da la vuelta y nos deja a los dos allí, de pie, y a mí sin saber qué decirle a Haley sobre lo que acaba de ocurrir. Sin embargo, para mi sorpresa, ella se adelanta y habla primero.

—Sé quién es, la conozco del día en que nos encontramos en la cafetería de tu padre. Intentó tontear con Jack y después, seguramente, te hizo una limpieza bucal de lo más profunda y exhaustiva —noto en el tono de su voz como al recordar aquella escena su cabreo va adquiriendo cotas cada vez más altas, porque aquello pasó poco después de que yo le robara uno de mis mejores besos—. Pero eso me da igual, ella es pasado, ¿no?

Me extraña cómo ha terminado la frase. Claro que Alison es mi pasado, pero tampoco pienso olvidarme de ella; siempre ha sido una gran amiga y estuvo cerca cuando la necesité. Creo saber a dónde quiere llegar con ese comentario, así que la miro a los ojos y le digo lo que realmente siento.

—Exacto, ella es parte de mi pasado y tú ahora eres mi presente.

Me acerco un poco más hasta poner mi boca sobre la de ella y al notar que la entreabre me relajo, porque me devuelve el beso. Aunque no es tan apasionado como me gustaría, entiendo que le resulte extraño encontrarse de cara con alguien que no ha sido solo una amiga en mi vida, con quien he compartido algo más que besos. Cuando intento ir más allá de un simple beso y nuestras lenguas se rozan tímidamente, escucho un carraspeo a nuestro lado que nos obliga a separarnos y me encuentro con mi amigo. Tiene esa sonrisa que te dice que como no seas el primero en hablar acabará soltándote algo de lo que después ambos nos arrepentiremos.

—Llegas tarde —digo, encarándome a él.

—O demasiado pronto. Esto se ponía interesante.

—Hola, Al —le saluda Haley—, aún estamos en horario infantil y no queríamos provocarte un cortocircuito.

Al oír su comentario no puedo evitar la carcajada, sobre todo sabiendo que con su inocencia algo así pueda haber salido de su boca. Estas son las cosas que más me gustan de ella. La facilidad que tiene para pasar de la chica más tímida y recatada a ese estado de euforia y salvajismo que hace que me entren ganas de dar un paso más en la relación y adentrarme en un mundo que desconozco. De ponerle mi mundo a sus pies para que lo trate como le dé la gana, para que me moldee a su forma y me haga el hombre más feliz del mundo decidiendo quedarse a mi lado después de todo lo que la he jodido.

—Vamos, solo tenemos un rato, sabes que ella no debe estar aquí; me juego mi puesto de trabajo.

Tiro de Haley, que me mira con cara de no entender nada de lo que está pasando, pero me deja guiarla para entrar por la puerta trasera, aquella por la que entran los empleados y que da a los almacenes y las cocinas.

Aunque pueda parecer que este es un bar común, sé que se va a sorprender cuando entremos y lo vea con sus propios ojos, porque el Brooklyn Bowl no es una simple bolera.

Haley sigue a mi lado, sin soltarse de mi mano y mirándolo todo una vez que nos hemos separado de Al. El primer sitio al que entramos es una gran sala donde se encuentra el restaurante. Ahora mismo las sillas están sobre las mesas y hay un par de chicos barriendo el local. Ambos me saludan cuando pasamos por su lado, pero ninguno cuestiona nuestra presencia.

Los taburetes están también sobre la barra y el suelo de cuadros verdes, rojos y beige se puede ver sin problemas al estar la sala vacía. Una vez que abra sus puertas al público, el espacio será un hervidero de gente, sobre todo si tienen programada alguna actuación.

En el lateral, donde las amplias ventanas dan a la calle, hay un espacio más acogedor, con unas mesas ancladas en el suelo y sofás de madera forrados de mullidos cojines. Aquí la iluminación es diferente y especial.

Al final, sobre unas amplias puertas, un letrero indica que estamos en la entrada a la zona de bolera, donde también se celebran los conciertos, y cuando Haley se da cuenta de esto es ella quien tira de mí para que vayamos a inspeccionar esa parte.

—Esto es increíble. Me sorprende que tú, llevando solo un par de años aquí, lo conozcas, y yo, que llevo toda la vida, no supiera que en esta zona de la ciudad se pueden encontrar cosas tan increíbles.

—Esto no es nada, pequeña. Me encantará ser yo quien te muestre las maravillas de tu ciudad.

Y lo digo de corazón, porque algo me dice que volver a verlas con ella va a ser totalmente diferente, porque Haley tiene una percepción de lo que nos rodea mucho más creativa. Sabe ver la belleza incluso en un trozo de papel que vuela a trompicones, mientras se golpea contra el suelo, en una calle vacía. Mi chica es así, hace que todo lo que hay a su alrededor gane en presencia solo con que sea ella la observadora de esos detalles.

Cuando entramos por la puerta de la bolera, aunque las luces tenues que están encendidas no permitan distinguir todos los detalles, me suelta de la mano y recorre el amplio pasillo que da a la zona de los carriles de lanzamiento, pasa sus dedos por las máquinas y toca una bola que está esperando a ser lanzada. Doy unos pasos hasta colocarme a su lado y pongo la mano sobre ella, para ayudarla a girar la bola y que pueda meter los dedos en los agujeros correspondientes.

Me gustaría que la bola fuera más pequeña y menos pesada, más adecuada para ella, pero esto no entraba en mis planes, así que me conformo con esta, que es de color arcoíris.

—No sé jugar —comenta en un susurro.

—Pues quisiera formar parte de esta primera vez.

Deja que me acomode detrás de ella. Empujo sus rodillas con las mías para que las flexione ligeramente y coloque un pie delante del otro. Con una mano la ayudo a sujetar el peso de la bola y la otra la he colocado alrededor de su cintura, con la palma de mi mano sobre su vientre. Puedo notar su respiración acelerada.

—No hay bolos, así que será fácil. Solo tienes que fijar la mirada en el punto central del final, dejar los músculos relajados y no lanzar la bola, solo dejar que vaya, empujarla lo justo para que rueda sobre la línea mental trazada.

Noto como se tensa entre mi abrazo y no puedo evitar sentir en todo momento el contacto de su cuerpo contra el mío, respirar el aroma que desprende. Por primera vez en mi vida quiero hacer las cosas bien y sentirme como ahora mismo me siento, sin tener que acelerar nada, disfrutando.

Me deja guiarla, hacer que su brazo oscile junto al mío para darle a la bola multicolor la velocidad y el efecto necesarios. Susurro en su oído una cuenta atrás desde tres, sintiendo como su vello se eriza, haciendo que me entretenga alargando las cortas sílabas y dejando que el aire que se desliza entre mis labios acaricie su cuello, hasta que digo «ahora» y su mano se relaja. La bola se separa de sus dedos para golpear con un sonido seco y ronco el suelo de madera y empieza a rodar hacia los imaginarios bolos que hay al final del carril. Cuando casi está llegando, se desvía y casi acaba adentrándose en el canal derecho.

—No ha estado nada mal para ser tu primera vez —digo, aún con su espalda pegada a mi pecho—. Lo mejor es la práctica, probar una y otra vez.

Haley se da la vuelta con lentitud hasta quedar frente a mí, alza su rostro para encontrarse con mi mirada y descubrir que me encantaría ser la persona que pruebe con ella todas y cada una de sus primeras veces, tantas como haga falta, hasta que ya no necesite practicar más, pero su necesidad de mí sea tan grande que no desee separarse, aun cuando conozca mi pasado y quién soy realmente.

—¿Seguimos hablando de bolos?

Coloca sus manos en forma de puños sobre sus caderas, curva sus labios y me deja claro que ha entendido de sobra la intención de mi comentario, y aun así no siento reproche por su parte; todo lo contrario, sus ojos se han vuelto más brillantes, como si ella también tuviera la misma necesidad de dar un paso más.

—Hablamos de lo que tú quieras, peque —digo de manera más cariñosa esta vez.

Cuando estoy a punto de acercarme a ella y tomarle el rostro para empezar a besarla, el sonido de la música de la sala contigua se filtra entre las paredes de la bolera y hace que Haley se distraiga de mi movimiento para prestar atención a la melodía.

Los acordes de una guitarra y la voz ronca de un hombre empiezan a hacerse más claros y, aunque el ritmo sea más lento que el de la canción original, reconocemos *Back to black*, de Amy Winehouse. La música es tan triste como la voz rasposa de quien la interpreta, convirtiéndola en algo tan increíble que dejo que esta vez sea Haley quien me agarre de la mano y me guíe hasta la puerta que da a la gran sala donde tienen lugar los mejores conciertos de cantantes indies del país. Cuando estamos a punto de atravesar la puerta ambos nos apretamos con más fuerza las manos, recordándonos que estamos uno al lado del otro, y escuchamos un instrumento de viento, seguramente una trompeta, que acaba de sumarse a la guitarra, y a continuación un piano.

Nos quedamos bajo el marco de la puerta, ya que toda la sala está vacía a excepción de un par de focos que iluminan el escenario y nos permiten ver a un hombre de color con los ojos cerrados y su instrumento de cuerda entre las manos. No hace falta ser un experto en música para darse cuenta de cuánto disfruta con ello, y menos aún ver como cambia el rostro de Haley cuando se sumerge en ella. Cómo lo disfruta, cómo lo siente. Como si la transportara a un plano que no existe entre lo real y lo irreal, un plano que solo los que entienden lo que hay oculto entre cada nota conocen. Sé bien lo que es eso, sé cómo una nota do puede hacerme reír o una nota la hacer que mis ojos enrojezcan hasta

que el alma se me quiebra en mil pedazos, dejando esos coletazos de sensaciones incluso días después de que la música haya dejado de sonar, de que haya decidido apagarla para escapar de esa espiral de sentimientos. Pero para los que amamos la música eso es imposible. Y eso es lo que ahora mismo veo en ella.

Sus dedos pulsan unas teclas imaginarias sobre los nudillos de mi mano, como si los huecos entre cada uno de ellos fueran las teclas negras que le dan ese sonido tan peculiar.

La música llega a su fin y, como siempre pasa con Haley, me sorprende cuando me suelta de la mano para empezar a aplaudir, como si el grupo que acabara de ver tocar en exclusiva para nosotros y al que acabamos de espiar fuera uno de esos que llenan estadios. Pero no es así, y no porque ellos no quieran: es solo porque se encuentran mejor en un local como este. El guitarrista levanta la cabeza hasta que al fin nos distingue en la oscuridad del final de la sala y Hal se percata de lo que acaba de hacer, porque incluso sin luz que la ilumine puedo notar que está ruborizada.

—Hola, muchas gracias —dice al micrófono, haciendo un gesto de reverencia con la mano.

—Perdona —balbucea ella y se pone aún más nerviosa cuando el hombre le hace un gesto para que se acerque por el largo pasillo que nos separa del escenario.

Como sé que no se va a atrever, porque así es ella, que cuando no se da cuenta de lo que hace y se guía por el impulso actúa igual que ahora, pero cuando se para a pensar las cosas los nervios la bloquean, pongo una mano sobre su espalda y la empujo con suavidad, ayudándola a dar ese paso que no se atreve a dar.

Se pasa varias veces las manos por la tela de sus pantalones, seguramente para secarse el sudor a causa de los nervios y detener ese movimiento que ella niega llamar *don*, aunque sea eso realmente. Lleva la música tan dentro de ella que busca una vía de escape a través de sus dedos.

Cuando estamos llegando el hombre se descuelga la guitarra y la deja sobre la silla donde estaba sentado. A su espalda, los músicos que lo han acompañado continúan cada uno a lo suyo, sin prestarnos atención.

—¿Te ha gustado? —le pregunta, justo cuando lo único que nos separa son un par de escalones que dan a la parte alta del escenario.

Le tiende la mano para ayudarla a subir.

Ahora que estamos cerca me doy cuenta de que el hombre es mayor incluso que mi padre. Con la luz de los focos puedo apreciar las arrugas que se le

marcan en el borde de los ojos y las canas en sus patillas y la barba de tres días que luce orgulloso.

—Ha sido increíble —responde ella, al fin—. He escuchado muchas versiones de esta canción, pero esta es sin duda la mejor.

—¿Te gusta Amy? —le pregunta, mientras la guía hasta la silla sin que ella sea realmente consciente, coge la guitarra y la coloca sobre su regazo después de invitarla a sentarse.

—¿Y a quién no? Esa mujer tenía un don en la voz. Es una pena que la fama haga algo así con las personas. Que tenga esa capacidad de dártelo todo y quitártelo aún más rápido.

—La culpa no es de la fama —le responde él—. Es ese supuesto famoso el que no sabe cómo gestionarla. Te lo digo por experiencia. No me gusta hablar de esto con una chica a la que acabo de conocer, pero no tengo que envidiarles nada a esos grupos de adolescentes que llenan estadios, pero cuyas carreras no son más que un par de canciones de dos discos, o uno casi entero, si tienen suerte.

El hombre acerca una silla hasta colocarse junto a Haley y yo sigo al pie de los escalones, disfrutando mientras la escucho hablar de la música. En este momento es esa chica que supe que era, aunque se ocultara tras ese velo para no ser vista. Haley tiene luz propia.

—Pero usted toca en locales pequeños.

—Por decisión propia. Es una cláusula que obligué a poner en mi contrato para que mi discográfica no me obligara a encerrarme en un estudio para grabar canciones. Son tres reglas simples: mis canciones, mis locales, mi público.

—¿Trabaja para una discográfica? —pregunta, sorprendida.

—Vamos, toca algo de la mujer blanca con voz de negra, estoy seguro de que también lo haces muy bien.

En ese momento Haley se da cuenta de dónde está y se vuelve hacia mí, nerviosa. Estoy seguro de que necesita levantarse de esa silla y salir corriendo, pero el miedo la tiene paralizada y lo único que puedo hacer es lanzarle una sonrisa, de esas que le gustan tanto, y devolverle un gesto con la cabeza para que elija lo que de verdad desea hacer.

Mira sus manos sobre la guitarra. La he escuchado siempre tocar el piano, pero me sorprende ver la soltura y la delicadeza con la que pone sus manos sobre las cuerdas y comprueba las clavijas de la acústica. Inconscientemente me llevo las manos al colgante que me ha regalado por mi cumpleaños y que no recibí en su día por ser un completo gilipollas.

Cierra los ojos y no puedo evitar sacar mi teléfono para grabar esto, este momento que, aunque no estaba preparado, hará de este un día perfecto para los dos.

Sus dedos rozan las cuerdas y a los pocos segundos empiezo a distinguir las notas de la canción que ha elegido. *Valerie*. Me sorprende que sea esta canción, por lo que significa. La lente de mi cámara está grabando mientras yo no puedo quitar los ojos de su rostro, ella cierra los suyos con fuerza y su voz es perfecta para la melodía. Cada vez que pronuncia el nombre de Valerie sus dientes rozan su labio inferior, convirtiendo ese nombre femenino en puro erotismo.

Cuando llega a la última nota deja la mano sobre las seis cuerdas de la guitarra, deteniendo en seco su sonido, aunque las paredes de la sala de conciertos ya se han impregnado de él.

Esta vez es el hombre quien dedica un débil pero entusiasta aplauso a la interpretación de mi chica. Dios, Haley es pura energía concentrada en un cuerpo pequeño. Es mucho más que eso y yo he sido un tonto por casi dejar que se fuera de mi lado.

Mira hacia donde estoy. Aún tengo el teléfono en la mano, grabándola, y ahora sí puedo notar el rubor de sus mejillas. Cuando me dispongo a subir el par de escalones que me separan de ella, su teléfono suena y Haley enseguida le devuelve la guitarra al hombre, que continúa sentado a su lado y se ha quedado sin palabras, como las tres personas más que hemos presenciado el espectáculo privado. Mira la pantalla y su gesto se vuelve cenizo, su rostro pierde todo el color que tenía, y ahora sí me acerco a toda velocidad, porque sé que algo ha pasado.

—Tengo que irme —me dice cuando le pongo una mano en el hombro.

Se deshace de ella y empieza a correr a través del oscuro y largo pasillo, para desandar el camino que nos ha traído hasta aquí. Tardo en reaccionar, porque no tengo ni idea de lo que ha pasado, hasta que al fin le doy alcance justo cuando va a entrar en el restaurante y la agarro de la mano para que se vuelva hacia mí.

—Haley, vale, nos iremos, pero dime qué es lo que pasa.

—No debería haber venido. Tendría que estar en mi casa, cerca de Jack. Desde que has llegado a mi vida haces que me olvide de cuáles son mis prioridades —grita con lágrimas en los ojos—. Se ha puesto peor y yo estoy aquí, haciendo el idiota. Tendría que estar con él.

Intento atraerla hacia mi cuerpo para calmarla, para que sepa que estoy con ella, que aquello que le dije es verdad, que no voy a permitir que se caiga, que la

llevaré en brazos, que la ayudaré para que su dolor sea más llevadero, pero me lo impide.

Sus palabras me duelen, pero sé que lo que está pasando es más que duro. Ver como pierdes a alguien al que quieres, ver como, aunque desees hacer algo por él, es imposible ayudarlo.

—Necesito irme, sola. No quiero que vengas conmigo. —Noto como mi corazón se paraliza y me siento impotente.

—Yo la llevaré —la voz de Al a nuestro lado hace que ambos nos volvamos hacia él y yo no puedo más que agradecerle el gesto.

Me gustaría ser la persona que esté con ella en el viaje de vuelta, saber por qué piensa que soy solo una distracción para ella, pero tengo claro que, si lo intento, solo conseguiré que las cosas empeoren, por lo que permito que Al la acompañe y la lleve adonde sea que tenga que ir a ver a su mejor amigo.

No nos despedimos, no me da un beso, no me dice que después me llamará y a mí me da miedo preguntar, por si me dice algo más que termine de joderme más de lo que estoy ahora mismo. Lo único que puedo hacer es caminar hasta la parte trasera de la barra del bar, sin importarme que nadie me vea, y tomar una de las botellas que hay sobre las estanterías, me da igual lo que haya en su interior, para dejar que el calor del alcohol arrastre garganta abajo todos los pensamientos negativos que se están convirtiendo en una bola y no me permiten respirar.

—Te dije que no me gustaba. —Alison sale de la oscuridad, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para decirme esas palabras—. Déjame que te acompañe, por los viejos tiempos y por los presentes.

CAPÍTULO 80



El camino hasta mi casa lo hago en silencio, montada en un viejo coche que parece que en cualquier momento se quedará parado en medio de la calle. Solo me he dirigido a Al para darle la dirección de mi calle y cuando estamos llegando le pido que pare un par de edificios antes del mío. Tengo tantas ganas de bajarme que casi ni le dejo aparcar, abro la puerta y tengo un pie fuera antes de que termine la maniobra, pero su comentario hace que me pare en seco, aunque no me vuelvo para mirarlo a la cara.

—No es un mal chico, solo que la vida no se ha portado bien con él —su voz es apenas un susurro, como si decir eso de su amigo fuera un pecado—. Que haya dado este paso es muy importante. Nunca le había visto una sonrisa como las que te dedica a ti.

Termino de bajarme del coche, debatiéndome entre contestarle o no. Puede que me haya excedido en todo lo que le he dicho, seguramente los sentimientos encontrados tengan la culpa si le dije cosas que realmente no siento, porque desde la última vez que hablamos y me prometió que estaría a mi lado ha cumplido su promesa. Sé que su ofrecimiento de sacarme de casa, que he aceptado de buena gana, ha sido por mi bien, pero ahora me siento culpable por haber aceptado, por haberme permitido disfrutar cuando mi amigo está enfermo y me necesita a su lado.

Cierro la puerta y corro hacia la entrada del edificio de apartamentos. Cuando llego a la puerta me paro a tomar aire y me atrevo a leer de nuevo el mensaje que me llegó al móvil. Sé que, aunque proviene del teléfono de Jackson, no ha sido él quien lo ha enviado.

Jackson: Los médicos han tenido que venir a casa. Ahora está débil y pregunta por ti.

Tengo miedo de subir a su casa, de encontrarme algo que me rompa el corazón del todo y que ya sea imposible de recuperar. Respiro con fuerza y me encamino al ascensor, pensando en lo que ha podido pasar, hasta que el suave pitido me indica que he llegado a mi destino. Las puertas se abren y salgo al largo pasillo donde están nuestras viviendas.

Me doy cuenta de que la puerta de la suya está abierta y dentro hay alguien con la cabeza baja, apoyado sobre la pared y con las manos cruzadas sobre el pecho. Doy unos pasos y al escucharlos levanta la cabeza y me mira. Sarah me dedica una de esas miradas comprensivas y de amistad que siempre me ha regalado cuando más falta me hacía. Me quedo parada, sin saber cómo reaccionar. Nuestra relación no es la misma de antes y me sorprende verla aquí, no porque no sea amiga de Jack, sino porque parece que estaba esperando que llegara. Camina hacia mí y me abraza. Uno de esos abrazos que hacen que tu cuerpo reaccione al momento, porque es uno de los de verdad, de los que no necesitan palabras, de los que piden mil disculpas y conceden mil perdones. La correspondo con ganas, dejándome envolver y consolar, sin saber aún lo que ha pasado y con una pregunta en mis labios que no tarda en salir.

—¿Cómo está?

—Le han tenido que poner una bombona de oxígeno, sus pulmones han empezado a fallar. Se ha negado a ir al hospital y no deja de preguntar por ti. — Me separa un poco de ella, para poder mirarme a los ojos, que los tiene enrojecidos por las lágrimas contenidas—. Sabía que estaba mal, pero no me esperaba esto.

Asiento, porque imagino lo que supone que un órgano vital empiece a fallar. No he querido pensar en nada, no he querido hacerme a la idea de que la enfermedad de Jack es muy grave y podría arrebatarle a mi mejor amigo. Me he agarrado a ese pequeño hilo de esperanza, con la mala suerte de que es demasiado fino y me ha golpeado con tanta fuerza que el dolor es más intenso de lo que esperaba.

—¿Qué haces aquí? —tal vez mi pregunta ha sonado más seca de lo que pretendía, pero realmente necesito saber a qué ha venido. Desde nuestra última conversación sus visitas a mi casa se han reducido tanto que ya solo la veo por los pasillos del instituto o la escucho a través de la pared de mi habitación cuando viene a estar con Max.

—Venía a hablar contigo —comenta en un susurro ahogado—. Pero ahora no es el momento, debes entrar a ver a Jack. Ya tendremos tiempo para nosotras. No pienso volver a separarme de tu lado.

Sus palabras me conmueven; saber que estará aquí me reconforta. Tiene razón, no es momento para nuestra conversación, por mucho que la haya esperado. Mi único pensamiento es entrar en casa de mi amigo y saber cómo está. Estoy demasiado nerviosa como para preocuparme de nada más.

Me toma de la mano mientras entramos en la casa de nuestro amigo. En el salón está su madre, abrazada a su marido, que le limpia las lágrimas con un pañuelo. Sobre la mesa hay una taza humeante; seguramente le hayan preparado algo para que se tranquilice y tal vez yo debería tomarme algo también, porque empiezo a sentir que esto es mucho más serio de lo que esperaba.

Cuando me escuchan llegar ambos me miran y sus ojos reflejan la tristeza de lo que están pasando, aunque intentan mostrarme una sonrisa, que queda en una mueca más que forzada. Ninguno de los dos dice nada cuando nos dirigimos a la puerta de la habitación de Jack, que está entornada. Es Sarah quien la empuja. Mi hermano está sentado en una silla, junto a la cama, y cuando nos escucha llegar se vuelve hacia nosotras y se levanta. Toma a Sarah de la mano y a mí me retira el pelo de la cara para darme un beso en la sien. Luego me deja a solas con Jack.

Mi amigo está tumbado; hay un par de cojines sobre la cabecera de la cama que le permiten estar algo más incorporado. Pero lo que me impresiona es la mascarilla que tiene sobre el rostro, unida a una bombona de color gris que hace un ruido extraño y pesado mientras el oxígeno pasa por ella para llegar a sus pulmones. Algo me impide dar los pasos que nos separan, pero es Jackson quien se retira un poco la mascarilla para hablarme.

—Ven aquí, *sweetie*, siéntate a mi lado.

Camino con pasos temblorosos hasta llegar a la silla que antes ocupaba mi hermano, dispuesta a ocuparla, pero Jack da unos golpecitos sobre el cochón para que sea ahí donde me siento. Aunque me da miedo hacerle daño, acepto, porque necesito sentirlo cerca, saber que está aquí conmigo, que no me ha dejado aún.

—Has tardado poco en llegar —dice a través del plástico, ya que ha intentado quitárselo de nuevo para hablarme, pero le he tomado la mano para que no lo hiciera.

—Estaré siempre a tu lado cuando me necesites. Pero no debería haberme ido, tendría que haber estado aquí desde esta mañana. Siento haberte dejado solo. —Me muerdo los labios, haciendo de tripas corazón para que las lágrimas no se derramen.

Si ayer lo vi débil, hoy directamente no parece él. El color de su piel se ha vuelto ceniciento, incluso parece que en menos de un día haya perdido toda su masa muscular y ya solo quedan piel y huesos. El color entre verde y marrón de sus ojos se ve tan apagado que noto abrirse otra grieta más bajo mi pecho.

—No me mires así, Hal —su tono de voz, a pesar de que el aire entra con dificultad en sus pulmones, es serio y reprobatorio—. Esto es ley de vida. Voy a luchar hasta el final, aunque el final esté a la vuelta de la esquina, pero no quiero que me mires con pena. No quiero que tú lo hagas, necesito que cuando ocurra, cuando tenga que irme, sea tu sonrisa lo último que vea. Necesito saber que estás feliz, que eres capaz de comerte el mundo, que vas a hacer lo que realmente deseas, que vas a luchar por tus sueños.

—Suenan a despedida —y estas palabras consiguen que el nudo de mi pecho se convierta en lágrimas—. No quiero que te despidas, Jack. No puedes irte, no puedes dejarme ahora que te he recuperado.

—Ojalá pudiera decirte que hay una solución, que mis pulmones se recuperarán, que podré llevar a cabo ese increíble resumen de mi vida dentro de diez años que escribiste, pero no voy a engañarme. Solo quiero que tú seas feliz, que seas esa niña que siempre soñó con una guitarra, que quiere bailar, que quiere cantar y que ama a los animales.

Me toma de la mano con fuerza, la que sé que apenas tiene, para tirar de mí, hasta que me apoyo sobre su pecho y noto como su respiración y su pulso se han acelerado a causa de ese pequeño esfuerzo. Dejo que su mano pase por mi pelo y coloque un mechón rebelde tras mi oreja.

—No quiero molestarte —digo, intentando moverme para no estar encima de él.

—No lo haces, prefiero tenerte aquí, al menos hasta que me duerma. La medicación que me han puesto es muy fuerte y no creo que tarde mucho en hacerme efecto.

—No quiero despedirme —sollozo y él me retira las lágrimas del rostro con su pulgar.

—No lo hagas, porque solo se irá mi cuerpo. Estaré siempre contigo, cuidándote, como lo he hecho siempre.

Dejamos que el silencio nos envuelva, que solo el sonido de la máquina a la que está conectado sea lo que suene en la habitación. Fuera de ella se escuchan las voces de las personas que hay en el salón.

La respiración de Jack se calma, como si al estar así le fuera más fácil respirar, como si tenerme a su lado fuera lo que necesitara para que sus

pulmones recuperaran un poco de fuerza y, si es así, no pienso moverme de su lado el tiempo que le quede.

—Sobre mi escritorio hay algo para ti —su voz me llega en un susurro, como si lo hubiera dicho en sueños—. Es mi redacción, pero no quiero que la leas ahora, prefiero que te la lleves, que la guardes y que cuando yo me haya ido y te encuentres preparada, la leas.

—No voy a poder hacerlo, no quiero saber lo que pone si no vas a poder vivirlo conmigo.

—Lo leerás, porque necesito que lo hagas. Cuando la leas entenderás muchas cosas y espero que te ayude a abrir los ojos.

—¿Por qué no puedo leerla ahora? —pregunto, intentando volverme para mirarlo, pero tiene los ojos cerrados.

—Porque no es el momento. Ahora vamos a descansar, quédate aquí hasta que me duerma.

Le hago caso, pero no es solo él quien se queda dormido. Yo también lo hago a su lado, notando como sus dedos crean figuras sobre mi brazo, hasta que dejo de sentirlos y me encuentro completamente relajada, lo que no he conseguido esta última noche.

Alguien me da unos golpecitos en el hombro y cuando abro los ojos veo el rostro de la madre de Jack, que me hace un gesto para que me levante de la cama. Al hacerlo veo una carpeta con mi nombre escrito: es donde está guardada la redacción sobre mi futuro dentro de diez años, según él. Aunque me da miedo, acabo cogiéndola y saliendo del cuarto un par de pasos por detrás de su madre, que me pide que me siente junto a ella en el sofá.

—He preparado una manzanilla —dice señalando la mesa baja del salón, donde ahora hay dos tazas—. Tienes azúcar, si quieres.

Cojo una de las tazas y añado un par de cucharadas. Quema, pero no me importa darle un sorbo y notar el líquido hirviendo en mi boca y atravesando mi garganta. Todo está siendo tan surrealista que estoy deseando abrir los ojos, despertar de esta pesadilla y que nada de lo que está pasando con Jack sea cierto.

—Gracias.

La tomo de la mano cuando veo que intenta coger su taza, pero el temblor en sus manos se lo impide. Igual que mi amigo no es el mismo de ayer, su madre parece haber envejecido veinte años en solo un día.

Mi gesto hace que ella se encoja y se derrumbe sobre mí, pasa sus manos por mi cintura y llora en silencio. No sé cómo la puedo consolar si no sé ni cómo consolarme yo misma, así que simplemente le devuelvo el abrazo y me dejo ir

junto a ella. Lloramos no sé por cuánto tiempo, pero debe de ser mucho, porque cuando ambas volvemos a tomar nuestras manzanillas ya están más que templadas.

—No ha querido ir al hospital —dice, de repente—, aunque los médicos nos dijeron que allí no podrían hacer mucho más de lo que ya hacen aquí. Le han dado unas pastillas de morfina, para que el dolor no sea tan agudo. Ahora solo nos queda esperar...

La voz se le queda a medio camino, le resulta imposible terminar la frase, pero sé que se refiere a que solo queda esperar a que se vaya, a que muera, a que su cuerpo deje de funcionar por completo y Jack solo permanezca en nuestros recuerdos.

Ya no volverá a haber más *sweetie*, ni noches de cine y palomitas en su cuarto, ni nuevas fotografías que colgar sobre su tablón de corcho. No volveremos a comer juntos en el comedor, ni lo veré disfrutar con cada partido de baloncesto. No hará sus sueños realidad. No acabará el instituto.

—¿Cuánto... cuánto cree que le queda? —pregunto con miedo de saber la respuesta.

—Pueden ser horas, días o semanas, pero no mucho. La enfermedad está avanzando muy rápidamente. Los médicos ya no pueden hacer nada, su cuerpo intenta luchar, pero ya no le quedan fuerzas. —Se cubre la cara con las manos y los quejidos que salen de su pecho duelen tanto que tengo miedo de que se rompa delante de mí, de romperme con ella, de sentir más dolor del que ya siento, así que aprovecho cuando su marido aparece en el salón.

Me mira y me hace un gesto con la cabeza para que me levante del sofá, para que tome otra vez la carpeta entre mis brazos y me marche, pero antes me promete que me llamará cuando mi amigo se despierte, para que pueda estar a su lado.

Al entrar en mi casa mis padres y mi hermana pequeña no están, pero veo a Max junto a Sarah, los dos sentados en el sofá, con las manos entrelazadas y el rostro triste. Camino hasta ellos y me dejo caer al lado de mi amiga, que no tarda en volver a abrazarme.

—Voy a ir a comprar algo para comer —nos dice mi hermano. Se levanta y nos deja solas.

Sarah me suelta, pero luego vuelve a agarrarme de las manos, se vuelve hacia mí y espera a que la puerta se cierre para empezar a hablar.

—Perdóname, Hal. He sido una estúpida. Perdóname por dejarte sola cuando más lo necesitabas. —Su barbilla tiembla, nerviosa.

—No tengo nada que perdonarte. Eres mi amiga.

—Pero no me he comportado como tal. Te he dejado de lado, te he tratado mal. He dejado que Eliza hiciera lo que quería, he dejado que nos separara, todo porque soy una cobarde.

—No tienes que explicarme nada. Sabes que no hace falta.

—Necesito hacerlo, no puedo guardarme esto más. Necesito que tú lo sepas, necesito tener a mi amiga a mi lado, dejar de sentirme sola. Necesito saber que cuando la verdad se sepa mi vida no será un completo desastre.

Ahora soy yo quien la abraza, porque siento el dolor en sus palabras. Siento que separarse de mí ha sido igual de duro para ella. No sé qué le habrá pasado con Eliza, pero siempre he sospechado que ella ha tenido algo que ver en el cambio de actitud de mi amiga, que era la culpable de que nos perdiéramos en el camino.

—Sé que no tienes la culpa. Es imposible que todo lo que ha pasado te convierta en un desastre. Es imposible.

—Lo será. Cuando todo el mundo sepa que Eliza es mi hermana. Lo será cuando sepan que mi madre le fue infiel a mi padre. Lo será cuando todo el mundo sepa que solamente soy una bastarda y que por eso mi padre prefiere estar siempre fuera, porque no me quiere. Porque le recuerdo a esa mujer que prefirió a otro hombre antes que a él. Cuando se sepa ya nada será lo mismo.

Me quedo bloqueada ante tanta información. Pienso en todas y cada una de las palabras que me ha dicho, pero solo una frase se reproduce una y otra vez en mi cabeza. «Eliza es mi hermana».

Sarah se queda en silencio, mirándome, esperando mi reacción, pero esta solo puede ser una, y es estar a su lado como siempre he hecho, como ella ha hecho conmigo. Ahora entiendo todo su distanciamiento. Todo lo que ha pasado. Lo duros que han tenido que ser estos meses para ella, mientras se guardaba esa información si saber cómo lidiar con ella, sin saber cuál podría ser la siguiente carta de la arpía de Eliza.

—No dejaremos que se salga con la suya —respondo, y observo una pequeña luz que ilumina la mirada de mi amiga—. No puedes cargar con un pecado de tu madre. Ella tampoco, es algo que su padre y tu madre hicieron, fueron ellos los que debieron hacerse responsables. Es su padre quien tendría que haber sido responsable.

—Su padre sabe que soy su hija, pero silencia al mío con dinero para que la información no salga a la luz. No quiere que su bonita familia se vea manchada.

—Pues ahí lo tienes, Sarah. Ella cree tener la sartén por el mango, pero no es así. Nunca lo ha sido. Ella ha usado ese miedo que tienes a su favor, pero es ella la que está acojonada con esto. Si todo esto se supiera, tu serías la menos perjudicada.

Hablamos un rato más buscando la solución a este extraño problema. Hablar de ello me sirve para evadirme un poco de todo lo que está pasando en mi vida. Durante la conversación ambas sentimos que Eliza no se saldrá con la suya, que Sarah no se dejará manipular, que no volveremos a separarnos y que, pase lo que pase, estaremos la una junto a la otra. Como siempre.

Max llega al poco rato y comemos los tres juntos. No tengo hambre, pero casi me obligan a meter algo en mi estómago. Con las mismas me piden que descance en mi cuarto con la promesa de avisarme cuando Jack despierte para poder ir a verlo. Obedezco y me dirijo a la habitación, me cambio de ropa para estar más cómoda, cierro las cortinas para que la poca luz que queda del día no entre y me dispongo a dormir un rato, aunque no confío en que el nudo que me aprieta en medio del pecho me lo permita.

Pienso en Stiles. En qué habrá hecho después de que me marchara de aquel lugar al que me llevó, e inconscientemente saco el teléfono para mirar si tengo algún mensaje de él. Antes de entrar en casa de Jack lo puse en silencio para que nada me molestara mientras estuviera con él.

Me sorprendo al encontrar un mensaje suyo y, antes de pensar si quiero leerlo, desbloqueo la pantalla y le doy a acceder.

Stiles: Siento que pensaras que te alejaba de tu amigo. Solo quería que desconectaras, que pensaras en otras cosas, verte feliz. Déjame que siga a tu lado. Déjame que te ayude. Me gustas mucho, Haley. Desde que apareciste en mi vida todo es mucho más bonito.

Pincho en el icono de su fotografía, porque me llama la atención. Es la foto de unas manos sujetando una guitarra. Soy yo sujetando una guitarra, tan solo hace unas horas. Su número de teléfono sale justo debajo y lo pulso, me llevo el auricular al oído y no ha sonado ni dos veces cuando escucho su voz.

—Lo siento, dime que sigues queriéndome a tu lado —suena trabada, como si le costara pronunciar las palabras.

—Estás borracho, Stiles. ¿Dónde estás?

CAPÍTULO 81



Escucho el sonido de coches, de personas pasando a su lado, todo a través del teléfono, junto a su respiración, pero tarda en responder mi pregunta. No sé si está pensando en qué decirme o le resulta imposible articular las palabras a causa del alcohol que parece llevar en el cuerpo.

—¿Dónde estás? —insisto.

—En tu... en tu calle —responde al fin.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero verte, quiero hablar contigo, quiero saber que no la he vuelto a joder.

—Voy a bajar, espérame en el banco del otro día. No tardo.

No me despido y no dejo que él lo haga. Cuelgo el teléfono, lo guardo en el bolsillo de la chaqueta y me dispongo a bajar y averiguar qué hace Stiles aquí y qué es lo que quiere decirme.

Mi hermano me ve salir y me mira cabreado cuando se da cuenta de que voy a salir, pero solo tengo que pronunciar el nombre de Stiles para que sea Sarah quien le convenza para que deje de mirarme así y no se meta en lo que estoy haciendo.

Cojo las llaves de casa del cuenco que tenemos junto a la puerta de salida y bajo por las escaleras; necesito alargar el tiempo que me queda para encontrarme con Stiles. Sé que yo también le debo una disculpa por lo que le dije, pero lo que no concibo es que por algo así haya bebido tanto como para emborracharse.

Cuando salgo del edificio lo veo sentado en aquel banco que nos dio una de nuestras oportunidades. Tiene los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza descansando sobre sus manos. Abatido, con el pelo alborotado. Lo lleva algo más largo que cuando lo conocí a principio de curso; seguramente no se lo ha cortado ni una vez durante todo este tiempo.

Camino hacia él pensando en qué podría decirle, pero cuando me siento a su lado me quedo totalmente en blanco, porque el chico que está junto a mí no es ese Stiles fuerte que me ha hecho ver tantas veces. Esta parece ser una de esas facetas que me quedaban por conocer de él. Esa que lo hace de verdad vulnerable, más humano.

—La he cagado, ¿verdad? —pregunta con un hilo de voz—. No sé ser un novio. Nunca lo he sido para nadie y, cuando lo he intentado, he metido la pata una vez detrás de otra.

No, no sabe ser un novio, pero yo tampoco sé ser una novia. No es él solo quien no ha sabido llevar esta relación, ha sido cosa de ambos. Ha pasado todo tan rápido que a los dos nos ha cogido por sorpresa. Ahora mismo no sé qué siente por mí, pero sí sé lo que hace conmigo. No se trata solo de que él me guste, es algo más. Esta necesidad de tenerlo cerca, de sentirme alguien importante para él. Esas mariposas en el estómago, esas ganas de que me mire siempre con la sonrisa de hoyuelos y sus estrellas en la cara. Perderme en el azul intenso de su mirada, tanto cuando es un cielo en calma como un mar embravecido.

—No, no lo has hecho, Stiles. Hemos sido ambos —respondo, haciendo que gire su cabeza y me mire directamente a los ojos, que lleva inyectados en sangre—. ¿Por qué has bebido?

—Es lo que siempre hago, es lo que llevo haciendo desde hace casi más de dos años. Cada vez que las cosas se ponen feas. Soy un maldito adicto, Haley. No soy un chico bueno, no sé serlo —levanta la voz, sorprendiéndome.

—¿Qué es lo que pasó para que hicieras todas esas cosas? —Necesito respuestas, porque sé que ahí radica todo lo que nos pasa, porque hasta que él no sea capaz de contarme lo que le atormenta ninguno de los dos conseguirá dar un paso más en esta relación.

—Que fui un egoísta. Siempre lo he sido —suspira, irguiéndose en el banco y dejando que su cabeza caiga hacia atrás para observar como el cielo se va oscureciendo sobre nosotros—. Cuando te has ido, he cogido la primera botella que he visto en el bar. Alison estaba allí, no sé de dónde ha salido, y me ha acompañado en las dos primeras copas, o tal vez han sido más. Ya no sé cuántas he tomado hasta que me he ido de allí.

—Alison —balbuceo, sintiendo como la rabia me consume por dentro. Pensar que esa chica ha estado con él después de lo que vi en aquella cafetería. Quiero levantarme, salir de allí y no esperar que me explique nada más, pero me lo impide poniendo una mano sobre mi muslo.

—No ha pasado nada. No va a volver a pasar nada entre ella y yo —dice, adivinando mis pensamientos—. Lo ha intentado, pero la he rechazado. No puedo hacerte esto ni hacérmelo a mí. No puedo porque me he enamorado de ti y no sé qué tengo que hacer ahora.

Sus palabras me calan, como si un aguacero estuviera cayéndome en medio de la calle y fuera la única que se moja con sus gotas. Pero no son frías, no son dolorosas. Son cálidas, como ese baño que te das después de un día duro para relajarte, para que tus músculos se desentumezcan, para sentir que, después de todo lo que ha pasado, seguirán respondiendo y funcionando un día más para seguir adelante.

Está enamorado de mí, ha sido él quien lo ha dicho primero. Stiles.

—Tú estás... enamorado de mí —repito.

—Joder, no es tan difícil de entender. Sería imposible no estarlo, Haley. No te ves, debes aprender a verte como yo lo hago, como lo hacen el resto de los mortales. Eres luz, eres felicidad. Eres vida. —Me toma la cara entre sus manos, restando distancia entre nuestros cuerpos—. Hace más de dos años me prometí que no sentiría nada por nadie, porque de esa manera no volvería a sufrir. Me dije que no podía creer en ningún tipo de amor, ni en el de la familia ni en el de la amistad y mucho menos el que siento por ti. Y llegaste a mi vida, a ponerla patas arriba, con ese cuerpo menudo que tanto guarda dentro.

Para y toma aire. Siento como su respiración se agita y se debate entre acortar los pocos centímetros que nos separan y poner su boca sobre la mía.

—Dime algo, joder. Necesito que digas algo, que no me dejes decir nada más. Dime que al menos te gusto y que intentarás que esto funcione, que me ayudarás a lograr que tú también te enamores de mí. Dime que me dejarás contártelo todo poco a poco, mientras me vayas reconstruyendo.

—No puedo decirte que intentaré que funcione. —Su rostro se encoge de dolor, pero no puedo dejar que sea así, por lo que las palabras salen raudas de mi boca—. Porque ya estoy enamorada de ti.

No hace falta que nos digamos nada más; su boca ya está sobre la mía, sus manos se han separado de mi cara, una está sobre mi nuca y la otra en mi espalda, para no permitir que me separe de él.

Es como si de repente una de esas piedras del camino se hubiera convertido en un escalón más para escalar el muro que yo misma construí delante de mí. Es como si Stiles se hubiera convertido en el cemento que une cada piedra, para que sean más sólidas y que subir hasta la cima y ver lo que hay al otro lado resulte

más fácil. Es como esa pieza que lo completa todo, aun a falta de conocerlo de verdad.

Se separa de mis labios después de haberme arrancado varios jadeos y que soltara varios gruñidos de placer. Ambos tenemos la respiración acelerada, el corazón palpitante de alegría y un recorrido difícil de completar.

—Prométeme una cosa, Haley. —Asiento—. Prométeme que el día que pueda contarte toda la historia me juzgarás por quien soy ahora contigo y no por quien fui.

Me asusta que quiera que le prometa algo así, me asusta pensar en qué puede ser eso que tanto le cuesta contarme, pero estoy segura de que, sea como sea, aunque pueda dolerme, aunque volvamos a rompernos, algo en mi interior me dice que, cueste lo que cueste, solo él es el pegamento que volverá a unir mis trozos, así que se lo prometo besándolo, de la única manera que soy capaz de demostrarle que así como es ahora ha conseguido enamorarme, y nada de su pasado conseguirá que eso cambie.

Mi teléfono empieza a sonar y, cuando lo saco del bolsillo, el nombre de Jack se ilumina en la pantalla. Descuelgo al momento.

—Hola, Jack.

—Hola, *sweetie*. ¿Dónde estás?

—Sentada en el banco que se ve desde mi ventana. Stiles está aquí.

—Parece que ese tío se está comportando.

—Lo está intentando —respondo, dedicándole una sonrisa a mi novio, que me mira de una manera diferente, más intensa, como si pudiera ver en mi interior ahora que nos hemos dicho lo que sentimos de verdad, aunque ese sentimiento que se nombra con dos palabras aún no haya salido de nuestra boca.

—¿Por qué no subís los dos? Me gustaría decirle un par de cositas sobre cómo cuidar a mi chica.

—Vale, ahora nos vemos. Te quiero, Jack.

—Y yo a ti, Haley.

Miro a Stiles, que ya se está poniendo de pie y me tiende la mano para ayudarme a que yo también lo haga. Esta vez la electricidad que me recorre al notar su piel contra la mía es totalmente diferente. Es cálida. Es placentera.

—Vayamos a ver qué quiere ese grandullón.

—Stiles, hay algo que debes saber —le comento mientras cruzamos la calle para entrar en el edificio—. Jack está muy enfermo. Se... se está muriendo.

Cuando las palabras salen de mi boca, Stiles se tensa a mi lado, apretando más su mano sobre la mía, pero no dice nada. Camina en silencio junto a mí, o

más bien soy yo quien lo arrastra para que me acompañe, porque de repente hay algo que le está pasando por la cabeza, algo que no sé, pero que estoy casi segura de que tiene que ver con lo que le atormenta y no termina de contarme, pero me ha pedido tiempo, así que no digo nada.

Cuando estamos ante la puerta de la casa de mi amigo, Stiles se queda un paso por detrás. Sigue en silencio, como si fuera un fantasma, cuando su madre nos abre y nos deja pasar hacia su cuarto.

Entro y me siento en la cama, junto a Jack, tomo su mano en la mía e intento que el dolor que me embarga no se me note en la cara.

—Te llevaste la redacción. —Asiento—. No la leas aún, me lo has prometido.

—Más bien te dije que no la iba a leer nunca —respondo.

—¿No piensas entrar? —ahora se dirige a Stiles, que hace un movimiento de cabeza y da un par de pasos hasta colocarse a mi lado—. Espero que estés cuidando bien a mi chica. Dicen que los fantasmas dan mucho miedo.

—Mi chica —responde recalcando la palabra *mi*—. Ella sabe cuidarse sola, pero haré todo lo posible por que sea feliz.

—Me ha gustado esa respuesta, machote. Pero, recuerda, seré peor que el fantasma de las Navidades pasadas si te atreves a hacerla sufrir.

Río por su comentario, porque estoy segura de que, si tiene la posibilidad de venir convertido en fantasma para joderle la vida a más de uno, lo hará. Este es Jackson. Se está consumiendo por dentro, pero no puede dejar el humor de lado.

—Haley, ¿por qué no ayudas a mi madre a preparar algo de comer? Tengo hambre y así aprovecho para hablar un par de cosas con tu novio. —Nos mira a ambos, negando con la cabeza—. Joder, nunca pensé que diría eso. No es que creyera que no ibas a tener novio nunca, pero, mierda, ahora mismo me siento como un padre intentando ponerle límites a este tío que es mayor que yo.

—Puedes poner los límites que quieras, después haré lo que me salga de las pelotas —responde Stiles.

—Sí, será mejor que me vaya a ayudar a tu madre antes de que la testosterona ocupe demasiado de mi espacio vital.

CAPÍTULO 82



STILES

Una vez que Haley sale de la habitación, Jack me indica que acerque la silla para sentarme junto a la cama. Verlo así me sorprende. Se le ve tan frágil, tan débil, con esa mascarilla colgando sobre su cuello, los botes de pastillas sobre su mesilla de noche y la palidez de su rostro, con esas ojeras bajo los ojos, que da miedo hasta mirarlo a la cara.

—Bueno, vayamos al lío. Voy a ser muy claro —comienza a hablar—. No voy a estar aquí y sé que eso va a ser muy pronto, pero esa chica que ha salido por la puerta de verdad me importa. Es mi mejor amiga y te juro que, aunque no forme parte de este mundo, me enteraré si le pasa algo.

—No pretendo hacerle daño, no más del que ya le he causado. Yo mismo estoy cabreado conmigo mismo por todo el que ya le he hecho y pretendo que no vuelva a ocurrir.

—Espero que me estés diciendo la verdad, no por tu bien. Sino por el de ella.

Me quedo mirándolo mientras se pone la mascarilla para recuperar el aliento y hacer llegar oxígeno a sus pulmones. Me hace un gesto con la mano para que le acerque una botella de agua que hay junto a los botes de pastillas y, tras darle un trago corto, me la devuelve para que la ponga en su lugar.

—No somos amigos, por desgracia el tiempo no nos lo ha permitido, pero estoy seguro de que, si de verdad Haley siente algo por ti, lo hubiéramos sido, los mejores. Así que solo voy a decirte una cosa más. Permite que viva sus sueños. No dejes que la música abandone su vida. Solo si sigue tocando y cantando será feliz.

Lo miro y me doy cuenta de que Jack la conoce de verdad, de que la quiere. No sé si como un hermano o como la quiero yo, pero sé lo que me está pidiendo,

porque yo también me he dado cuenta de cómo es Haley cuando deja que la música la atrape, y no puedo más que darle la razón.

—Dalo por hecho. La música siempre estará en su vida mientras ella me deje estar a su lado.

Ambos escuchamos pasos por el pasillo, lo que significa que su madre o Haley vienen al cuarto, así que damos la conversación por terminada cuando la puerta se abre y es mi chica quien aparece con una bandeja en la que lleva unos sándwiches y tres vasos.

—Zumo de piña y sándwich de crema de cacahuete para todos —canturrea mientras la deja sobre el escritorio de Jack.

—¿Qué mierda de combinación es esa? —pregunto.

—La mejor del mundo —dicen los dos a la vez, mientras Haley le acerca a Jack su trozo y se sienta a su lado, poniendo una mano sobre su pecho.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta.

—Cansado. Deja esto en la bandeja, ahora mismo no me entra nada.

Haley abre los ojos cuando Jack le devuelve el vaso y su mano empieza a temblar con demasiada rapidez, haciendo que los dos nos pongamos nerviosos. En el momento en que deja las cosas sobre la mesa, Jack empieza a convulsionar y Haley da un grito tan fuerte pronunciando su nombre que al momento su madre está en la habitación, haciendo que nos separemos de la cama y casi abalanzándose sobre Jack. Sus ojos están en blanco y la saliva empieza a salir de su boca.

La madre nos grita que llamemos a urgencias. Haley es incapaz de reaccionar, se tapa la cara con las manos, se apoya sobre la pared y deja que su cuerpo se deslice por ella hasta que acaba sentada en el suelo. Yo consigo teclear el número y, cuando doy la dirección y el nombre de Jack, nos informan de que estarán aquí lo antes posible.

Intento coger a Haley del suelo para sacarla de allí mientras a Jack lo atiende su madre, pero ella se niega a abandonar el cuarto y, como si hubiera tomado un chute de adrenalina, se levanta para colocarse junto a él, a una distancia prudencial.

Me niego a mirarlo; hacerlo me está causando demasiado daño, me trae recuerdos demasiados dolorosos. Pienso en lo que debería hacer en estos momentos, pero soy incapaz de procesar ninguna idea. No sé a quién más llamar. No sé cómo ayudar a Haley. Me siento impotente, como hace unos años.

Al fin llegan dos enfermeros cargados con varios maletines. Piden a la madre de Jack y a Haley que se hagan a un lado, lo que me permite ver el rostro

de Jack una vez más, y al momento soy consciente de que ya no se puede hacer nada por él. Unos segundos después, los enfermeros lo confirman.

Haley se vuelve hacia mí y hunde su rostro en mi pecho. Sus lágrimas empiezan a empapar mi camiseta, pero no rompe a llorar hasta que las palabras de uno de los hombres llenan la habitación.

—Lo siento. Ha sufrido un colapso general. Su hijo ha fallecido.

El silencio que se crea después es ensordecedor. Haley se desploma en mis brazos, yo soy incapaz de moverme, el padre de Jack, que permanecía junto a la puerta de la habitación observando lo que pasaba, nos hace salir de allí. Ver el rostro de esos padres, rotos por el dolor, abrazándose, ver a Haley así, incapaz de hablar, de emitir ningún sonido, llorando en silencio, me trae demasiados recuerdos dolorosos.

No sé si seré capaz de lidiar con esto, pero le he hecho una promesa a ese chico que acaba de abandonarnos después de pedirme que la haga feliz y pienso cumplir mi palabra, aunque eso signifique luchar contra todos mis fantasmas.

Dejo que su cuerpo se abraza al mío con fuerza, siento como sus manos se aprietan contra mi espalda como garras, como clava sus uñas, las siento a través de la tela de mi chaqueta de cuero. Es su forma de dejar salir su dolor y su frustración.

Aún no ha dicho nada, solo el leve sonido de sus sollozos es lo que nos envuelve. No puedo dejar que se quede aquí; este es un momento para sus padres, deben despedirse de su hijo, es un momento íntimo, familiar, y aunque sé que de alguna manera ella pertenece a esta familia, siento la necesidad de sacarla de esta casa donde solo el llanto rompe el silencio.

No protesta cuando, aún abrazada a mí, la guío hasta el exterior. Voy a llevarla a su casa. No sé cuánto tiempo me permitirá quedarme a su lado, pero le he prometido que estaré ahí siempre, ayudándola a no caer, y si es necesario aprenderé a volar para que sus pies no toquen siquiera el suelo.

Cuando vamos por la mitad del pasillo, la puerta de su casa se abre y veo a Sarah, la novia de Max y compañera de Haley. Sus ojos y su nariz están hinchados y rojos; la noticia de lo que acaba de pasar debe de haberle llegado. Me mira y, cuando se da cuenta del estado en que se encuentra mi chica, camina hasta mí, le pasa una mano por el pelo y le dice algo al oído que no consigo oír con claridad. Haley se separa de mí y noto un gran vacío cuando su calor me abandona. Se abraza a Sarah con todas sus fuerzas y ambas lloran con tal intensidad que no sé qué debo hacer, y solo me quedo mirándolas hasta que

ambas caminan juntas hacia la casa de Haley. Sarah deja la puerta abierta, para permitirme que las acompañe.

Se dirigen al sofá y se dejan caer sobre él, abrazadas y llorando. No sé cómo hacer para que Haley deje de sentirse tan triste. No sé cómo voy a ser capaz de cumplir mi promesa.

Max, que también está en el salón, se coloca a mi lado. Su rostro está serio, compungido. Es casi tan alto como yo, aunque más delgado. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Aunque sea más joven, su actitud me hace pensar que su madurez es superior a la mía. Eso hizo que, cuando nos conocimos en el instituto, le dejara acercarse a mí, que nos convirtiéramos en algo así como amigos. Al saber que era el hermano de Haley nos acercamos más, y yo me ofrecí a ayudarlo con las clases en las que iba peor.

—Jack es... —se queda en silencio, pensando en lo que acaba de decir—. Era como un hermano para nosotros. El mejor amigo de Haley. Aunque pasaron por una época en que parecían ignorarse, se han querido tanto que hasta mis padres y los suyos creían que acabarían juntos.

No sé por qué me está diciendo estas cosas. Tal vez es su manera de expresar que él también esperaba lo mismo, o tal vez es su manera de desahogarse por lo que acaba de pasar.

—Haley es una chica fuerte, la más fuerte de todas las que conozco. Su corazón es tan grande y cabe tanto amor en él que es incapaz de odiar a nadie. Le han hecho pasar una infancia bastante jodida, el colegio y el instituto no han sido fáciles para ella, pero no ha permitido que nadie la ayude a superar esos años malos, ella sola se ha bastado. —Suspira y deja caer sus brazos a los lados, apretando los puños con fuerza—. Creo que sabía que Jack siempre estaría para defenderla, incluso cuando todos creían que ya no eran amigos. Este curso pretendía que todo eso cambiara, volvió con las energías renovadas. Su verano había sido espléndido. Por eso Sarah y yo decidimos decirle que estábamos juntos. Tal vez fue una tontería no haberlo hecho antes, pero no quería que pensara que le estaba robando a su mejor amiga. —Levanta un poco la cabeza para mirarme a la cara, pero yo no puedo dejar de observar a la chica con la sonrisa más perfecta que he conocido, que ahora es incapaz de detener las lágrimas que bañan sus mejillas.

—Hay algo que se me escapa, algo que pasó durante el verano —continúa—, algo que la ha hecho cambiar. Haley nunca ha sido demasiado expresiva con las personas que no fueran de la familia, nunca se atrevió a dar un paso más. Y

ahora pertenece al equipo de animadoras, ha cantado delante de todo el instituto y se ha dejado ver contigo y te ha besado delante de todos.

Lo miro sin entender a dónde quiere llegar. Me pongo en tensión; es como si Max quisiera echarme el sermón igual que hizo antes su amigo, pero presiento que hay algo más profundo, algo que se me escapa, por lo que decido preguntar.

—¿Qué me quieres decir con esto, Max?

—La verdad, no lo sé. Solo que quiero seguir viendo a mi hermana sonreír y enseñarle al mundo quién es y qué es capaz de hacer, y si tú, desde que llegaste a su vida, has conseguido que dé esos pasos, quiero que sigas ahí. —Me pone una mano sobre el hombro y aprieta sus dedos sobre él—. Pero has de saber que, si la vuelvo a ver triste y algo me dice que has tenido algo que ver, me dará igual golpearla hasta dejarme los nudillos ensangrentados si así consigo que te alejes de ella.

—No voy a hacerla sufrir. No es esa mi intención y si en algún momento creo que puede ocurrir seré yo mismo quien se quite de en medio. Tu hermana es muy...

—Chicos, voy a llevar a Haley a su habitación. —Sarah mira a Max directamente, como si supiera de qué estamos hablando, y de esta forma interrumpe nuestra conversación.

La ayuda a levantarse del sofá y, cuando yo hago amago de acercarme para acompañarla, Max vuelve a poner su mano en mi hombro y me impide avanzar.

—Necesitan un tiempo a solas. Vamos, tomémonos un refresco.

Los diez minutos siguientes los pasamos mirándonos, en silencio. Ninguno tiene la intención de seguir con la conversación. Yo, por lo menos, no, porque si me ha dicho que la vio triste, eso me demuestra que le hice daño de verdad aquellas veces en que me comporté como un maldito gilipollas. ¿Seré capaz de hacerla feliz? No lo sé, pero tengo claro que haré todo lo posible para que ese amor que me ha declarado siga ahí, porque la necesito a mi lado y ahora, en estos momentos, no puedo ser más que la persona que ella necesita, aunque todo esto me venga grande.

La puerta de la casa se abre y aparecen sus padres con la pequeña Ava de la mano. La hermana de Haley sale corriendo hacia Max en cuanto nos ve sentados en las banquetas de la cocina. Él la atrapa al vuelo.

Sus padres nos miran a ambos; sus rostros denotan la misma tristeza que la de todos los demás. Cuando murió mi madre nadie estuvo así, nadie demostró ese dolor por una pérdida. Incluso a mí me fue imposible llorar lo que ella se

merecía, devolverle con cada lágrima el amor que me había dado durante dieciséis años.

—Hola, Stiles. Acabo de hablar con tu padre, me ha pedido que te dijera que fueras a casa.

No me sorprende que mi padre sepa dónde me encuentro en cada momento, pero me jode que sea incapaz de llamarme él para pedírmelo. Estoy seguro de que al enterarse de lo que ha pasado ha tenido miedo de que vuelva a convertirme en aquel chico que lo jodió todo.

Maldita sea, incluso yo tengo miedo de lidiar con mis pensamientos. No conocí a Jack lo suficiente, pero él no fue un cobarde. Él se ha ido porque la jodida enfermedad así lo ha querido y con ello ha destrozado tal cantidad de vidas que ahora mismo me veo reflejado en todos ellos y solo se me ocurre una manera de ayudar a Haley.

No me paro siquiera a despedirme, dejo el vaso de refresco en la barra de la cocina, igual de lleno que cuando Max me lo sirvió. Al pasar junto a los padres de Haley, su madre me mira de esa forma que solo saben hacer las madres, de esa manera que te hace sentir que conocen lo que está pasando por tu mente. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando pienso que acaba de descubrir cómo quiero ayudar a su hija.

Todo esto es una maldita mierda y ahora no sé si seré capaz de hacerla feliz sin joderlo todo aún más.

NOTA DE LA AUTORA

Realmente no sabría decir si esto es una nota o simplemente una ampliación de los agradecimientos, porque el que hayas llegado hasta aquí es para agradeceréte hasta que me quede sin aliento, sin uñas por teclear, con una sonrisa perenne en la cara, o tal vez también se pueda considerar una reflexión, de esas que a veces dejamos en las redes sociales o de las que discutimos con las musas esos días en que no te dejan dormir. Quizás es de todo un poco, pero necesitaba, tras esta cuarta parte, dejar que las letras rodaran sobre el papel para decirte cómo me siento.

Esta cuarta parte ha sido de las cosas más duras que he escrito y no solo por lo que le ha pasado a Jack, sí, yo también estaba enamorada de él hasta los huesos. Las musas son así de puñeteras, pero todo surge por algo, ¿no creéis?

El aprendizaje de las personas puede venir de muchas maneras y en este caso debo decirte que, a veces, las más duras son las que nos hacen ser las personas fuertes y maduras en que nos convertimos. Por eso, desde aquí os quiero decir que el drama, el de una novela, el de uno mismo, el de la vida, debe hacernos fuertes e independientes y aunque duela, y mucho, saber sacar el lado bueno de las cosas.

Quiero que entendáis las cosas que le van a pasar a Haley desde ahora y decirte que, si esta parte ha sido dura de leer, ya escribirla no podéis ni imaginarlo, al menos para mí, la siguiente ha sido todo un reto. Días llorando, días en que las musas atacaban con fuerza y no podía escribir ni una mísera palabra porque estas se atascaban en el corazón, sobre todo porque yo sufrí lo mismo que Haley.

Una vez (muchas) me preguntaron si en mis novelas había anécdotas de mi vida y mentiría si dijera que no. Haley tiene de mí, Stiles tiene de mí, Jack, Max, Sarah, Garret, Ava e incluso Eliza, pero porque todos somos imperfectamente perfectos y nuestros defectos son nuestras mayores virtudes.

Sed fuertes y recordad que dentro de la soledad siempre hay alguien esperando para que le tomes la mano.

Gracias por formar parte de la serie *A tu lado* y espero que la estéis disfrutando tanto como yo escribiéndola casi a la vez que vosotros la leéis.

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS. Sí, empiezo así, con letras en mayúsculas, chillonas y que se vean desde lejos. Porque pude escribir esta historia que estás leyendo gracias a ti. Gracias por regalarme tu tiempo para leerme, para seguirme y espero que enamorarte de ella y sus personajes.

GRACIAS a Jesús, mi marido, compañero y amigo desde hace casi catorce años. Gracias por soportar que me acueste tarde, que a veces (demasiadas) desatienda cosas más importantes por darle riendas a mi imaginación. A mis hijas. Sofía y María Jesús. Porque todo lo que hago es por vosotras. Gracias por alimentar mis sueños.

Tengo que dar las gracias a Click Ediciones por volver a confiar en mí y darme la oportunidad por la que ahora tienes esta novela en tus manos. Gracias en especial a mi editora, Adelaida Herrera, por soportar todas mis llamadas interminables, mis correos con dudas e ideas locas. Gracias por escucharme y entenderme tan bien. A Maite, mi correctora, mi amiga. Un sol que ilumina allá a donde vaya. Sin ti, Haley y los chicos no brillarían tanto.

A mi familia, porque aguantan todas y cada una de mis locuras y, aunque no lo sepan, ayudan más de lo que puedan imaginar. Mamá, Esther. Sois luz en la oscuridad, risas en el silencio.

A mis lectoras cero. Nuri, Puri e Isa. Mis locas malagueñas, mis compañeras y amigas en Sintiendo tus Letras. Ya sabéis que esta historia es gracias a vosotras, a todos vuestros comentarios, a esas fotos que compartimos, a ese grupo de WhatsApp que nos hace desconectar de nuestras vidas e ir a esos mundos que ayudan a que las cosas sean más fáciles. Gracias por estar ahí desde hace ya un par de años y no abandonarme. Por darme esos empujones que me ayudan a soportar mejor los nervios.

A mi loca María A. Te quiero y lo sabes. Eres un gran apoyo en mi vida. En esas llamadas que, o son muy largas o de apenas un minuto, hacen sacarnos una sonrisa.

A las pasionarias. Noni, Mireia, Ana María, C. Santana, Chio, Eli, Esther, Gema, Isa R., Marissa, Pamela, Raquel, Regina, Ana y Luisa. Risas, eso es lo que aportáis a mi vida. Una misma pasión, la lectura, ha unido a personas que tal

vez nunca se hubieran conocido. Yo agradezco que las páginas de un libro me hicieran conocerlos.

GRACIAS.



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984, en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que cuando leía se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica no ha podido dejar de leerlas hasta que, hace unos tres años, decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela no ha dejado de escribir, con más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece y de donde salió esta novela en forma de reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica New Adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de siete y cinco años y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para

luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Novela publicada: *Empezar otra vez*

Visita el blog de la autora: <http://helenasivianesautora.blogspot.com.es/>

Contacta con Helena en Facebook: <https://www.facebook.com/Helena-Sivianes>

A tu lado. Parte 4
Helena Sivianes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Mikhail_Kayl / Shutterstock

© Helena Sivianes, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19393-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Seducida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Perseguida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Encontrada por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Una nueva vida

Nora Alzávar

Mariposas en tu estómago

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Amistad inesperada

Moruena Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Acróbata

Romina Naranjo

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

